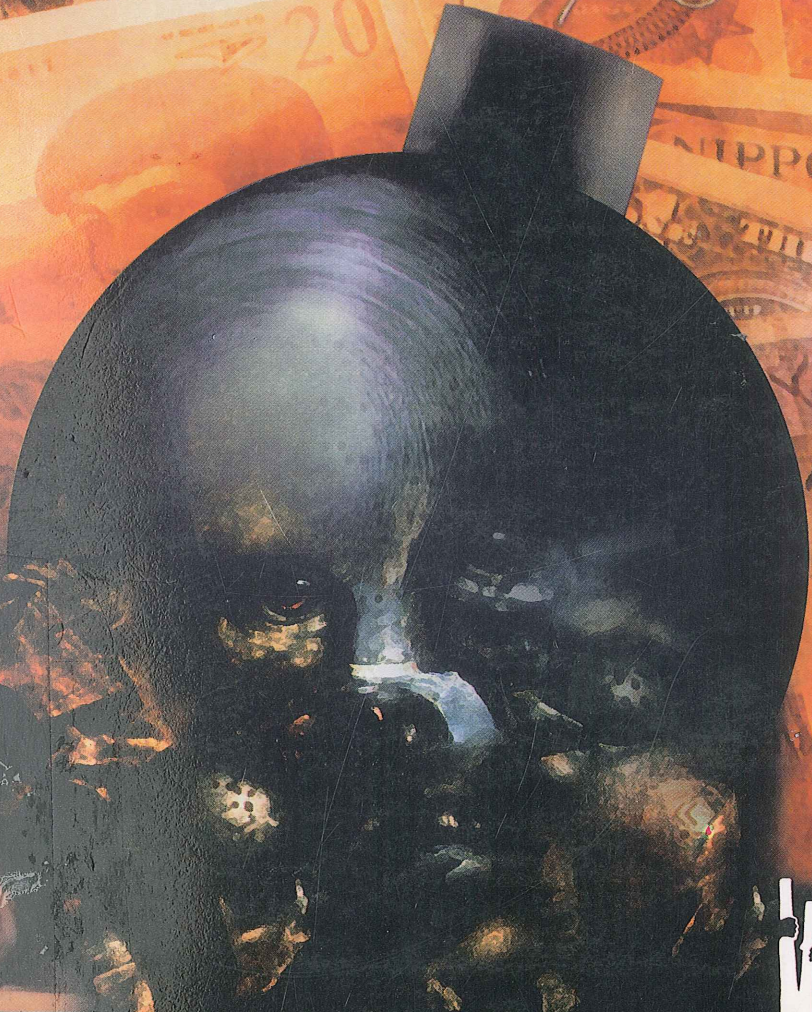




XABIER AMURIZA

97124 LA EXPLOSIÓN DE LA CONCIENCIA

# La explosión de la conciencia



XABIER AMURIZA



TXALAPARTA

## La explosión de la conciencia



Xabier Amuriza

# La explosión de la conciencia



BILBAO  
UDALA  
AYUNTAMIENTO

Bidebarrutako Liburutegi Zentrua  
Biblioteca Central de Bidebarrutea

 Txalaparta

*A los miles y millones de seres humanos  
que seguirán muriendo violentamente, sin  
que su muerte haya servido para aumentar la  
esperanza.*

*Izenburua:* La explosión de la conciencia  
*Jatorrizko izenburua:* Oromenderrieta  
*Egilea:* Xabier Amuriza  
*Egokitutako itzulpena:* Xabier Amuriza

*Azala:* Esteban Montorio

*Argitaratzea:*

Editorial Txalaparta s.l.

Navaz y Vides 1-2

78. Postakutxa

31300 Tafalla

NAFARROA

Tfnoa. 948 703934

Faxa 948 704072

txalaparta@txalaparta.com

<http://www.txalaparta.com>

*Txalapartaren lehenengo edizioa*

Tafalla, 1999ko urria

*Copyright*

© Txalaparta

*Fotokonposaketa*

arte 4c

*Fotomekanika*

arte 4c

*Inprimaketa*

Gestingraf

I.S.B.N.

84-8136-144-5

*Lege gordailua*

Bl. 2.324-1999

 Txalaparta



*Una idea es buena, si es capaz de  
vencer a un ejército. Una idea es  
revolucionaria, si es capaz de vencer a  
muchos ejércitos. Una idea que sea capaz  
de vencer a todos los ejércitos, sólo puede  
basarse en las leyes fundamentales de la  
naturaleza, anteriores a la propia conciencia.  
Puede que dicha idea sea La Explosión de la  
Conciencia.*

### **LA ASAMBLEA DE LEZAUNDIETA**

La enorme cueva de Lezaundieta tiene cuatro bocas hacia los cuatro vientos, de las que la boca norte da justo sobre el mar. Las cuatro entradas conducen a una inmensa sala central, a la cavidad donde nació el primer hombre. Desde aquí hacia las entrañas de la tierra, se escapan numerosos caminos y sendas, que configuran la trama nerviosa de la oscuridad. Siendo rectas las galerías que siguen a las bocas, las cuatro claridades se unen en el centro, creando un crepúsculo perenne, bastante claro en días despejados, casi oscuro en los cubiertos, tiniebla total en las tempestades. Lezaundieta es una inmensa montaña cóncava de roca acoplada sobre un tazón gigante, que fue acondicionado por el monstruo dinosaurio de los primeros tiempos como guarida para su desaparición.

---

Nunca existió una fundada esperanza de solucionar el mundo. Sí voluntad y teorías, porque se eludía la historia o porque había que encubrir la impotencia, pero razonable y fríamente, nadie cree que el mundo se pueda solucionar de verdad. Dicen que hay quienes lo creen, pero tanto el optimismo de unos como el pesimismo de sus contrarios pueden dar gracias a la muerte, que no les da tiempo para verificar su espejismo o su decepción. Si fuésemos inmortales, hace tiempo se habrían disipado las cenizas de la esperanza.

Algunos sitúan en el otro mundo lo que ven imposible en

Aquel día acudían al seno de Lezaundieta las gentes más diversas y lejanas, de uno en uno, en parejas, en grupos. Parecían peregrinaciones desde los orígenes de la historia, que se reunían al final en alguna de las cuatro bocas y entraban a la cueva en largas filas. Los que venían del amplio lado del mar entraban por la boca norte. Cuando afuera la andadura del sol marcó el mediodía, El Señor de la Caverna exclamó:

– ¡Amigos humanos! Aunque todavía la gente continúa llegando, podemos comenzar la asamblea. ¿Recordais cuándo fue la última? Aquella en la que os despedisteis tristes por una parte y tan ilusionados por otra. Aquí me dejasteis, recién nacido, contando años y siglos, pensando que tal vez algún día volveríais. Lo sabía, aunque no me imaginaba que sería al cabo de tantos siglos. ¡He ahí, pues! ¿Os reconocéis? Porque venís muy cambiados. Altos y no tan altos, grandes y pequeños, blancos y negros, azules y morados, y los que aún siguen llegando. Muchas gracias, porque ya empezaba a hastiarme vuestra demora. Bienvenidos, en nombre de los ecos multiplicadores de Lezaundieta.

Al Señor de la Caverna le fluyeron lágrimas como garraños desnudos. También antes, en aquella soledad espaciosa, había llorado mucho, inútilmente, pues nadie lo veía. ¿Quién iba a decir que un gigante como él pudiera ser tan sensible?

En aquella cavidad redondeada de Lezaundieta había rocas que rompían el llano del suelo, unas surgidas desde la tierra y otras que, a base de milenios de paciencia y de goteo interminable del agua, se formaron pendiendo del techo y

---

éste, como si hubiera dos mundos, pero incluso éstos no deben de creérselo demasiado, pues pocos quieren mudarse de este “valle de lágrimas” a un reino tan feliz. Cabía suponer que quienes poseen la salvadora esperanza del más allá se arriesgasen con más ganas que quienes no la poseen contra las fuerzas opresoras de este mundo, pero en general no parece que suceda así. En un caso como en otro, las excepciones confirman la regla.

Aunque se proclamen creencias tales como “pueblo unido

luego se truncaron por el medio, mediante el imperceptible moldeado de unos milenios más. El Señor de la Caverna habló desde encima de una roca aplastada, retirándose luego al lado izquierdo de la cueva a proteger sus lágrimas. Desde aquella palestra casi eterna hablaron todos los oradores de Lezaundieta, tras haberse saludado en la entrada y haber apurado las primeras conversaciones.

– ¡Bienvenidos todos –comenzó el primero– y bien hallado tú, deseado Señor de la Caverna! Soy de los que partieron hacia el Suroeste desde Lezaundieta. Salimos siguiendo el río y no puede caber en la memoria lo que desde entonces hemos pasado. He vuelto a duras penas, cansado hasta la médula del tiempo. Tengo perdida la cuenta de en cuántas guerras perdidas y en cuántas ganadas participé, para al final concluir que daba lo mismo ganar que perder. En mi pueblo siempre era posguerra o preguerra. Ahora mismo el aire se halla a punto de explosión, pero no tengo ganas de guerrear más, ni aunque fuese para ganar la eternidad. Cuando partimos de aquí, íbamos con la preocupación del alimento diario y al cabo de tantos siglos no hemos podido librarnos de tal preocupación. Hemos comido y trabajado, más trabajar que comer, y así se resume nuestro paso por el mundo, después de tanta sangre derramada.

– ¡Bienvenidos todos y viva tú, Señor de la Caverna! –exclamó el segundo-. Nosotros nos aventuramos por mar y con la ayuda del destino un día tocamos tierra. No pasamos mal unos siglos, pero luego nuestra vida ha sido un de aquí para

---

jamás será vencido”, “antes o después la verdad siempre triunfa”, si se quiere confesar lo que de verdad se siente, nunca ha existido pueblo unido ni desunido, que no haya sido oprimido, por lo tanto vencido. Algunos sitúan el paraíso al principio, otros al final. Aun suponiendo que exista en ambos, aquí nos referimos al intermedio. No me habéis de mundos invisibles, mientras no se clarifique el que está a nuestra vista.

Hay solución. Tiene que haberla. Aunque se necesitan pulmones para creer que lo que no ocurrió en tiempos tan ili-

allá, siempre huyendo, hasta perder la orientación de incluso dónde estábamos. No sé cómo pude encontrar Lezaundieta. Nuestro mundo ha sido ni comer ni trabajar. Sobrevivir justamente, siempre a punto de extinción. Apenas hemos perdido ninguna guerra, porque no teníamos ánimos para hacerla. Huelga decir que perdimos todas las que a veces tuvimos que hacer a la fuerza. Nuestra existencia siempre fue huir o morir. Una vez que me aventuré a proponer que nos quedásemos donde estábamos y plantásemos cara, mis paisanos no me liquidaron en el acto porque no tenían ánimos. Tras haber recorrido tantos siglos y montañas, en mi pueblo la mayor ilusión sigue siendo también hoy un pedazo de pan, aunque en otros lugares dicen que lo tienen a tirar. He venido y de aquí no me voy a ninguna parte más. Prefiero morir de hambre pero quieto que no hambriento y huyendo.

– Bienvenidos todos y viva tú, lacrimoso Señor de la Caverna! –comenzó el tercero–. Como veis, traigo mejor pinta que los anteriores. Nosotros partimos de Lezaundieta hacia el Este, siempre de cima en cima y hacia el nacimiento del sol. Fuimos bastante afortunados durante largos siglos, sin hambre ni cosas parecidas, pero siempre en guerra, aunque ganábamos la mayoría de ellas. Comenzábamos a enseñar armas a los niños nada más nacieran. Para cuando caminaban, nuestros niños ya sabían lanzar piedras. Si, una vez adultos, llevábamos mucho tiempo sin guerra, había que inventarla, aunque fuera entre nosotros mismos. En mi pueblo casi nadie sabe lo que es morir de por sí. Cuando los mayores sentían que no servían para la guerra, se arrojaban a la riada. Duran-

---

mitados ha de ocurrir, tiene que haber necesariamente una solución. Se necesitó más tiempo para llegar de animal a ser humano y ocurrió. Si de humano salvaje a humano humanizado se necesita otro tanto, aún hay para rato, mas no hay por qué fiarlo tan largo. La explosión de la conciencia puede ser más breve que su generación. Es eso lo que debe suceder, la explosión de la conciencia, más importante que su concepción. No hay solución desde el intento de desarrollar o corregir la actual conciencia. Tiene que estallar y dar paso a una re-conciencia.

te los últimos siglos también a nosotros se nos agotó el espíritu guerrero, pero en balde. No tenemos más remedio que vivir de la guerra, porque no aprendimos otra cosa. Ya nos hemos asqueado y también fatigado, pero no todos opinan igual y últimamente andamos devorándonos mutuamente. A este paso nos extinguimos todos o vamos a la única garantía de estabilidad que es la miseria.

– ¡Bienvenidos a todos y saludos a ti, eterno Señor de la Caverna! –dijo el cuarto–. Yo traigo una existencia muy distinta a los demás, aunque al final haya regresado a la misma caverna. Nosotros tomamos hacia el Oeste. Sabéis que el Oeste es violento e implacable. Mi pueblo era revuelto y de sangre caliente. Antes de aprender a hacer instrumentos de piedra, había pasado por setecientas rebeliones. Desde entonces he participado en otras setenta y siete revoluciones y por asombroso que resulte, he sobrevivido a todas. Parece que la muerte no me quiere, pero estoy cansado. En mi pueblo el fin de una revolución suponía el comienzo de otra, porque en el goce mismo de la victoria surgían motivos para la siguiente. Siempre decíamos que aquella iba a ser la última y siempre nos equivocábamos. Bienaventurados los que murieron en la primera revolución, pues murieron contentos, pensando que aquella sería la definitiva. Mi pueblo apenas ha conocido guerras de defensa contra nadie ni siquiera para conquistar nada. El conflicto ha sido siempre interno. Desde que luchábamos con armas de madera y luego de piedra, hemos presenciado grandes adelantos, hasta el punto de decidir las guerras en el aire. Estamos más desgarrados que para decir

---

¿Qué ha ocurrido en siglos interminables? Si hubiera que resumir en una única palabra, sufrimiento. Para definir el campo, distingamos el bien y la bondad y el mal y la maldad. Diremos que el bien y el mal proceden de la naturaleza: males, dolores, enfermedades, en último término la muerte. Ahí no cabe solución, porque somos lo que somos. La naturaleza nos engendra y ella nos devora. El empeño más blasfemo del hombre se llama “superar la naturaleza”. Considerémonos felices de lograr suavizarla o de hacerla avanzar en sentido positivo y ello mismo valiéndonos siempre de sus propias fuerzas.



que somos un pueblo. Antaño, por muy enemigos que fuéramos, teníamos cierto sentimiento de afinidad. Hoy nos encontramos más lejos que el lobo de la oveja. La próxima revolución no será de hombres, sino de monstruos, pero yo no participaré, a no ser que ocurra alguna gran sorpresa en Lezaundieta.

– ¡Bienvenidos todos y viva tú, insigne Señor de la Caverna! –exclamó el quinto–. También nosotros partimos hacia el Oeste, pero hacia arriba, a toparnos con la explosión del actual océano mayor. Luego las aguas nos empujaron más allá, hasta que aprendimos a navegar y volvimos hacia acá. Desde entonces hemos vagado de una parte a otra, en un traer y llevar cada vez más intenso. He recorrido mucho mundo y dicen que somos el pueblo más avanzado. El compañero precedente ha dicho que aprendieron a guerrear en el aire. Eso para nosotros es como soplar. Actualmente nuestro mayor conflicto es que no cabemos. La tierra no nos alcanzaba y saltamos a la luna. También ella se nos quedó pequeña y vamos estrellas arriba. No pasamos hambre, pero nos mata el hartazgo. Ni siquiera notamos el sabor de la comida. Yo también he participado en la mayoría de las guerras. Antiguamente ganábamos todas, pero últimamente nos atacan desde la luna y más arriba, sin que podamos imaginar contra quiénes luchamos. Nos sorprenden siempre en el mismo agujero, mientras ellos no sabemos ni quiénes son. Y lo peor es que, no pudiendo arremeter contra quien se debe, nos matamos mutuamente. Visto que la guerra no era solución, cambiamos a la guerrilla. ¿Que vais hacia allá? Os perseguiremos. ¿Que os es-

---

La bondad y la maldad son creaciones del hombre. Llamamos sufrimiento a la desigualdad entre los seres humanos y a la opresión, explotación, torturas y muertes que se derivan de ella y para ella. Claro que también todo ello se halla dentro de la naturaleza, porque no hay nada extranatural, pero aquí, de la naturaleza en general, nos referimos al don específico del ser humano que es la conciencia. En ella reside la clave del sufrimiento y tal es el terreno sobre el que se puede preguntar si tiene o no solución. Lo que hay que erradicar es la maldad generada por el hombre, la materia espe-

condeis entre la multitud de las ciudades? También nosotros nos mezclaremos en ella. ¿Que acudís al servicio? Allá os esperará alguien. Este sistema tenía una gran ventaja, al no tener que morir tantos como en la guerra. Aparte de eso, no sé lo que hemos ganado, ya que antes de adiestrarnos en la guerrilla, se habían marchado a la luna. Algunos dicen que hay que perseguirles sin compasión, pero ¿qué se puede hacer, si después de tan costosa llegada, también de allí se fueron a otra parte? Nunca los podremos alcanzar, porque cada vez nos sacan más ventaja. Estamos luchando contra extraterrestres. Pero ahora viene lo más terrible. Dicen que la siguiente guerra será la última, que las anteriores eran un juego, algo así como tener que morir de alguna forma y hacerlo en la guerra, por no tomar paciencia para esperar un final natural. La siguiente en cambio no solo será muerte sino destrucción del nacimiento. Por eso vengo a Lezaundieta, confiando en que la desesperación del último momento genere alguna solución.

– Muy bien, amigos! –comenzó el Señor de la Caverna, una vez terminado el enésimo orador. Tomaba cuerpo el anochecer y dentro de la cueva oscurecería dos horas antes que fuera–. Encended las teas y las velas, para que esta noche conciba claridad. ¡Así, así! Era una multitud de teas como ésta, cuando os despedisteis aquella última noche. Entonces íbais alegres y ruidosos. Esperemos que también hoy surja algo para cuando amanezca. Todos habeis hablado muy bien, aunque bastaba con que lo hiciese una sola persona. Parece mentira que quienes partisteis de aquí a cuatro patas hayáis vuelto tiesos y esbeltos como fresnos. Y más mentira

---

cíficamente elaborada por la inteligencia, el peor elemento de la naturaleza: el sufrimiento. La cuestión no es aumentarlo o disminuirlo, agravarlo o atenuarlo, sino erradicarlo. El sufrimiento no tiene sentido para nada. Su único sentido es no existir.

Otra cuestión a desterrar definitivamente es la medición de la bondad y de la maldad. No se trata de una proporción más o menos asumible entre ambas o de una confrontación de fuerzas opuestas, de la misma forma en que la salud no

parece que traigáis la cabeza tan alta y el ánimo tan bajo. Lo siento.

Yo no he cambiado mucho, pero ya tenía ganas de abandonar esta existencia tan pesada. Yo no soy yo, sino lo que me creen y soy porque me creen. No puedo acabar conmigo mismo, sin acabar con todos mis creyentes. Nada más marcharos vosotros ya era yo, y todo ese interminable tiempo lo he tenido que pasar en la caverna porque me creían aquí. Aburrirse es lo de menos. Estaba ya desesperado, porque jamás volvíais. ¿Qué diablos hacía yo aquí, cargando sobre mis hombros todos los males y maldades del mundo?

No he sufrido hambre como vosotros. He tenido comida abundante y de la mejor. Me traían a los mozos y mozas más hermosos del pueblo. Incluso bebés recién nacidos, rebañados aún en sangre, para que pudiera satisfacer el capricho de la carne más tierna. ¡Cuántos humanos he debido de comer sin ningún apetito! ¡Y cuántos animales de todo tipo! Ellos pasaban hambre y me traían los mejores alimentos de sus casas y de su pueblo y yo tenía que devorarlos. ¿Qué podía hacer? Si no hubiera apreciado lo que tanto les había costado, imaginaos qué pesar y qué angustia, pues habrían creído que me encontraba airado. Y precisamente me traían para eso, para que me calmara, para que no hiciera daño y también para intentar que fuésemos amigos, aunque eso les costase más creer. A veces tenía que causar males a propósito, para que no pensasen que creían en mí inútilmente. La mayoría de las veces me esforzaba en hacer el bien, pero sólo en cierta me-

---

es la resultante de unas partes sanas y otras enfermas. Sería una infamia consolar a un hígado que se pudre con la salud de las piernas. No sabemos cuánta bondad es necesaria, porque en ella no hay techo. Lo que sabemos es que la maldad no hace absolutamente ninguna falta. No tiene sentido ni en mucho ni en poco. El sufrimiento no tiene más razón de ser que la desaparición total.

Hasta el presente, la historia humana ha sido y sigue siendo la historia del sufrimiento. Si la luna supiera hablar, re-

dida, no les fuera a destruir el fundamento de su creencia. Mientras vosotros perdíais guerras y vidas, acudían a la cueva a pedir misericordia, y cuando las ganabais, a dar gracias. Ya estaba rabioso de este ser y de este tener que ser. ¡Bienvenidos de corazón!

Después de haber escuchado vuestros relatos, ya sé qué soy y por qué soy. Mi mayor deseo sería unirme a vosotros, para que vuestras frustraciones y las mías se revolucionasen mutuamente, puesto que sé bien de vuestros enemigos. Aunque se hayan marchado a la luna, los conozco. Antes y después de partir espacio arriba, pasan siempre donde mí. Sé bien de ellos, porque soy criatura suya. Estoy compuesto de sus entrañas, soy su alma. Liberadme y os liberaré. Pero antes tomad descanso y conversad. La asamblea continuará a media noche.

A media noche, cuando el vientre de Lezaundieta lanzó su mil millonésimo estrépito de parto, sentí la primera brumidad consciente, como al despertar de un sueño sin fondo. Alrededor había un gran murmullo y no podía localizarme a mí mismo. Dije despertar, pero estaba engendrándome. Era mi propio origen lo que sentía, en aquel entorno lleno de teas y de ecos atropellantes. Sentía la apertura de una flor cerrada como la que luego me fascinó tantas veces. Al principio era una conciencia difusa, donde no distinguía el origen de unas sensaciones que acudían revueltas. No sabía ni que fuese «yo». Pero a medida que sentía más violentamente el entorno, eso mismo me abría más y la apertura me traía una per-

---

duciría todo el ser humano a una única era: la era sufriente. Siempre nos ha visto sufriendo y haciendo sufrir. Toda otra consideración es irrelevante en comparación. Hay poca diferencia en que el sufriente sea el pobre cazador desnudo de hace miles de años o el soberbio astronauta del último vuelo espacial. Ambos son seres sufrientes y seres causantes de sufrimiento.

En el campo del sufrimiento, sufrir y hacer sufrir no son lo mismo, por supuesto, pero son correlativos. Cuando deci-

cepción más precisa del entorno. Ya distinguía las manos, los pies y la respiración, ya tenía pulso, percibía incluso mi cabeza y dije las primeras palabras: «Esto es mío». De ahí a la apertura total del «yo soy yo» no medió mucho trecho. Ya estaba engendrado y me hallaba en la caverna de Lezaundieta, en medio de una inmensa multitud. Las primeras palabras que distinguí con claridad fueron:

– ¡Éste lo hará! ¡Ésa es la solución!

Todos me miraban y yo aún no sabía cómo era. Los demás me veían y yo no me veía. Ellos me conocieron antes de que yo me conociera. El que dijo esas últimas palabras era un ser descomunal. A su lado los demás parecían pequeños y vivaces. ¿Sería yo parecido a él o a los otros? Cuando me levanté, escuché vivas y gritos, mientras las teas ondeaban. De pronto percibí un fuerte olor humano y salvaje. Al levantarme, que era la primera vez, dí unos bandazos, pero no podía caerme porque la multitud me cercaba con aquel ser imponente de frente. Entonces me dí cuenta de que era mucho más menudo que él y mayor que los demás.

– ¡Éste lo hará! ¡No hay otra solución! –exclamó el gigante al que denominaban El Señor de la Caverna–. Enterradme y marchaos. ¡Gracias!

El Señor de la Caverna cayó en el acto, produciendo un temblor como el estrépito de parto del vientre de Lezaundieta.

– ¡Por fin! ¡Ésa es la solución! –gritaron todos juntos–. ¡Amanece! ¡Vámonos!

---

mos sufrimiento, *ipso facto* nos referimos también al causante del sufrimiento, porque el sufrimiento es lo que el hombre causa a su semejante. Tal dualidad existía también en el hombre primitivo. Y el único modo de eliminar el sufrimiento es eliminar su causante. Toda persona lleva en sí misma las dos vertientes: sufriente y causante de sufrimiento. En unas la parte sufriente es más acusada y ellas componen precisamente la mayoría del género humano. En otras prevalece la parte causante de sufrimiento y ellas son la minoría.

La claridad venía hacia dentro diligente y silenciosa desde las cuatro bocas. Los varones y hembras presentes, la mitad con El Señor de la Caverna a hombros y la otra mitad alumbrando por ambos flancos, caminaban en larga hilera, todos por la boca Este, apagando las teas al toparse con la luz. Para cuando me quedé solo en medio de la caverna, la luz olía a sol. Hice un giro completo sobre mi mismo y me dí cuenta entonces de que tenía dos piernas, dos manos, dos ojos, dos orejas, dos fosas nasales, dos pulmones, dos sexos y un solo corazón, recién creado, que hacía latir taup-taup a la caverna. El lado izquierdo de la boca Oeste era una gran pared, muy lisa y mojada, que había servido de espejo al Señor de la Caverna. Allí ví por primera vez mi rostro y me pareció digno de ser amado, mientras escuchaba en un eco a ritmo intertemporal:

– ¡Ésa es la solución! ¡Ésa es... ésa es!...

#### **PRESUNTOS LOCOS**

– Buen mediodía, gran Señor de la Madera.

– Igualmente. ¿Quién eres tú?

– Vengo a usted en sustitución del administrador general de los bosques occidentales, porque sufrió una indisposición.

– ¿Cómo va la actividad de esos bosques?

– Más potente que nunca, señor. Necesitaremos más tra-

---

¿Quién cree que la vida pueda alguna vez desarrollarse sin sufrimiento? Todo el tiempo pasado está en contra, tanto la historia como la prehistoria. ¿Valía la pena la conciencia, para producir tal resultado? ¿Cómo es posible que la inteligencia inventase un producto tan infame? ¿Se compondrá de ese mismo producto? ¿O será al menos que no puede existir sin él?

Si el sufrimiento es lo que el hombre causa al hombre, ¿en qué consiste exactamente? En imponer la desigualdad,

bajadores, porque cada vez llega más demanda del extranjero.

– ¿No decían que la materia prima estaba a punto de agotarse en esas latitudes?

– Todavía tenemos más allá del gran río inmensos bosques que no conocen un hacha.

– ¿Qué propuesta traes en concreto?

La mayor riqueza de Oromenderrieta<sup>1</sup> consiste en la industria maderera. Puede decirse que todos los bosques del mundo se hallan en ella, porque aún nadie los ha medido. Lo que hace medio siglo arrancó de una minúscula serrería hoy se halla convertido en imperio de toda clase de maderas y de tablones y es difícil vislumbrar hasta dónde puede crecer. La mayoría de los Oromenderrianos viven del trabajo forestal o de la industria maderera, si puede llamarse vivir a comer lo justo para no morir. El gran Señor de la Madera visita personalmente cada año sus principales bosques y serrerías y una vez al año los administradores generales de los diversos departamentos de producción han de pasar por su palacio central. Hace tiempo que comencé a intimar con nuestro administrador. A medida que avanzaba el tiempo, veía más posible que me pidiera sustituirle, en caso de que él no pudiera.

---

1. Oromenderrieta: palabra compuesta de ORO (todos), MENDE (siglo), HERRI (pueblo) y ETA (lugar donde). O sea: Lugar donde se juntan todos los siglos y pueblos.

---

destruyendo la igualdad. No hace falta recordar que el concepto de igualdad no significa identidad. Aquella conlleva variedad, tanto en los animales como en las plantas. No todos los leones o todos los robles son idénticos, pero a nadie se le ocurre pensar que se hallan atacados por el mal de la desigualdad. ¿Cuándo se convierte en desigualdad la diferencia de un hombre respecto a otro hombre? Cuando gracias a dicha diferencia el uno somete al otro.

También entre los animales existen diferencias que lle-

No resultó nada fácil conseguir su confianza, pero pensando que llegar hasta la presencia del Señor de la Madera iba a ser más costoso, me armé con humor de la paciencia necesaria. Solamente el personal del palacio y los administradores generales tienen acceso a la presencia del Señor de la Madera. Los demás únicamente pueden entrar bien cacheados en siete puertas, como yo mismo intenté en vano varias veces como ensayo. Hoy a medida que mostraba el certificado del administrador general, las puertas se me abrían solas.

Ahora sólo falta saber de qué se indispuso el administrador. Ello me resultó más fácil que ganarme su confianza. Anoche, mientras preparábamos la reunión con el Señor de la Madera, eché en su café, sin que él se diera cuenta, un pequeño veneno que produce una fiebre alta. Hoy a la mañana, nada más solicitar un médico, me llama diciéndome si estaría dispuesto a presentarme en el palacio del Señor de la Madera. No ha sospechado el motivo de su indisposición y aunque lo hubiera hecho, ya es tarde.

– ¿Que qué propuesta traigo? Una y muy precisa. Tome.

El Señor de la Madera de Oromenderrieta se ha quedado inmóvil y estupefacto, cuando he colocado la pistola en su pecho. Se ha retrasado hasta la pared en su imponente sillón, mientras yo le seguía pegado.

– ¿Qué es esto? –pregunta abriendo unas palmas como arañas.

– Si usted se refiere al arma, una pistola común. Si se refiere a la situación, su fin, señor.

---

gan hasta el mutuo sometimiento, pero al decir desigualdad, nos referimos a una diferencia sistemática y organizada y sobre todo, continuamente creciente. La naturaleza ha puesto en los animales un tope de diferencias que les es imposible sobrepasar. El león, mientras sea león, no rebasará la cima de sus necesidades, porque no tiene capacidad de generar un crecimiento ininterrumpido. Es el hombre el único animal que puede desafiar cualquier cima. Esa terrible arma multiplicadora es la inteligencia, la conciencia.



– ¿Cómo has entrado hasta aquí?

– Eso es lo de menos. Si no hubiera sido de una manera, habría sido de otra. Usted no tenía escapatoria.

– ¿Cómo piensas salir de aquí? –se le escapa con una gota de ironía, aludiendo a su inexpugnable sistema de seguridad.

– No pienso salir. Por eso precisamente le dije que no tenía escapatoria. ¡En pie, por favor! Así no está usted bien. Las manos a la nuca. ¡Así! Ahora pregunte lo que quiera.

– No entiendo.

– Se lo explicaré. Tenemos que ir al otro mundo, usted delante y yo detrás. Llegados a este término, sabe que yo he de ir sin remedio, por mí mismo o acribillado por sus agentes. Por eso prefiero enviarle a usted por delante.

– Te doy mi palabra de que mis agentes no te harán nada. Deja el arma y nadie sabrá nada.

– Aunque hace tiempo que se me igualaron los dientes para creerme eso, la cuestión es otra. Me preguntó usted qué propuesta traía y se lo diré: usted por delante y yo por detrás, ambos a los bosques de la eternidad. ¿Lo entiende ahora?

– ¡No lo puedo creer!

– No me extraña. Es difícil saber que tras esa puerta, a media docena de metros no más, su inigualable imperio sigue firme como siempre y asumir que de repente se encuentra aquí aislado. La seguridad que anteriormente constituía la

estructura de su omnipotencia nada puede hacer en su favor. No le obligaré a creerlo. Le basta con entender que no tiene vuelta.

– Haz pronto lo que hayas de hacer, porque esto es más odioso que la muerte.

¡Qué momento más fascinante! Soy todopoderoso, aunque sea en un tiempo tan breve. Eso quiere decir que omnipotencia y eternidad no son inseparables. El Señor de la Madera sabía que no había Dios que le hiciera tal jugada. Y los pobres Oromenderrianos vivían rendidos al mismo supuesto.

– Antes de partir, ¿qué le parece echar una última mirada al mundo, señor?

– ¿A qué mundo?

– Por ejemplo, a todo su personal y al pueblo, reunidos en la plaza principal. Así podrá usted despedirse de todos y también yo mismo.

– Será triste, pero te agradecería.

Parece que el Señor de la Madera lo ha escuchado con gusto, pues un retraso siempre aporta la posibilidad de algún imprevisto. Sé que el Señor de la Madera tiene toda la esperanza en su sistema de seguridad. Debo andar con cuidado, no vaya a caer en la trampa. La plaza principal se halla frente al balcón del palacio. Oprimiéndole el pecho con la pistola, le doy instrucciones claras y severas. Al menor fallo, tac y se acabó. Le he puesto el teléfono en la mano y está hablando:

---

La gran desigualdad, que el hombre no trae por naturaleza, se produce y se manifiesta en agentes distintos a su persona. Dos hombres desnudos, dentro de su variedad, son iguales en sí, pero si se hallan el uno vestido y el otro desnudo y muerto de frío, la diferencia es considerable. Si al que se halla vestido se le pone un palo en la mano, la desigualdad aumenta. Si el palo es de hierro, más aún. Si el hierro es un fusil, mucho más. Si el fusil es automático, más y más. Si el fusil automático resulta ser atómico, más y mucho más. ¿Qué puede hacer un hombre desnudo y tiritante frente a

---

otro bien vestido y armado de fusil atómico? A éste no se le puede llamar “congénere” del primero. Añadamos a esta desigualdad individual toda la complejidad social, sumemos a toda esa complejidad la acumulación de todos los siglos y estamos donde estamos. Hasta aquí nos ha traído la maravillosa conciencia.

La desigualdad fundamental, la diferencia causante de sufrimiento que más nos interesa, proviene de la acumulación de bienes para utilidad propia y a costa de otras perso-

– ¡Pero cuidado! Debéis desalojar todo el palacio. Que no quede dentro ni un mosquito. La megafonía tiene que estar en marcha, pero todo desde abajo. Dentro del palacio ni una sombra. Decid a mis agentes que los quiero ver lo más cerca posible, para darles las gracias por sus inestimables servicios. Que se reúna también el pueblo, en silencio y con respeto por favor. Cuando todo esté listo, llamad a este teléfono. Cuatro, cuatro, tres, dos... ¡oh!... lo sabéis, ¿verdad?

Mientras esperamos, hay un silencio maquiavélico en la sala. No sé si al otro lado del teléfono se habrá entendido eso de querer ver a los agentes lo más cerca posible, pero es difícil que un disparo traidor me alcance por sorpresa. Al balcón se accede desde la sala misma donde nos hallamos, con una potente vitrina antibalas de por medio. Suena el teléfono. El Señor de la Madera lo coge.

– ¡Todo listo, gran Señor! –dice la voz del otro lado.

– Ya vamos –responde vacilante el Señor de la Madera.

Al salir al balcón, todos han comenzado a aplaudir para mi asombro, porque no alcanzo a entender qué celebración se imaginan que es esto. Dicen que antaño se reunió más de un millón de personas en esta grandiosa plaza, en una llegada de no sé qué rey o caudillo. Hoy no podía ser menos.

– Parece que tenemos éxito –le digo al Señor de la Madera–. Puede usted comenzar cuando quiera.

– ¡Señoras y señores! Mis fieles servidores, mis honrados trabajadores, mis queridos Oromenderrianos todos. En este

delicado momento... ¿no funciona este micrófono?... ¿Sí?... No sabéis cuánto os agradezco que hayáis acudido en este delicado momento. No sé qué deciros, porque ni sé lo que siento, pero al veros, las palabras me gotean de los ojos, si es que no me ahogo. Sabéis que he dedicado toda mi vida a cuidar vuestros bosques y a desarrollar la industria maderera por vuestro bien y gracias a ello se puede decir que hoy Oromenderrieta es feliz, pero en adelante tendréis que disfrutar vosotros, porque parece que ha llegado mi fin. Conservad los bosques, amad a los árboles y amaos entre vosotros mismos. Moriré contento, siendo vosotros espectadores, ¿pero qué queréis que os diga? Cuando Dios nos ha deparado este momento, Él sabrá por qué, pues de Él sólo podemos esperar...

– ¡También yo tengo que hablar, señoras y señores! –comienzo, quitando el micrófono al Señor de la Madera–. Trata de prolongar su adiós, a ver si Dios o alguien lo salva, pero pensad que ya estamos ambos en el otro mundo. Para quienes no me conocéis, soy el viceadministrador de la decimosexta serrería de los Bosques Occidentales, aunque los compañeros de trabajo me tomasen por chupaculos, cuando comencé a perseguir dicho cargo. ¿Se ha curado nuestro administrador general? Si estuviera presente, le ruego me disculpe la faena, pero yo tenía que alcanzar como fuera este trance. He aquí a vuestro gran Señor de la Madera. Disfrutad, en efecto, de los bosques y árboles de Oromenderrieta, libres del miedo al patrón omnipotente. No sé si vais a alegraros o condoleros, ni sé si captaréis el sentido de esta explosión,

---

nas. Tal es el sentido que daremos a este término, dando por supuesto que una acumulación compartida entre toda la sociedad puede ser justa y creadora de progreso. Es la acumulación basada en la rapiña la que consideramos causante del sufrimiento humano. En este sentido la acumulación habrá tenido sus altibajos, dependiendo de la capacidad de respuesta y de ataque de las fuerzas contrarias. Pero ella sigue avanzando y en aumento creciente. Hoy nos hallamos en la cúspide de la acumulación de toda la historia, mañana será más arriba, pasado más aún, y así por los siglos de los si-

---

glos. Este punto puede ser discutible. ¿Quién era superior, el ostentoso faraón de antaño o el actual magnate multinacional? Aparte de la imposibilidad de establecer comparaciones, la clasificación de eras históricas lejanas es una cuestión bizantina. Lo que está claro -y es lo principal- es que en una determinada época histórica el instinto de acumulación es continuamente creciente. El no lograrlo o el sufrir tal vez recesiones en determinadas crisis hay que atribuirlo a factores ajenos a la voluntad del acumulador.

pero es igual. Al que os pregunte decidle que al Señor de la Madera lo partió un rayo. Yo soy el rayo, rayo consciente, que sabe elegir en qué cabeza caer. Amaos, sí, los unos a los otros, que también ello será más fácil sin el Señor de la Madera, a no ser que su ausencia llegue a espantaros más. Que viváis bien y hasta pronto. Disparo y disparo. El Señor de la Madera de Oromenderrieta se desploma y yo sobre él. Tal vez haya terminado la concentración de una forma no sospechada por nadie. Se escuchan los estruendos de la megafonía. Creo que hemos fundido toda la instalación. No oigo nada. Ya no siento. Se me desprendió la omnipotencia. Parece la eternidad.

– Buenos días, venerable señor.

– Así los traigas. ¿Quién eres?

– Una persona que puso en marcha un granero industrial. Quisiera comprar mil toneladas de trigo, si de paso a usted le interesasen cien toneladas de maíz.

– ¿Dónde un granero?

– Tranquilo, señor. No hay peligro para su monopolio. Vengo de Lubelia y quisiera entablar relaciones comerciales con usted, si le interesase.

– ¿Dónde está Lubelia?

– ¿No lo ha oído nunca? Mal comienzo para hacer buen trato.

---

Considerando a la humanidad en su conjunto, no es infundada la visión de que la acumulación creciente se cumple de siglo en siglo. Considerando los extremos, supongamos por abajo al hombre hambriento, ya que se puede decir que el escalón más bajo del ser humano es el hambre. Más abajo está la muerte. ¿Qué diferencia hay de un hombre hambriento de hoy a un hombre hambriento de hace miles de años? Desde ese factor físico y objetivo, la igualdad es total. El hambre de entonces y el de hoy son exactamente iguales. ¿Dónde está el otro extremo? Sin duda más alto que nunca.

– Disculpa. No soy geógrafo sino negociante. Habiendo arrancado con un pequeño granero, hoy se puede decir que la mayor parte del grano nacional pasa por mis manos.

– Tiene usted motivos para sentirse orgulloso, pero ¿no pensó nunca que tal negocio pudiese acabar, ya que muchas veces en el mejor momento sobreviene lo peor?

– ¿Qué es eso?

– Algo parecido a lo que usted guarda en el cajón central de su mesa. ¡Alto! ¡Quietas la manos! Mejor las coloque en la nuca.

– ¿Qué clase de broma es ésta?

– No me ha costado poco llegar hasta su presencia. Soy obrero de uno de sus graneros, pero como aquí no se admiten asalariados, vestido de hombre de negocios me hicieron pasar con amabilidad. ¡Quieto por favor! ¡En pie por si acaso!

También yo me he levantado juntamente con el Señor del Grano de Oromenderrieta, apuntándole desde medio metro al pecho. Tiene una cara ridícula, pero creo que se encuentra distorsionado por el terror. Las puertas y ventanas del salón están bien cerradas. Afuera llueve con generosidad. No creo que vayamos a alcanzar el próximo invierno. Abro el cajón y saco la sofisticada pistola del Señor del Grano, sin quitar la mía de su pecho.

– ¿Qué tal? –le pregunto, para saber si le funciona el habla.

– No entiendo –responde tembloroso.

---

El que más arriba está hoy se halla mucho más alto que el que estaba más arriba hace cien, doscientos, mil, diez mil años. Es mucho más poderoso, acaudalado e imbatible.

El que de ser una fuerza más personal vaya a través de la historia despersonalizándose poco a poco no altera en nada la cuestión. Tampoco el que más alto está tiene por qué ser un individuo único. Puede que sea individuo o grupo o conjunto de grupos, igual también que por desgracia entre los inferiores la miseria se padece en grupos. Queremos de-

- Pues, no le queda mucho tiempo para entender.
- ¿Vas a darme un tiro?
- O dos, si uno solo le asusta.
- ¿Cómo esperas escapar después, si el palacio se halla atestado de agentes?
- Iremos los dos juntos.
- Ahora entiendo menos.
- Me parece peligroso enviarle a usted solo, no sea que también allá monte usted otro monopolio. Por eso he decidido acompañarle. Esto no es ni secuestro ni asesinato, sino un trato entre ambos. Pero ese trato lo hemos de firmar en el otro mundo.

Sé que el Señor del Grano no sabe qué pensar. Además es bastante más alto que yo, crecido tal vez por la costumbre de mirar de arriba abajo. Hermoso mocetón bajo un espléndido abrigo, aunque tampoco yo visto cualquier cosa. ¡Si supieran al otro lado de la puerta!

- ¿Cómo entraste aquí? Creía que disponía de un servicio más honrado.
- No es culpa de su servicio, señor, y aunque lo fuera, es inútil, porque no va usted a tener ocasión de depurarlo.
- ¿Por qué quieres matarme?
- Usted sabrá por qué tiene tanto guardacasas y tanto guardaespaldas.

---

cir la fuerza superior o la suprema expresión de la acumulación, sin mirar a que se halle en manos individuales o grupos de individuos.

Aunque el hambre sea igual, el hambriento puede ser diferente. No es lo mismo sufrir hambre como animal (supongo) o como hombre. Según el nivel de conciencia del hambriento, la sensación sufriente del hambre puede ser más aguda o más lánguida. Es muy distinto sufrir hambre y además saber por qué y por quién se sufre. Por ese lado cuanta

Si a éste ahora, por dejarlo vivo, le propusiera que me deje marchar en paz, seguro que aceptaría hasta verme escaleras abajo. No alcanzaría la puerta exterior. Por eso estoy tranquilo, pues no tengo más remedio que coronar lo decidido. Es comprensible que también yo quiera prolongar mi fin.

- A ver si se lo aclaro. No quiero mandarle de repente al otro barrio, entre otras cosas, porque debo seguirle. Considérello hecho y hablemos como corresponde al último momento. Olvídese usted de trigos, maíces, cebadas, trilladoras y tierras. Nadie le ha traicionado. Su sistema defensivo sigue tan infranqueable como siempre, si hubiese venido con la intención de huir. Una bala acabará con usted y otra conmigo, en un cuarto de segundo. ¿Se lo he explicado bien?

- ¡Estás loco!
- ¿Qué importa eso para morir?
- Déjame al menos tener la últimas palabras con alguien, aunque sea con el sacerdote.
- No, amigo. Ese alguien soy yo. No desee usted que se abra esa puerta, porque entonces todo se habrá acabado. Lo del sacerdote tendrá que hacerlo directamente con Dios.
- ¿Cómo quieres que hable con Dios en estas condiciones? Déjame al menos arrodillarme.
- No, señor. De pie y sin el más leve movimiento.
- ¿Acaso debo confesarme contigo?

---

más lúcida sea la conciencia, tanto más profundo será el sufrimiento. De padecer el hambre creyendo que es un mal fatal o un castigo divino o la venganza de un ser maligno o la vía de un premio futuro o simplemente nada, a saber que es por culpa de un ser humano de categoría igual o inferior a uno mismo, hay mucha diferencia en la conciencia y mucho más en el sufrimiento. Por esa parte, puede que quien posee una conciencia solidaria tenga más sufrimiento que quien sólo padece hambre física. Sin recurrir a idealismos, la naturaleza misma nos ofrece ejemplos que van más allá del indivi-



– Ya sé todo de usted. Si quiere, yo mismo haré a Dios su confesión.

– Haz algo por favor. Haz lo que quieras, pero no me mates el alma.

– Bien. ¡Oh, mi gran Dios! No sé si los actos de mi señor serán pecado, pero su historial es fecundo. La mayor parte del pueblo vive bajo el hambre y éste ya sabes cuántos bienes ha acumulado. El pueblo vive bajo el miedo y éste ya sabes qué leyes impone. La mayor parte del pueblo es su servidor y éste ya sabes cómo acostumbra retribuir. Ahora continúe usted mismo, Señor del Grano. ¡Silencio! ¿Han llamado a la puerta? ¡Dígales que esperen! –ordeno amenazante, hundiéndole la pistola en el pecho.

– ¡Esperad! ¡Terminamos enseguida! –vocea el Señor del Grano.

– Bien –le digo dulcemente, aflojando un poco el arma–. Ha dicho usted que terminaremos enseguida y lo hemos de hacer.

– ¿Estás de veras, compañero? –El Señor del Grano habla medio llorando, con los ojos casi remojados. Esta vez sus lágrimas no son de cocodrilo–. No te van a hacer nada. Te juro que no me vengaré.

– Menudo optimismo el suyo, que se acuerda de la venganza desde la boca de un arma.

– Iremos adonde quieras en avión, llevándome tú como rehén.

---

duo. Una madre o un padre puede sufrir con el hambre de su hijo más que el propio hijo.

En el otro extremo, en la cúspide de la pirámide, aquel jefe de tribu de hace siglos era individual, conocido y alcanzable. Sabían quién era, aunque lo adorasen como dios. Lo tenían cerca, al alcance de sus sentidos. A medida que la cúspide piramidal se eleva, aquella potente personalidad va alejándose, difuminándose y haciéndose cada vez más inasequible, pues la historia no corre en vano para los fuertes. A

– Me mareo.

– Entonces en coche, caminando, como quieras.

– Empieza usted a chochear. Parece que tenemos que terminar.

– ¿También tú?

– Ya le dije antes que es demasiado peligroso para el otro mundo que usted se presente solo. Seré yo su gorila para toda la eternidad.

– ¡Ay madre! ¡Madre mía querida!

Se ha echado a un llanto silencioso y entrecortado, hasta el punto de conmovirme. El Señor del Grano jamás habrá vertido unas lágrimas tan tiernas. A mí mismo se me humedecen los ojos. Venía mentalizado, pero no creía que iba a ser tan difícil. Estoy alargando el tiempo demasiado. Mi mano comienza a cansarse. Este trance no da para más.

– ¿No piensa usted acordarse de Dios?

– Sea lo que él quiera.

– Como hasta ahora lo que usted quiso.

Le disparo en pleno corazón. El Señor del Grano de Oromenderrieta se ha desplomado como uno de sus tantos costales. Se ha abierto bruscamente la puerta y me disparo a mí mismo. Mientras caigo, percibo que irrumpe toda la tropa. Levantan a su amo, recogen las armas, me llevan, corre un murmullo tenso, las alarmas del palacio se enfurecen, pero creo que inútilmente.

---

los poderosos actuales, aparte de ser tales, casi ni los conocemos. Se nos han perdido por encima de las nubes. Siendo más reales que nunca, son anónimos para la mayoría de los hombres. Igual pasan a tu lado y ni te enteras. Igual son de los que se dicen demócratas convencidos y les votas.

Antiguamente los propios acaudalados o acumuladores poseían el poder y los ingenuos pensadores sospecharon que “el poder corrompe”. ¡Pobres! El poder no corrompe, sino que es de los corruptos. Luego poco a poco los acumuladores

– ¡El Señor del Grano de Oromenderrieta ha muerto! –oi-go a duras penas. También yo debo de estar muerto, aunque en el calor del cuerpo los sentidos aún perciban algo. Ya no. Lo que venga continuación no podré contaros.

Al gran Señor al que por fin lo tengo enfrente le denominan El Señor del Vino, si bien todas las bebidas posibles pasan por su firma. Soy tonelero de una de sus bodegas, pero seguro que no me conoce. Cuando alguna vez viene de visita, no para de hablar, preguntando esto y lo otro y ordenando aquello y lo de más allá y sin mirar a la cara de nadie. Dicen que si se hundieran sus naves, todos los peces del mundo se embriagarían. Ahora pretende programar la extensión del mercado a los polos. Según él, si aquellas gentes aprendieran a beber vino para calentarse, serían los clientes más rentables.

– ¿Esta citación ha sido cursada por mí?

– No mortifique en balde su memoria, señor. Ese papeli-to lo he adquirido a base de mucho ingenio.

– ¿Falsificado? ¿Cómo te atreves?...

– No tenía más remedio, si quería verme con usted.

– ¿Acaso no aprendiste a rellenar instancias?

– Me las rechazaban siempre.

– Bien. Aquí estás. ¿Qué deseas? ¡Y rápido!

– Muy rápido, señor. Quería enseñarle una cosa. ¿Conoce usted esto?

---

res, quizás para que la operación resultase más eficaz, han ido dejando el poder en cuerpos delegados. Así tienen un quebradero de cabeza menos y más tiempo para su instinto de expansión. Y de paso y sobre todo han logrado ser omnipresentes sin que nadie los reconozca. Y ahora dicen: “¡Somos imbatibles!”. Considerando el poder de la acumulación y el camuflaje del acumulador, ya no se puede ni imaginar la cúspide. Ellos viajan más allá de la luna y en la base de la pirámide aún se arrastran seres que, como hace miles de años, adoran como a dios a nuestro satélite y compañera de noche.

Al Señor del Vino se le han abierto juntos la boca y los ojos, quedando sus manos extraviadas en el gesto precedente.

– No es falsificado, señor. Cierre la boca, porque la estampa de idiota me provoca.

– ¿Qué quiere usted? –pregunta cambiando de tratamiento.

– Estrenar esta pistola. Y nada de rugidos, ¿entiendes? –le ordeno también con el tratamiento cambiado y metiendo la punta del arma a la altura del corazón–. No en vano tu vino es el mejor del mundo. Me faltaba valor, pero su espíritu me ha hecho desafiar a la muerte.

– ¡Pero, hombre! ¿Tan mal vive usted?

– Vivo bien, pero temo morir mal.

No poco se ha tranquilizado el Señor del Vino, al creer entender de mi parte una intención suicida. Tras unos rápidos y atropellados parpadeos, se retrasa con sumo cuidado, mientras yo le sigo y acorto distancias.

– ¿Va usted a suicidarse desde mi pecho?

– Ese pecho ha sido siempre imperforable, señor, y me bastará con el rebote.

– ¿Por qué quiere matarme? Yo por ustedes...

– Sí, señor. Está claro lo que tú hiciste por nosotros, con sólo leer los monumentos erigidos en tu nombre por doquier. ¡Las manos a la nuca por favor!

---

¿Por qué es así el mundo? Si no tiene por qué serlo necesariamente, ¿cómo no ha sucedido otra cosa distinta en tantos siglos? Si siempre ha sido así, ¿es sensato pensar que puede ser de otra forma? ¿Cuántos siglos se precisan para demostrar la necesidad de una situación? Contra tales preguntas existe en principio una constatación que cuestiona su fatalidad y es que la conciencia misma, sea cual sea, no es eterna. La preconciencia fue muchísimo más larga que la era de la conciencia y, sin embargo, en algún momento surgió la inteligencia. ¿No se podrá producir algún día un esta-

– ¿Cómo piensa usted salir de aquí?

– Después de que me costó tanto entrar, sería de tontos pretender salir.

– Le dejaré que se marche. No ha ocurrido nada.

– Ocurrirá pronto. Esta pistola no está en vano donde está.

– ¡Dios mío! ¡Por favor y por favor!

– ¿Quieres acaso confesarte?

– Se lo agradecería.

– Bien. No quisiera despachar a nadie en pecado mortal consciente. Coge el teléfono y avisa que el sacerdote debe entrar en la sala con las manos arriba y los dedos completamente abiertos.

– ¿Departamento de servicios? -se comunica por teléfono el Señor del Vino-. Dígale al jefe de servicios que se ponga. Sí. ¿El jefe de servicios? Mire, no sé explicarle, pero necesito inmediatamente al capellán del palacio. –Le oprimo el pecho con la pistola-. Debe entrar con las manos arriba y con los dedos abiertos. ¡No, no!... ¡Sí! Eso es. ¡Rápido! Él sólo y llamando primero a la puerta tan-tan. ¡Sí! Como siempre.

Colgado el teléfono, ambos permanecemos callados, como corresponde a la espera de un sacerdote. Llegó exactamente según las instrucciones, vestido para los últimos sacramentos. Le ordeno cerrar la puerta. La empuja con el trasero, sin atreverse a bajar las manos. También su boca viene abier-

---

lido de esa conciencia? Si la inteligencia hasta el presente ha causado la mayor acumulación y el mayor sufrimiento, ¿no habrá manera de desmontarla? Lo que tal vez anteriormente habría podido prevenirse ¿resultará imposible posteriormente? Formulado en términos crudos, ¿es la acumulación un resultado inevitable de la conciencia?

Tanto para desmontarla como para no dejarla montarse, se necesita una herramienta que valga para toda la pirámide, no una que pueda salvar alguna o varias subpirámides aquí

ta, sin orden de nadie. No parece haber contemplado jamás un misterio semejante.

– ¡Pero, hijo! ¿Cómo puedes?...

– Reverendo señor, no le he solicitado yo, sino su amo. Arréglese con él.

– Mi gran Señor. ¿Qué sucede aquí?

El Señor del Vino se echa a llorar silencioso y sollozante. Sólo falta que yo mismo me enternezca.

– Pero, hijo, ¿cómo quieres que se confiese con una pistola en el pecho?

– Le ayudará a decir mea culpa.

– ¿Cómo piensas que?...

– ¡Vale ya, reverendo! –le he tenido que cortar a este cura memo-. Haga usted una pregunta inútil más y su amo se irá sin sacramentos.

– En el nombre del Padre y del...

– ¡He dicho las manos quietas!

– ¿Cómo voy a santiguarme entonces?

– Con la intención basta.

– ¿Tiene usted algo que confesar ante Dios, mi respetable patrón?

– Tal vez no he amado a Él sobre todas las cosas.

– ¿Quién otro había sobre ti? –le pregunto.

---

o allá. De no encontrarse una herramienta general que sirva para todo tipo de sociedad y para todos los siglos, estaremos condenados a soluciones parciales, casi marginales. Hace falta una herramienta única y general, que, aplicada hace cien mil años como hoy mismo, consiga un resultado radical y absoluto. Una herramienta general y definitiva.

¿Cómo surgió el proceso de acumulación? No tenía más remedio que surgir. El tipo de conciencia que aún impera conduce necesariamente a ello. El proceso no se puso en

- No recuerdo más -dice el Señor del Vino.
- ¿Quiere que le ayude yo, señor patrón? -el sacerdote.
- ¿A quién ayudó usted hasta ahora? -yo al sacerdote.
- ¿Alguna blasfemia contra Dios o algo así, mi patrón?
- No, reverendo.
- ¿Algún mal pensamiento o deseo obsceno?
- Pasarme por la mente solamente, reverendo.
- ¿Apropiarse de algo ajeno o así?
- No, reverendo. Tenga en cuenta que casi todo era mío.
- Muy bien, señor patrón. Para ser en unas circunstancias así, ya es suficiente.
- El resto de la cuenta se la entregaré yo mismo en mano a Dios -digo.

- *In nomine patris et filii...* ¿No puedo mover la mano ni siquiera para darle la bendición?

- Ésa se la daré yo. ¡Pum!

El Señor del Vino de Oromenderrieta ha caído como uno de sus miles de odres. El sacerdote eleva las manos aún más, buscando tal vez al Espíritu Santo con unos ojos convertidos en huevos verticales.

- Usted no, reverendo. De usted no me fío. Le acompañaré yo.

Al disparar contra mí mismo, me ha parecido caer sobre

un odre. Se oyen ruidos de puertas y clamor de gente, pero creo que estoy muerto.

- Buenas tardes, Señor del Algodón.

- Igualmente. ¿Qué tenemos?

- He oído que la industria azucarera de Oromenderrieta ha sido absorbida por su empresa y si le pareciera, quisiera trabajar en la planta de azúcar.

- ¿Eso qué es?

- ¿No lo conoce, Señor del Algodón? Es un diminuto tren de viaje rápido al otro mundo, pequeño pero seguro. Mejor levante las manos y no se mueva un pelo, porque si éste hace tac, sus servicios de seguridad serán vanos.

- ¿Qué vas a hacerme, compañero?

- Hasta el presente no se le conocían compañeros al Señor del Algodón.

- Tengo más corazón del que suponéis.

- Por eso le he colocado la pistola a su altura, pues de lo contrario hubiese sido en la cabeza.

- ¿Por qué querías saber si la industria azucarera era mía?

- A ver si alcanzaba a dos pájaros en uno solo.

- ¡Cabrones! Por fin conseguisteis vuestra venganza.

- ¡Alto, señor! Está usted muy equivocado, si me considera dentro de tal «habéis». Ignoro si fueron reales o monta-

zarán en espacio. Si los sacas de su campo, no saben cómo atacar ni cómo defenderse. El tigre no se preocupa de lo que pueda venir desde más allá de un río que él jamás traspasó. El tiburón no se preocupa del jabalí ni éste de aquél, porque operan en campos separados. Para ser presas entre sí, tendrían que calcular, pensar. Incluso dentro de su campo, los animales no acumulan porque no saben. O si lo hacen de alguna manera, no saben avanzar en sus técnicas. La única herramienta para ello -el arma más destructora- es la conciencia.

dos los atentados y revueltas que ha sufrido usted hasta ahora. Éste no tiene nada que ver con ellos.

– Entonces ¿por qué quieres liquidarme?

– Porque es usted el más alto y aunque no lo fuera, ya es tarde para cambiar de blanco.

– ¿Me permites despedir a mis familiares?

– Sí, hombre. Familiares y demás palaciegos, pero creo que en esta sala no hay suficiente sitio.

– En el comedor principal. O si no, enfrente del palacio.

– Fuera, de ninguna forma. Si quiere, en el comedor.

– ¿El jefe de seguridad del palacio? Sí, soy el Señor del Algodón. Escuche con atención. Estoy con la pistola de un hombre en el pecho. Dice que va a matarme. Sí, sí, no haga preguntas y escuche. Me ofrece la oportunidad de dirigiros las últimas palabras. Vamos al comedor. Desapareced todos del camino. ¡No! ¡Ni una mosca! Os lo pido por mi vida. Yo mismo llamaré desde el comedor, para que acudan todos los servicios.

El caminar del Señor del Algodón es penoso, débil y vacilante. Él por delante, yo por detrás y la pistola en el hoyo de la nuca, avanzamos por los inmensos pasillos. Cuando me dirigía hacia acá, todo era gente, uniformes, porteros, ruido de máquinas, incluso relinchos de caballo y abundantes timbres. ¡Qué silencio ahora, si no fuera por el eco múltiple de nuestras propias pisadas! Tras descender una escalinata de

---

La inteligencia no cambió en el hombre la naturaleza que le precedía. Simplemente la convirtió en consciente. La conciencia no reconvirtió la supremacía del principal instinto, –instinto de supervivencia o no muerte–, sino que lo hizo reflejo. En una palabra, acentuó la inevitabilidad del primer instinto. A partir de tal base, la conciencia no podía aportar otra clase de resultado. Si el león se hubiese convertido en inteligente, simplemente hubiera sido más león. Si cualquier otro animal fuera racional algún día, marcaría una trayectoria similar a la que ha efectuado el hombre. No hay necesidad de

piedra, entramos en un ascensor que parece un armario de oro. ¡Cuidado a la salida! No hay nadie. Un silencio más obediente habita las regiones inferiores. Pasado otro colosal pasillo, a través del pórtico del patio interior, hemos llegado al comedor.

– Muy bien, Señor del Algodón. Está claro que le respetan. Coja ahora el teléfono y avíseles que vengan, de uno en uno, mediando un trecho y con las manos lo más arriba posible.

Pronto se ha movido todo el palacio. Ya vienen, ya pasan, como cartujos al coro de oración. A medida que entran, las caras se transforman del asombro al terror, del terror a la nada y de la nada a una esquina de la pared. Al cabo de un rato un hombre de capote largo y negro ha cerrado la gran puerta y tras una mirada oscilante de no entender nada, dice:

– Ya están los que tenían que venir, Señor Amo. Sólo faltan los que se fueron a amaestrar a los caballos y a los perros.

– Mis queridos servidores –comienza medio hiposo el Señor del Algodón–. Os he convocado por una parte para contemplar por última vez a quienes tanto amo y por otra para probar si en presencia vuestra se suaviza el destino que me apremia por detrás. ¿Juráis que no le haréis nada, si me deja vivo?

– ¡Sí, señor! ¡Juramos!

– ¿Juráis que?...

---

nuevos datos hipotéticos. La naturaleza ya realizó esa prueba, convirtiendo a una especie en inteligente, y es esto lo que resultó. El que tal criatura fuera mono, hormiga, lobo, paloma, abeja o elefante es una cuestión secundaria. Si, como al supuesto mono, le hubiese correspondido a cualquier otro, ése habría sido el ser humano, con un comportamiento igual al humano actual. Y es que la correlación ataque-defensa que se basaba en el instinto de vida o repulsa de la muerte es quebrada abrumadoramente por la inteligencia a favor del ataque. No podía hacerlo de otra forma.

– ¡Quietos! No hagáis juramentos inútiles. No estáis preparados para este tipo de atentados. Perdonadme que me tome la atribución de concluir lo que vosotros tenéis en la mente. Os ahorraré un trabajo. Rezad sobre nuestros cuerpos para que nuestras almas entren livianas en el cielo.

El Señor del Algodón se ha desplomado nada más perforada su nuca. Los agentes y escoltas han bajado inmediatamente las manos a las armas, pero no les daré tiempo. Disparo a mis sesos y caigo sobre el difunto Señor del Algodón. Entro en la eternidad a lomo del patrón.

### ASAMBLEA EXPLOSIVA

Los Señores y Señorables de Oromenderrieta se han reunido en asamblea general urgente, según el texto de la convocatoria: «Para analizar la situación y decidir las actuaciones frente a los últimos acontecimientos, acuda usted sin falta...» etc. Entre los Señores y Señorables de Oromenderrieta jamás se ha utilizado la coletilla «sin falta», pues es normal que fallen muchos entre tantos y si alguna vez, por despiste de alguna máquina, se incluía tal cláusula, no la cumplirían nunca, ya que andan ocupados en negocios mayores que impiden asistencias totales. Hoy están todos, los que son y los que serán.

No han querido dar publicidad a la asamblea. En los medios figura como asamblea ordinaria, de simple protocolo, mas el hecho de ser a puerta cerrada ha causado una turba-

---

Esto no tiene nada que ver con las ingenuas filosofías o religiones que quieren suponer algún mal o bien innato en el hombre. No hay nada preexistente a la naturaleza. Está claro que la inteligencia aumentó también las capacidades opuestas a la agresión: amor, respeto, entrega, altruismo, solidaridad... Parece que somos más capaces que los animales de amar, jugar, gozar, en una palabra, de vivir. Como también somos más capaces de desear la muerte, cuando sentimos la vida como insoportable. Los animales pueden rendirse a la necesidad, incluso erróneamente calculada, pero no se suicidan.

ción general. Los que gozan del instinto de meter su morro en cualquier vericuelo se han percatado en el acto de que los Señores y Señorables de Oromenderrieta jamás se han congregado tan masivamente, ni siquiera para declarar una guerra. Ante un movimiento tan desacostumbrado, los periodistas se han apilado alrededor de la gran Casa Señorial de Oromenderrieta, cosa normal por otra parte en quienes pasan la mayor parte de su vida en palacios semejantes. Hoy tendrán que resignarse, porque no se permite el más leve aproximamiento. ¿Estaremos en estado de alerta? ¿Esperarán algún ataque extraterrestre? El viejo adivino de Oromenderrieta decía que es una señal temible el que las aves carroñeras se junten en una hondonada donde no hay nada.

Han dado las once de la mañana y con absoluta puntualidad la representación del Señorío de Oromenderrieta, con su presidente en medio, ocupa una grandiosa mesa. No hay que esperar, porque no falta nadie. Tras asegurarse de que se hallan bien cerrados los portones ordinarios y las salidas de emergencia, se levanta el presidente y dice:

– Bienvenidos, señoras y señores. No hace falta expresar las razones de la convocatoria de esta asamblea, porque estarán en la mente de todos. Sin más, dando las gracias más sentidas a todos por haber acudido, doy por comenzada la sesión.

No sería fácil adivinar por qué se aplaude una introducción tan vulgar, si los Señores de Oromenderrieta no tuvieran motivos para animarse mutuamente. Ellos mismos miran a los

---

En el origen mismo de tales bondades no-agresivas o anti-agresivas reside también el instinto de agresión, que prevalecerá necesariamente. La humanización del hombre, su mejora, dignificación, superación o culminación de cualquier concepto positivo que se quiera, no vendrá de insistir en las capacidades positivas de la inteligencia. Hay que revolucionar el ser mismo, la naturaleza, anulando en su propio origen el instinto de agresión, cuya expresión principal es la acumulación. También esto, por supuesto, aun siendo una realidad anterior o subyacente a ella, lo puede plantear

lados, asombrados de su propia salva. El secretario general del señorío pide silencio y sentarse, con una sonrisa intermitente. Subido a la tribuna principal, comienza:

– Señoras y señores: tal como ha dicho el honorable presidente, el motivo de esta asamblea debe considerarse bien entendida, si se mira a la asistencia. Eso significa que el Señorío de Oromenderrieta sabe responder a la importancia de las circunstancias, cuando es preciso. Tras dar a todos la bienvenida, quisiera decir, para empezar, que este salón principal se nos ha quedado pequeño y que deberíamos pensar en ampliarlo, pues en adelante puede que reuniones como éstas sean más frecuentes de lo que desearíamos. Para no perder más tiempo en ello, pido vuestra aprobación, para que el salón sea agrandado cuanto antes o se construya otro nuevo, ya que es un deshonor ver ahí a la mitad del Señorío de pie. Si hubiera algún voto en contra, álcese la mano. (Nadie se mueve). Así pues, unanimidad y proseguimos.

Para aproximarnos al tema del día, la mesa ha invitado a la asamblea a un equipo compuesto de personas a las que tal vez no conozcáis todos. Tenéis enfrente a nuestra izquierda a los más famosos doctores en medicina, encabezados por el renombrado en todo el mundo Doctor Benedium. Y sin más dilaciones vamos al tema central y único de hoy. Sabéis qué acontecimientos más terribles estamos sufriendo en nuestras propias cabezas. Aquí faltan para siempre nuestros principales Conseñores, para quienes pido en este momento nuestro recuerdo más emotivo. Antes de que el mal adquiera mayor

fuerza que para ser dominada, debemos tomar las medidas pertinentes y para eso nos hemos reunido hoy aquí. Aumenta una delincuencia inédita. Se nos viene un tipo de locos completamente nuevo y nunca mejor dicho el «nos», porque se dirigen directamente a nosotros. Hemos de utilizar todos los medios al alcance e inventar otros que no existen y todo ello lo debemos hacer hoy mismo, pues corremos el peligro de que mañana sea tarde para cualquiera de los presentes. Y éste es el momento para que nos hable el respetable jefe del equipo médico que traemos hoy de asesor, para ver qué perspectivas y qué solución podemos esperar de la ciencia. Adelante por favor, ilustre Doctor Benedium, a quien todos estamos ansiosos de escuchar.

Un hombre alto y canoso se dirige a la tribuna, llevando a duras penas la pesadez algo encorvada de su añejo cuerpo sobre un par de enormes zapatos, que prolongan con solemnidad la caminata, mientras descarga el aplauso de un salón lleno a más no poder. Tras saludar de uno en uno al presidente y miembros de la mesa, llega por fin a la tribuna, abre unos papeles y comienza:

– Señor presidente, miembros de la mesa y señoras y señores dignos todos. En primer lugar el agradecimiento más cordial en nombre de todos mis colegas y en el mío propio, por habernos honrado con vuestra invitación. Hace algún tiempo se nos pidió que hiciéramos un estudio de esta última y nueva modalidad de locos. Siendo el campo de la locura ilimitado e ilimitadamente variado, es difícil aventurar un

---

la inteligencia solamente, aunque hasta el presente no lo haya hecho. Y la única forma convincente y proporcionada de doblegar el instinto de agresión en su origen es que la principal y en el fondo única arma de la que se vale –el rechazo a la muerte de los agredidos– se vuelva contra él mismo. El animal no puede replantear la naturaleza, la inteligencia sí.

El motor de un progreso sano y humano reside en la inteligencia, que hace evolucionar a la naturaleza más de prisa de lo que marca su calmoso ritmo. Es en el plano inteli-

---

gente donde podemos desarrollar toda mejora racional. Pero para derrotar a la irracionalidad, la inteligencia no tiene más remedio que atacar en el plano de la animalidad, que es donde se resuelve, para bien o para mal, el instinto más decisivo incluso en el estadio de la conciencia.

Alguien podría objetar que instinto agresivo, instinto defensivo y demás términos utilizados aquí son conceptos superados o formulados hoy en día de otra forma. Me da igual. No trato de definir los impulsos según criterios físicos, bioló-

pronóstico de precisión total. Este tipo de locos en cambio es tan especial que él mismo se convierte en campo y límite. No cabe duda de que estamos no solamente ante un caso como decimos en nuestra jerga atípico, sino el más atípico. Las raíces de la locura son generales. Tenemos en nuestros sanatorios miles de casos que se suicidarían, si los abandonáramos a su suerte. Y no pocos llegarían también al asesinato. Las razones de tales enfermos son harto conocidas en psicomedicina y la mejor curación suele ser apartarlos de los demás y darles a mano la mayor actividad posible. Existen también tranquilizantes que se les administran en ciertas dosis, dependiendo de cada cual la cantidad y la fuerza. Los hay quienes intentan a la vez matarse y matar, pero en general no coordinan bien dicha dualidad y comienzan por matarse a sí mismos, con lo que frustran la segunda posibilidad. Por ese lado de cualquier loco suicida se puede decir que su intención era matar a otra persona, pero que comenzó por lo que más cerca tenía, sin darse cuenta de que primero tenía que resolver el caso ajeno. Cuando se detectan síntomas de este tipo, se precisa el aislamiento más estricto, aunque a veces parezca cruel.

– Disculpe, Doctor Benedium –interviene el presidente de la mesa–, pero ¿cree usted que esos suicidas asesinos son realmente locos?

– Sin duda, respetable presidente. Aunque las locuras son múltiples, hay síntomas que no fallan. Todas las ciencias humanas y también las animales señalan claramente, y lo te-

---

gicos, psicológicos, filosóficos ni nada por el estilo. El acto de agresión existe de una forma continuada y evidente y es eso lo que aquí interesa. El que a su motor llamemos instinto o cualquier otra cosa es una cuestión que no merece más líneas.

Siendo la conciencia la única herramienta acumuladora que conocemos, ¿por dónde comienza a calcular el agresor? Justamente desde más allá del campo de la animalidad. Entonces la agresión precede siempre a la defensa. Respecto a

nemos por axioma, que no existe ningún instinto para eliminar la propia vida, de no mediar alguna perturbación. Incluso para asesinar a otra persona, se considera como axioma la existencia de alguna perturbación mental, pero ahí pueden intervenir otros factores. Lo que no ofrece duda es el caso de suicidio. Es impensable que se comporte así quien dispone de instintos y facultades normales, a no ser que queramos trastocar todas las leyes naturales.

– Suponiendo que el diagnóstico apunte a la locura –el presidente–, ¿qué terapéutica proponen ustedes para una locura tan siniestra?

– A cada mal le corresponde su tratamiento. Lo que ocurre es que esta locura es una modalidad nueva para la que, como resulta evidente, no disponemos de una práctica comprobada. Pero lo que no tiene vuelta es que hay que aislar como sea a esos enfermos.

– Hasta ahora bien que se han aislado después de realizar su fechoría.

– Ahí reside el aspecto más endiablado de los casos presentes y es que los síntomas son consecuentes, no precedentes. Aunque las autopsias realizadas insinúen ciertos indicios de perturbación, anteriormente no aparece ningún síntoma. Nuestro equipo de investigación ha recogido con exactitud la información respecto a todos los casos, tanto por parte de los familiares y conciudadanos como de todos aquellos que conocieron al loco, pero nadie ha declarado que pudiera ser tomado por tal. Han confesado que en su mayoría eran

---

los instintos de agresión, los instintos defensivos se hallan siempre en un desfase intrínseco y por ello la defensa no se organiza, si no es referida al ataque. El espacio de tiempo desde que el hombre lanzó su primer ataque calculado (por simplificar en un acto un período seguramente milenar) hasta que su colega adaptó sus instintos defensivos a la nueva situación, estaba a favor del agresor. En uno u otro intento, una u otra persona, hoy o mañana, en el año presente o en el que viene, en un siglo o en otro, la agresión logrará su objetivo. Basta con que a uno de mil y una vez cada mil le sal-



gente muy normal y que no pocos tenían fama de ser los más cuerdos. Sabemos que el loco tiende a menudo a encubrir su naturaleza, pero no conocíamos un disimulo que los presentase como totalmente cuerdos. Más aún, las personas que conocían a todos estos locos se quedaban perplejos, cuando se les pedía algún posible indicio de su locura.

– Yo no sé qué sería, pero loco desde luego no –nos confesaban. De no suponerse que todos los testigos estaban tan locos como para no percibir la locura, difícilmente se explica cómo no se ha podido recabar más información. Y si se supone que todo el mundo está loco, entonces sí que no hay solución. Pero todos unánimemente concluían:

– Para hacer eso, hay que estar loco de remate.

Así pues, no se puede sospechar que las fuentes de información estuviesen perturbadas, puesto que son capaces de apreciar la locura de un acto. Las autopsias y las informaciones de la gente interrogada no han aportado datos concluyentes. Cómo detectar la locura de tales locos, he ahí la cuestión que debemos resolver entre todos.

– ¡Se abre el turno de la palabra! –anuncia el presidente–. Si alguien quisiera preguntar o añadir algo, que hable.

– Lo que yo no entiendo es qué clase de locura puede ser aquella que no presenta ningún síntoma –dice un Señor que se levanta en la zona media–. No son tres o cuatro, sino un montón y todos ellos se han llevado por delante a los mejores de nosotros. En algunas operaciones no hay más informa-

---

ga bien, para que el proceso acumulador arranque. La probabilidad de los grandes números, casi incluso la determinación, está de parte del agresor. Aunque tal vez inmediatamente no se aprecie mucha diferencia, la tensión está servida y tarde o temprano dicha tensión se inclinará a favor del agresor. Una vez en marcha el proceso, su crecimiento será más fácil, ya que gracias a la acumulación, el agresor va haciéndose más fuerte. La bola de nieve avanza.

También el defensor puede utilizar la capacidad calcula-

ción que dos cadáveres uno encima del otro. Pero la mayoría de los crímenes ocurrió con testigos y todo, bien sacerdotes, bien agentes del palacio, a veces incluso todo el pueblo. ¿Cómo esos locos lograban en momentos tan extremos mantener una serenidad tan increíble, hasta igualar la frialdad de los robots más perfectos?

– Eso es bastante normal, una vez perdido el miedo a la muerte –el Doctor Benedium–. Además en trances irreversibles, el propio organismo se encarga de centrar a quien no lo está totalmente. Nada más colocar la pistola en el pecho, saben que no hay retorno. Esa conciencia atina el valor e imprime a la vez una frialdad lúcida, por el efecto de sobra conocido de los contrarios. De un punto en adelante es un comportamiento totalmente coherente. Pero demasiado tarde para remediarlo.

– Yo veo aquí, Señores, una situación que revienta todas las previsiones de la ciencia –dice desde atrás una voz grave–. Todas son personas muy normales en la vida e incluso en el último momento actúan más normales que el robot mejor programado. ¿Cuál es entonces su anormalidad, de no ser ese último y trágico golpe que nos estremece a todos el pellejo?

– Eso es precisamente lo que entiendo menos cuantas más vueltas le doy –continúa otro–. ¿No estaremos llamando locura a algo que no lo es porque no podemos otra cosa? No adelantamos nada con poner nombre a un mal.

– Lo mismo digo yo. ¿Qué importa si es o no locura? Sabemos lo que hacen y eso es lo que hay que prevenir y en mi

---

dora de su conciencia y en ello se esmera, pero no en la medida ni en los parámetros del agresor. El objeto de la defensa, por definición, es ilimitado, porque ha de estar organizado para eludir todos los ataques posibles, lo cual es imposible, de no ser un ser infinito. La defensa es limitada, simplemente porque no tiene capacidad de ser ilimitada. También la agresión es limitada, pero no tiene por qué ser ilimitada, para ser eficaz. Al contrario, cuanto más limitada y determinada sea, tanto mejor alcanzará por sorpresa al defensor. Si el agresor sabe cambiar de sistemas de ataque, el

humilde sospecha no creo que sean locos y aunque lo sean, se trata de una especie tan distinta que no tiene cabida en lo que llamamos locura.

– Si puedo aportar alguna luz –el Doctor Benedium–, en estos asesinos se da una de las características claras que corresponden al loco, cual es la atomización. No existe organización alguna, actúan completamente en solitario. Está claro que cada cual sólo cuenta consigo mismo, como ocurre con los locos más profundos. Tienen una idea fija y pierden totalmente la noción de la alteridad. A nadie comunicaron nada, no dejaron rastro en ningún lugar, se comportan como ollas herméticas, sin más elementos que su propia personalidad.

– Disculpe, respetable Señor, pero no sé si eso es totalmente veraz –se levanta un Señor joven y apuesto, dejando a un lado con garbo su gabán, antes de comenzar a hablar–. Como sabéis, una de esas tragedias correspondió a mi padre y tuve la desdicha de ser testigo. El asesino de mi padre sí tenía conocimiento de la alteridad. Hizo que nos reuniéramos de uno en uno y nos miró a todos uno por uno. No hay olla hermética capaz de hablar como lo hizo él ni de decir las cosas que dijo, a no ser que decidamos incluirnos todos en la olla.

– También hemos recogido la información de tu padre –el Doctor Benedium–, pero lo que yo quería decir permanece firme, a saber, que estos locos actúan individualmente. Más aún, de muy pocos se observan datos de que hayan estado organizados en nada o simplemente que hayan participado

---

defensor no puede tener su defensa preparada para todo. Lo más que puede es organizarla cuando le ataquen, si es que le dan tiempo. La anterioridad de la agresión supone una ventaja esencial y dominará necesariamente a la defensa.

No hay que pensar en que unos son agresores y otros defensores. En el fondo del ser humano existen ambos tipos de instintos. Tampoco es una cuestión entre individuos, sino entre fuerzas. La conciencia provoca una tensión automática

en algo. A quienes andaban metidos en algo no se les apreciaba relación con ninguna ideología. Algunos se movían en sociedades deportivas o gastronómicas y como simples socios. Una media docena participaba en grupos folclóricos y una sola persona destacaba como flautista en sus ratos libres, pero no creemos que ese tubo sonoro tenga nada que ver con esta cadena de barbaridades, si bien en adelante convendría controlar a los músicos con más rigor.

– Si es que sin organización alguna actúan mejor que la organización más ambiciosa –se deprime el presidente–, hay que reconocer que hemos topado con la conspiración más perversa hasta el presente. ¿Para qué quieren organización si son tan eficientes individualmente?

– ¡Individualmente, pero no a cualquier cabeza! Por si acaso no atacan a barrenderos, tenderos, carniceros y gentes que pisan suelo. Siempre a los más altos.

– ¡Y otra cosa, Conseñores! ¿Os habéis percatado de que hasta el presente no han seleccionado a ninguna autoridad ni a ningún político? Y mucho menos a ningún policía o servidor del orden, como anteriormente era de libro.

– Me parece lógico que quien se decide a dejar su vida empiece por lo más alto. Yo también haría lo mismo. No penséis que atentaría contra nadie que no está aquí, aunque esto debe quedar entre nosotros.

– ¿Y cómo podemos saber que no lo harás?

– ¿Y yo cómo puedo saber que tú no eres uno de esos locos?

---

en la parte animal del ser humano, tensión en la que, hoy o mañana, la agresividad se situará forzosamente por encima de las fuerzas defensivas. La defensa, para mantener el equilibrio o la igualdad, tiene que prevenir o dominar de antemano todas las posibilidades. A la agresividad, en cambio, le basta un descuido para conseguir el desequilibrio.

Si todo lo anterior no bastaba, he aquí que los instintos defensivos, incluso en seres con conciencia, se sujetan al campo de los sentidos. Fuera de ese espacio, cuanto más le-

– ¡Calma, señores! ¡No hablen todos a la vez! –se enfada el presidente–. Pienso que la situación está bien centrada y que es hora de buscar soluciones. Dejémonos de pajas y vamos al grano. Doctor Benedium, ¿qué solución ven ustedes a esta insólita ofensiva?

– La única solución es el aislamiento de los locos, mas como no dan manera de saber quiénes son, habrá que aplicar una terapéutica general. No hay más remedio que vacunar a toda la población, como hacemos a veces en los manicomios. Existen vacunas que confieren a la sangre una cierta languidez y que relajan y debilitan todo el organismo. En una palabra hay que amortiguarlos.

– ¿Con qué excusa hemos de imponer una vacunación general?

– Existen en el mundo miles de enfermedades y la gente ya está acostumbrada a vacunarse. Diremos que es contra cualquiera de esos males clásicos y así se hará, cuidando de mezclar el mencionado debilitante.

– ¿Se vacunará incluso a los niños?

– Las autoridades verán cómo hacerlo. Para no levantar sospechas, la vacunación debe ser general, pero incluyendo el componente que nos interesa solamente en determinadas capas sociales. Tampoco a los demás nos perjudicará un poco de agua.

– A pesar de todo no creo que podamos evitar las protestas, ya que a la larga será difícil mantener un secreto tan extendido.

---

janos tanto más débiles son, llegando un punto -bastante cercano por lo demás- en que desaparecen. La fuerza de los instintos defensivos se halla en proporción inversa a la distancia de los sentidos. Cuanto más cerca del alcance de los sentidos, más fuerte es, cuanto más lejos, más débil. Y más allá se desvanece. ¿De dónde proviene esta fatídica ley? De que las necesidades primarias del hombre siguen siendo del campo de la animalidad. Esas necesidades radicales no admiten discusión, porque son de vida o muerte. De ahí para arriba la escala se relativiza.

– Para ello contamos con que todo el cuerpo médico responda ciegamente.

– Así y todo es imposible que alguien ajeno no sospeche nada, aunque sólo sea por incordiar a la autoridad.

– No será tan difícil. Si hasta ahora siempre hemos dominado cualquier malestar en más o menos tiempo, con el debilitante en sus venas veremos cuánto coraje les queda para protestar.

– Y también para trabajar. Si debilitamos a toda la población, ¿habéis pensado en qué va a quedar nuestra productividad?

– ¡Ya se ha discutido lo discutible! –exclama el presidente de la mesa–. Mientras inventen algo mejor, agarrémonos a lo que hay. Doctor Benedium, preparen cuanto antes la vacuna. Hoy mismo hablaré con las autoridades y la próxima semana como más tarde decretaremos un día festivo y no descontable, para que la población acuda gustosa a la vacuna. Mientras tanto, ya que no hay forma de aislar a los asesinos, aislémonos a nosotros mismos, tomando las precauciones más estrictas. La asamblea ha terminado. Hasta nueva convocatoria, ¡salud!

### DESESPERADOS IMPREVISIBLES

– Tiene usted cáncer de pulmón y ya que quería saberlo todo, no vivirá usted poco, pero sí sufrirá mucho.

---

Al decir de vida o muerte, nos referimos a la muerte, porque es ésta la que también en la era de la conciencia fundamenta el instinto de supervivencia. Apenas se muere nadie de ataques espirituales, si no media alguna enfermedad mental. En cambio, en el plano de las necesidades primarias, la propia naturaleza nos somete a instintos ineludibles. De ahí para arriba nos deja relativamente libres, en un espacio en cierta manera voluntario. Pero la voluntariedad jamás originará instintos como los que produce la necesidad, a no ser que se trate de una conciencia patológica.

– Gracias, doctor. Ahora puedo empezar a pensar.

En realidad no pensé demasiado en aquella sentencia de muerte, hasta que el dolor comenzó a angustiarme. No temo a la muerte, pero sí al sufrimiento inútil y para librarme de él, tras remover con avidez lo habido y por haber, al final siempre se presenta un único remedio ante mis narices: adelantar el fin. Y de hacerlo, ¿por qué no morir en algo que merezca la pena? Nunca he sido idealista, pero también lo realizado de paso valdrá algo, ¿verdad? Si no me decido pronto, me espera una muerte por tortura. En uno de esos instantes angustiosos en los que se me ahoga la respiración, me acordé del Señor del Pescado de Oromenderrieta. Entré a trabajar en una de sus filiales, como la mayoría de los adolescentes del pueblo. ¿Dónde íbamos a empezar, si en Oromenderrieta no hay resquicio al que no llegue el olor a salitre del Señor del Pescado?

Me acordé del Señor del Pescado, pero acercarse a él resulta más difícil que pescar un tiburón a mano. Últimamente los Señores y Señorables de Oromenderrieta andan con sus precauciones a tope. Tiene que haber alguna manera. Basta un cuarto de segundo, donde quiera, como quiera. No puede haber ser vivo que no tenga un error o un instante de descuido. La prensa dice que el Señor del Pescado pasó el día de ayer en su playa particular. He sabido también en qué cala privada piensa transcurrir la primera semana de julio el dueño de tantas ellas. Los días anteriores a la llegada del Señor del Pescado se montará una gran movida, como de zona mili-

---

El que los instintos defensivos sean tan radicalmente limitados nuevamente concede una ventaja sustancial al instinto agresivo. Éste, al llevar dentro de sí mismo la vivencia de la limitación de los instintos defensivos, sabe por dónde y cuándo atacar, de forma que la víctima no pueda defenderse en igual medida. Aunque falle, siempre existe una nueva posibilidad y atacará justamente desde el punto y en el punto al que no llega el instinto defensivo o llega muy debilitado. Para algo tiene conciencia o capacidad de calcular.

tar rigurosamente prohibida, aunque el resto del año sea de uso libre.

Me ha encantado el entorno marino que espera disfrutar mi elegido. Es el más querido por el Señor del Pescado, según dicen los periódicos que con algo tienen que cargar su lomo. La gran playa guarda un rincón casi secreto en el lado opuesto a la entrada del sol. La parte que cubre el agua en la marea alta se convierte en la baja en un recinto fascinante, vallado de imponentes rocas. Más allá no se puede ir, porque la arista del acantilado penetra hasta aguas profundas. En la línea de agua de esta exhibición de rocas de todo tamaño y altura hay numerosos quiebros y hondonadas, donde las olas entran y salen no siempre de forma amigable. Mal se las verá el Señor del Pescado, si es que ama este rincón tanto como dicen.

Cargo los alimentos y las medicinas para un mes y parto. Quince de junio. La luna va cayendo casi llena. Estoy de suerte. Dentro de un par de días la dama de la noche será un círculo arrogante, perdón, arrobante. En un amago de cueva encuentro una cavidad apropiada, como una habitación alta, con un hermoso estante de roca en medio. No hay duda de que hace algunos miles de años alguien vivió aquí. Abajo las olas arremeten contra todo lo que encuentran, decididas a continuar así durante toda la eternidad. Aunque el agua me salpica en la marea alta, una elegante playa se exhibe en la baja, consciente de su belleza eternamente recuperada.

Durante los últimos días de junio percibo movimiento

---

Permítaseme un ejemplo. Supongamos ciento una personas de una inteligencia exactamente igual y con un costal de trigo cada una. Pasamos el día conversando, jugando, comiendo y demás. A nadie se le ha ocurrido robar trigo a nadie. Por lo tanto, es una insensatez que cada cual vigile su costal de trigo durante todo el día. Aparte de insensatez, es además imposible, porque tenemos que comer, divertirnos, hablar y todo lo demás. De repente tienes una idea. Se te ha ocurrido quitarnos a los demás un grano de trigo a cada uno. Tu primera ventaja es grande, porque nadie conoce tus in-

desde mi escondrijo. Ya les costará olerme. Aquí no sirve el olfato de los perros, pues el mar arrastra todo dos veces al día. Mi apetito ha decaído y también eso me hace menos oloroso. He aprendido a conversar con el mar y creo que me entiende, aunque no parece escucharme, porque también se necesitan agallas para llevar aquí diecisiete días. Algo será para cuando vuelva a llenarse la luna que comienza a crecer hoy.

El Señor del Pescado camina por la playa con todo su séquito, pero no parece que venga solamente a pasear su espíritu poético. Conozco una de sus costumbres más queridas. Al anoecer, en bajamar, a bordo de una pequeña lancha, se arrimará a este rincón con su amante de turno. Así lo observé ayer y anteayer. No estoy aquí en vano. Amarró la lancha a esa peña cabeza de fraile y disfrutó ricamente de la felicidad en la playa recién nacida. Hoy ya sé qué hacer. Si no lo veo seguro, lo dejo para mañana. No tengo prisa, pues el siguiente tren será destino al otro mundo.

Al divisar al Señor del Pescado, mi cáncer se enfurece, no sé si queriendo obligarme a terminar rápidamente lo que debo hacer o a largarme de este paraje. Ya llega la lancha, con el flamante Señor del Pescado y una mujer que no tiene pinta de esposa a bordo, ambos en traje de baño, —más que Señor del Pescado parece Señor Oso—, moviendo suavemente un remo cada uno y confiando su idilio a la indiferencia del mar. Amarran la embarcación en la acostumbrada roca y se vienen, agarrados con ambas manos, en un impulso más presuroso

---

tenciones. No podemos por lo tanto prevenirnos. Ahora piensa cuántas oportunidades tienes a lo largo del día, para robarnos a los demás sendos granos de trigo. Lo has hecho y ni siquiera nos hemos percatado. Surgió el desequilibrio. Sólo falta incrementarlo.

Supongamos ahora que cunde la sospecha de que hay algún pequeño ladrón entre los ciento un compañeros. Tus posibilidades disminuyen, pero aún las tienes a miles, porque, al no saber quién eres, cada uno no puede defenderse

que en días anteriores. Esa mujer no es la misma de ayer. Se sientan inmediatamente y se tumban enseguida. Voy. A través de las rocas por las que he subido y bajado tantas veces y desde esa apertura que sólo yo conozco, estoy a siete metros y desde aquí en tres saltos me tienen encima. Con este incesante rugido del mar apenas oirían, aunque me acercase cantando. ¿Verme? ¿Cómo van a sospechar que aquí pueda haber alguien aparte de Dios? Estoy a punto de saltar a la playa. ¿Siete metros? No voy a empezar a medir. Estoy allá en cuatro zancadas. Una, dos, tres, cuatro. ¡Adios cáncer! ¡Plast! A la mujer se le escapa un grito aterrado, no sé desde dónde, porque la olas han quedado incrustadas a sus crestas. ¡Eup!, exclamo nuevamente de arriba abajo, imaginando cómo me verán de abajo arriba. Están clavados, no el uno al otro sino al suelo, y no por mí, sino por el arma que les apunta casi vertical y digo:

— ¿Piensas, mujer, superar al mar con un grito?

— ¿Cómo llegaste hasta aquí? —pregunta el topicazos del Señor del Pescado. ¿Qué importa eso, si estoy aquí? Se hallan mudos y quietos. No miro demasiado a la mujer, pero no parece una cualquiera. Estoy seguro de que su único pensamiento es cómo librarse ella. Es fenomenal sentir que una «eupada» sea capaz de agotar el mundo. A cien metros de aquí y en todo para allá el Señor del Pescado es el amo inquestionable. ¿Cuál es el verdadero Señor del Pescado? ¿El señor todopoderoso de Oromenderrieta o el animal humano medio desnudo de este rincón inexistente?

---

contra cien supuestos ladrones. Además por un grano de trigo no merece la pena comenzar a remover todo. Supongamos por fin que has sido descubierto. Incluso ahora tienes muchas posibilidades de robar de vez en cuando un grano. Si no es a todos a la mitad, si no es a la mitad a la cuarta parte y si no es a dos a uno, siempre tienes, si quieres, algún modo de originar desequilibrio, sin que te cueste mucho.

Los demás, en cambio, para defendernos enteramente

– ¿Me pregunta usted cómo he llegado en lugar de quién soy?

– ¿A qué has venido?

– Esa pregunta tiene más sentido, pero sois vosotros quienes habéis venido. Yo estaba aquí.

– ¿Haciendo qué?

– Esperando a la muerte. Han tenido ustedes la fatalidad de pisar un terreno maldito.

– ¿Yo también? –la mujer angustiada.

– El destino de una esposa...

– ¡Yo no soy esposa de este hombre!

– ¿Qué es usted entonces?

– Una amante.

– Pues no parece que lo ame demasiado.

– No quise decir eso. Soy una querida de verdad.

– Pececilla querida en la red pelágica del Señor del Pescado.

– ¿Qué quieres de mí? –el Señor del Pescado.

– Primeramente os dejaré terminar el amor.

– ¿Bajo pistola?

– Si no lo podéis –y abandono las cortesías–, se acabó la escena. Tú, mujer, coge la lancha y a remar y tú, Señor del Pescado, a esa cueva conmigo. ¡En pie!

---

de ti, tendríamos que vigilar el costal propio y los de todos los demás, porque para el caso da igual el descuido de uno como de otro. Así cada uno tenemos respecto a ti cien posibles descuidos. Por consiguiente, entre todos  $100 \times 100 = 10.000$ . No hay talento tan inútil que no sea capaz de aprovechar uno de tantos posibles descuidos. ¿Que tuviste la desgracia de ser atrapado en la única ocasión en que atacaste? Ya volverá a amanecer mañana. Si no te fías, espera un poco, hasta que se olvide. Aléjate de los instintos defensivos. Pronto volverás a tener una nueva oportunidad. En el peor de los ca-

– ¿Qué hago, mi amor? –pregunta la mujer a los ojos del Señor del Pescado.

– Ya te dije lo que tienes que hacer –me adelanto con aspereza.

– Vete –dice ahogadamente el Señor del Pescado. La mujer le coloca un beso distante en cada mejilla y un tercero algo más verdadero en la boca, mientras el Señor del Pescado no percibe lo que recibe. La lancha ha comenzado a alejarse y los dos hombres subimos a la cueva, huyendo de las olas.

– Aquí estamos, Señor del Pescado, en uno de los miles de rincones de un mar que dicen te pertenece.

– Eso no es verdad. La gente si es dedo dice brazo.

– ¿Cómo puede ser eso, si tienes en tu mano todos los medios de información?

– Ésa es otra mentira también.

– Es curioso que todas las mentiras afloren en coyunturas como ésta. Te haré una última pregunta. ¿Acaso las flotas pesqueras, las fábricas pesqueras y las compañías de transporte que lucen tu brillante nombre no tienen nada que ver con tu persona?

– A estas alturas no voy a esforzarme inútilmente en hacerte cambiar de opinión, pero ¿y tú qué? ¿No ves que no puedes escaparte de aquí?

– Ni es mi intención. Sufro un cáncer muy avanzado. Esto es más duro que tu guardia.

---

sos, ¿qué te van a hacer por un grano de trigo? Alguien me objetará con el dicho popular de que “tarde o temprano, el ladrón cae de su mano”. ¿Y qué? ¿Qué hacemos con descubrirlo, si no podemos abordarlo? ¿Cómo, siendo como dicen “la mentira tan coja”, vivimos en un mundo donde ella es autoridad y garantía de futuro?

Veamos ahora lo que ha ocurrido. Has efectuado la acumulación impunemente, es decir, desde un punto al que no llegaba el instinto defensivo. Además has quitado una canti-

- Mientras se vive, siempre hay esperanza.
- No, mi colega. Mejor envíes la esperanza con tu amante.
- ¡Ella se llama Esperanza!
- ¡Oh! Entonces las dos juntas. Por eso va la lancha más blanca cuanto más lejana.
- ¿Y nosotros?
- También juntos, pero en otra embarcación.

El Señor del Pescado no puede explicarse cómo ha llegado a este brete. Yo tampoco. Dejemos a la muerte la clarificación de los misterios. ¿Tú qué sabes, pistolita mía? ¡Pum, pum! El Señor del Pescado de Oromenderrieta parece una cría de cetáceo vomitado por el mar. La mujer de la lancha que aún se aleja visible parece haberse percatado de algo. ¡Qué bella es la confusión de la olas para morir juntos! ¿No te parece, pistola querida? Creo que he caído encima del Señor del Pescado. El ruido del mar me llega crecido hasta el infinito. Voy a estallar. Si no nos encontraseis antes de que subiera la marea, contempladnos en el mar.

El sistema de alarma del aeropuerto de Gamboleta anda por los aires. También nosotros avanzamos por los aires. Han limpiado apresuradamente las aeropistas, para llenarlas luego de agentes, patrullas y gente. El avión se ha introducido en la nubosidad y no se ve nada. Somos cuarenta personas, con tripulación y todo, la mayoría de la guardia y séquito del Se-

ñor de las Aves. Las azafatas han realizado sus labores iniciales como siempre: saludos, cinturones, uso de paracaídas... Un trabajo de siempre, como siempre, con la atención de casi nadie. No saben que pronto les harán falta las terribles instrucciones de los paracaídas. Tampoco saben que dejé al copiloto en el aeropuerto, mediante un plan infalible que venía elaborándolo desde tiempo atrás. Cuando dejamos las nubes debajo, entramos en la sensación del espacio. A pesar del repertorio que llega desde las torres del aeropuerto –conteste... cambio... escuche...–, el avión continúa su imperturbable dirección.

Entre los pasajeros llevo al más alto de los altos, el Señor de las Aves de Oromenderrieta, honrado como el amo de todos los alados negociables y de sus respectivos huevos. Hasta las aves migratorias, en sus idas y venidas, se cuidarán de no pasar sin excrementar en la ventanilla del Señor de las Aves. Llamo a las azafatas y les ordeno:

- Preparad a los pasajeros para saltar.
- ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

– Falta el copiloto y yo no me encuentro bien. ¡Tranquilas! Yo mismo hablaré a los pasajeros. ¡Señoras y señores! Soy el comandante Bizkargi de vuestro avión.

Tenéis que saltar en paracaídas. ¡Saltar en pa-ra-ca-í-das! –Imagino unas caras como lunas planchadas–. No es nada grave, pero falta el copiloto y no tengo ganas de conducir solo.

tengamos conciencia clara de ello. Dicha complejidad no corresponde solamente a la sociedad actual. Aun en la sociedad más simple de hace miles de años habría más entresijos que los que el individuo humano pudiera captar en cada momento.

La reacción de la mayoría de los hombres es más rápida y seguramente más fuerte, cuando se le arrebatara un duro de las manos, que al de un mes de haberse dado cuenta de que le robaron cien pesetas. Igualmente respecto a la cantidad, el

Sin más, aparezco en la sala de pasajeros. Su terror se ha convertido en alucinación. Los vaivenes a intervalos del avión que avanza por su cuenta confieren a la situación un verismo catastrófico.

– ¿Qué es esto? ¿Por qué no quiere pilotar? –me berrean dos escoltas, agarrándome violentamente de cada brazo.

– Debéis saltar todos menos el Señor de las Aves.

– ¡Todos o ninguno!

– No creo que apreciéis a vuestro amo tanto como para morir en vano. Pensadlo mientras voy a la cabina de pilotos.

Obligo al avión a unos cuantos ramalazos y los valientes pasajeros se levantan a gritos de ¡por favor!, como ánimas del purgatorio.

– Haced lo que os ordene y no os pasará nada. Colocaré el avión en un lugar y modo que se pueda saltar jugando, sin ningún peligro. Que venga a la cabina el Señor de las Aves.

El gran Señor de Oromenderrieta viene como una ave desrumbada, manso y mudo al lugar ordenado. En la parte norte del aeropuerto de donde partimos existe una llanada más larga y ancha, cubierta de basta hierba. Allá vamos, mientras todo el aeropuerto se encuentra en alerta roja.

– ¡Señoras y señores pasajeros! Escuchen con atención. Deben saltar en esa llanada hierbosa al lado del aeropuerto. ¡Tranquilos! Les colocaré a la altura más adecuada para el salto, casi como para no necesitar paracaídas. Suelten los cintu-

rones. Tiren del par de correas que tienen bajo el asiento anterior. ¡Tranquilos! Fíjense bien en las azafatas. No hay ninguna prisa. Daremos cuantas vueltas sean necesarias, porque tengo combustible para doce horas. ¿Preparados? Ésta va a ser la última vuelta de prueba. La siguiente será la de verdad. Vamos. Venimos. Todavía no. ¿Preparados todos? Uno, dos, tres, cuatro. ¡Ahora!

¿Ve usted qué bandada de gansos? –le sugiero al Señor de las Aves de Oromenderrieta.

– ¿Y ahora qué? ¿Adónde vamos? –pregunta él.

– Hacia arriba. Usted es de muy arriba y allá hablaremos en la altura que le corresponde.

En un santiamén estamos nuevamente sobre las nubes. Fijo el avión tirando un poco para arriba y vengo a la sala de pasajeros.

– ¿Adónde vas, dejando el avión solo?

– Sabe andar él solo. Hablaremos con más tranquilidad en la sala.

No diré que como una sombra, pero me sigue más pegado que la gravedad. Esto sí que es encontrarse en la necesidad de quien menos desearía. No somos seres humanos. Vamos habiendo traspasado el larguero del conocimiento, no sé si por arriba o por abajo. Estamos en el ámbito soberano de la naturaleza.

– Ha llegado la hora de hablar. Para ser un Señor de las

ser del niño se halla en total dependencia de los padres. Él es uno mismo. A medida que el hijo crece, surgirá otro tipo de dependencia. Así como antes el hijo dependía de los padres, ahora puede suceder que los padres dependan del hijo. Si la nueva situación es asumida por ambas partes, nuevamente se produce un acercamiento profundo, sobre todo por parte de los padres. Por parte del hijo, en cambio, nunca será como antes, puesto que también él amará siempre más a su hijo que a su progenitor. A la naturaleza le interesa la nueva criatura. De ahí la tristeza esencial del anciano: necesita tan-

robo de mil pesetas juntas puede provocar menos rabia que la misma cantidad peseta a peseta y continuamente. Se pueden estudiar las posibles combinaciones de todo tipo de reacciones. Para algo está la inteligencia. En un ejemplo más crudo, la mayoría de los hombres, tal vez o seguramente, responderán con más fiereza ante el peligro de muerte de un hijo suyo, sobre todo si es niño, que ante la posible muerte de cien paisanos. ¿Qué tiene un niño? Que es después de nosotros mismos lo más próximo que nos ha puesto la naturaleza. Atacar ahí es como golpear a uno mismo o más. El



Aves completo, solo le faltan las alas, pero si fuese alado, le faltaría alguna pluma y lo suyo no tenía vuelta. Tampoco el mío desde que me desesperé.

– ¿Por qué no me has dejado saltar con los demás?

– ¡Ah, Señor de las Aves! –A veces el avión se tambalea y cocea, pero avanza, no sé adónde–. Si la desesperación es mala para vivir, no es mejor para morir, para quienes creemos en el otro mundo. Dicen que aquello es la eternidad. ¿Sabe usted lo que sería entrar en ella desesperado y solo, para siempre jamás?

– ¿Acaso me necesitabas a mí para ello?

– Necesitaba a alguien grande. Como es usted el más alto en Oromenderrieta, tampoco allí será un cualquiera.

– ¡Ay madre! ¡El avión va hacia abajo!

– Un vacío de aire. Pronto retomará hacia arriba, al chocar con un lleno.

– ¡Esto va para abajo!

– ¿Quién es el piloto?

– Yo no soy el más alto de Oromenderrieta. ¡Oh! No puedo. Toma el mando del avión o mátame aquí mismo.

Me he sentado en el asiento del piloto, sin hacer nada, pero el Señor de las Aves está más tranquilo. No somos nada y menos en el aire.

– ¿Ha pedido usted morir? Me quita una carga de conciencia, porque la hora estaba a punto de llegar.

---

ta ayuda como un niño y no puede recoger tanto amor, y mucho menos tanto porvenir. La naturaleza no tuvo mucha consideración con la vejez.

Consolidada hasta cierta medida, la acumulación se desverguenza por completo. En igualdad de condiciones, preferirá actuar con disimulo, pero a la menor resistencia, no le importará arrebatarse de las propias manos y todo junto. Ni siquiera le importará matar a quien haga falta. ¿Cuándo se hallaría socialmente consolidada la desigualdad? La historia

– ¿Cómo?

– No lo he pensado, pero no hay muchas maneras. Tengo aquí una pistola. Yo a usted o usted a sí mismo, a menos que prefiera saltar a manos vacías.

– ¿Y si te mato a ti?

– Me ahorrará un trabajo, pero entonces a ver qué hace usted en pleno cielo.

– Haz lo que vayas a hacer y no me atormentes tanto.

– Tranquilo. No está usted solo. Iremos los dos.

– ¿Los dos adónde?

– Usted por delante y yo por detrás.

– ¿Cómo puedo saberlo?

– Tenga el arma. Máteme, aunque así se pierda también el avión.

– ¡Ay madre! Se me han aculebrado los sesos. ¿Por qué vas a matarme?

– Por parte mía porque estoy desesperado y por la suya puede imaginárselo.

– No sé nada.

– ¿Acaso no es usted el Señor más rico de Oromenderrieta?

No ha contestado. Cuando sus ojos no encontraron nada desde mí al infinito, se le ha desplomado la cabeza. No vale la pena prolongar esta escena. ¡Pum! Medio cuerpo para arriba.

---

que conocemos es relativamente reciente. Para entonces las desigualdades traían el arraigo de muchos siglos. No se piense que la sociedad de nuestros antepasados de Santi Mamiñe era igualitaria. Comparadas con aquella desigualdad fundamental, los cambios posteriores y las diferencias entre tipos de sociedades son superficiales.

En este punto no quisiera romper lanzas con ciertas teorías que defienden que hace tantos miles de años -por ejemplo en las culturas preindoeuropeas-, en la organización de la sociedad, había valores muy distintos de los que nos ates-

ba del Señor de las Aves ha caído sobre la mesa del piloto, como atacado por un sueño loco. Voy a volver al aeropuerto. El avión no tiene la culpa de nada, como tampoco la tragedia que puede ocasionar su extravío. Necesitaba al Señor de las Aves y aquí yace, limpio y transparente. Tras recuperar la conexión con la torre de control, les anuncio que vamos. Responden aliviados que todas las pistas están libres, para dirigirme a la que quiera. Vamos bajando. Dentro de tres segundos estamos en pista. ¡Brrrrnn! Nada más tocamos suelo, la plebe del Señor de las Aves acude con los brazos alzados, como una manada de pingüinos ensayando un vuelo imposible. Al abrirse la puerta de la escalerilla, el griterío me lastimó el oído. Miro por última vez al Señor de las Aves de Oromenderrieta y ¡pum! Caigo también sobre la mesa del piloto. Ahora se contarán milagros como que el avión aterrizó solo y leyendas por el estilo.

La residencia del Señor del Ganado de Oromenderrieta se halla en el lugar de encuentro de dos grandes ríos, en un espectacular palacio situado en el ángulo mismo de su unión. Los ríos vienen más abiertos cuanto más lejanos, marcando cada uno la base de una cordillera. En medio todo es ganado y ganadería, con modernas y relucientes instalaciones. Arriba y abajo en los ríos, los guardas y demás servicios andan sin cesar, trabajando, divirtiéndose, dando ocasión de exhibirse a los más hermosos árboles y aves que existen en el mundo. Entre los pájaros se aprecian también avionetas, que salen y entran en el aeropuerto particular del Señor del Ganado.

---

tigua la historia conocida. Si en los últimos milenios la agresión ha prevalecido sobre la defensa, generando en la sociedad una desigualdad tan violenta y sistemática, difícilmente se pueden suponer paraísos en la noche de los tiempos, a no ser en un plano mitológico-poético, el cual por supuesto continúa simultánea y paralelamente vigente aún en nuestros días. Pero es que, aunque se demostrara la existencia de tales sociedades no sometidas, como parecen sugerir algunos descubrimientos arqueológicos, no cambiaría en nada la visión de este libro. Afrontamos los últimos milenios harto co-

En la orilla exterior de ambos ríos es costumbre antigua que menudeen mendigos arriba y abajo, esperando conseguir alguna miga de los bateleros del servicio palaciego. Aquí ando también yo, a quien el hambre trajo con vida a esta soberbia naturaleza. No nadamos en la abundancia, pero tampoco se nos permite morir. Esta mendicidad multiracial parece un elemento más del decorado señorial, cambiante por supuesto, porque el caminar es para el mendigo lo que el pan para su estómago. Ya me he aburrido de vagar, aparte de que ahora no me va tan mal, desde que el palacio se me abre una vez al mes.

En navidades, el Señor del Ganado acostumbra surcar los dos ríos en su yate más lujoso, repartiendo regalos a los necesitados que alargan sus manos desde las orillas. Ese día todos los mendigos de Oromenderrieta nos juntamos aquí y celebramos una gran fiesta. También suele haber un festival y un año se organizó un concurso que gané yo. El acertijo era: «A que no adivináis en cuántos ríos se abreven los ganados del Señor del Ganado». No acerté exactamente, pero me aproximé el que más. El ganador podía pedir cualquier premio que no supusiera un abuso descarado.

– Sólo pido almorzar con el Señor del Ganado, el día que él desee –manifesté yo. Como Navidad es suavidad, el Señor del Ganado debió de conmovirse.

– Que venga mañana mismo a mi mesa –ordenó. Así me presenté al día siguiente, desnudada y vestida en siete puertas y minuciosamente cacheada por fuera y por dentro. En la

---

nocidos de la humanidad, cuyo razonable pronóstico no parece ser la reconquista de ningún paraíso perdido, sino más bien la continuación del actual sistema de fuerzas, al menos por unos cuantos siglos más.

Una vez que la acumulación ha conseguido cierto desarrollo, tiende a aumentar a una velocidad uniformemente acelerada. Si no avanza de esa manera, no es por falta de ganas, sino por imposibilidades externas. Dicha tendencia se hallaría contenida, por no ser capaz de rebasar los lími-

última puerta me ataviaron con un vestido espectacular. Más que mendiga parecía un jarrón flamenco. Desde entonces me llama a almorzar una vez al mes. El Señor del Ganado apenas tiene amigos íntimos. Tampoco le observo familiares cercanos. Cuando está conmigo, deja una orden severa de que nadie lo moleste, de no ser absolutamente urgente. Hasta el momento, jamás ha sucedido nada de ello, mientras yo me hallo presente, y aquí estamos también hoy, no sé por cuánta vez, el Señor del Ganado y yo misma, en nuestro rito mensual. Dice que almorzaría gustoso conmigo semanalmente, pero por desgracia sus negocios no le permiten pisar este palacio más que un día al mes.

– No me llame más a almorzar, señor –le digo.

– ¿Por qué no?

– Éste no es mi sitio. Yo soy mendiga.

– ¡Ni lo digas, niña!

– Le agradezco, pero este día empieza a resultarme el peor del mes.

– ¿Estás bien de la cabeza?

– Muy bien, no así del corazón.

– ¿Qué haces?

– ¡Las manos a la nuca! ¡En pie por favor!

– ¿Qué broma es ésta, mi pequeña mendiga?

– ¡Yo no soy mendiga, señor! ¡Soy ex actriz!

---

tes materiales de la expansión. Los límites pueden ser múltiples: la pequeñez de las colectividades, las limitaciones de los medios de transporte –imposibilidad de atravesar ríos, desiertos, mares...–, la edad misma con una media mucho más corta que la actual, en una palabra, la limitación de la técnica, para superar los obstáculos impuestos por la naturaleza. Y también la limitación de la propia conciencia, si no se percata de que tales obstáculos son superables. Pero cuando arranca la velocidad acelerada del progreso técnico, la acumulación lleva también la misma velocidad. Más aún,

– No lo puedo creer.  
– ¿Lo de la actriz o lo de la pistola?  
– Ni lo uno ni lo otro.  
– Pues le conviene creer lo segundo, si bien le perdono lo primero.

– ¿Por qué quieres acabar conmigo?

– Ya le dije que estoy desesperada.

– Ahí tienes para eso dos espléndidos ríos.

– Estaba dudando cuál de ellos elegir y al final he decidido que vayamos yo por el uno y usted por el otro.

– ¿Es que me va a perder la única persona que me ha hecho sentir un cariño verdadero?

– Tal lisonja no concuerda con el contexto, pero se lo diré. Estoy demasiado desesperada para vivir y demasiado atemorizada para morir. Por eso quería un acompañante y ese mocito es usted, querido mío.

– ¿Acompañante para morir?

– Va usted entendiendo.

No sé si vale la pena manifestar ahora mis sentimientos, pero aquella película fue financiada por este curioso tipo con las manos en la nuca y también de su mano recibí el premio a la mejor interpretación del año. Las escenas animales se filmaron en sus establos y las humanas en este mismo palacio. La fama asaltó mi cabeza y la cabeza no pudo soportar. Co-

---

es esa tendencia acumuladora la que impulsa el progreso técnico.

Las principales herramientas, de aumento por una parte y de mantenimiento por otra, de la acumulación acelerada son tres: la ideología, el miedo y la represión. Cuando la ideología –tanto civil como religiosa y su consiguiente moral– no es suficiente, se hará sentir el miedo, y si éste no basta, la represión, cuya última expresión será la muerte. El miedo en el fondo no es más que el miedo a morir. Resumiendo la cues-

menzó un proceso irreversible hacia la desesperación. Tenía miedo de acabar naturalmente cuando menos lo esperase, pero al fin tuve suerte y aquí estamos dos amantes a quienes la muerte no ha de separar.

– ¿Es cierto que usted quería al ganado más que a las personas?

– El ganado ha sido mi vida.

– ¿Y los ganaderos?

– También ellos me quieren más de lo que supones. ¿Por qué no retiras la pistola de mi pecho? Así no se puede hablar.

– Entonces cállese.

– ¿Quién te envió aquí?

– ¡Pobre! ¿No sabe mirar al mundo más allá de conspiraciones? Vengo sola a por usted y sola concluiré la operación.

– No sin mi colaboración.

– ¡Por supuesto! Piense cuánto se ha esmerado en no ser atrapado y mire cómo ha terminado cayendo. El destino no tiene vuelta.

– Pero podría tener una prórroga.

– Si un desesperado pone el ojo sobre uno, las cosas terminan enseguida. ¡Pum! ¡Pum! Dos en vez de uno por si acaso, porque ya antes, cierto o falso, dicen que el Señor del Ganado se salvó con una bala en el corazón.

Parece que ha habido un terremoto en el palacio. No sé si

todos huyen o vienen en tromba. Los toros y vacas de Oromenderrieta olisquean su orfandad hacia el cielo.

– ¡Soy yo! –les grito y tras disparar dos veces a mi cabeza, me he quedado para toda la eternidad con la penosa duda de si habrá sido la primera o la segunda bala.

El hotel más espléndido de Oromenderrieta sólo es pisado por el Señor de la Oveja y su séquito. El que fuera el edificio más insigne de la costa ha quedado al final como palacio del Señor de la Oveja. En Irandegui, que es como se llama este hotel de más de media docena de estrellas, llamé a la puerta pidiendo algún trabajo, aunque no fuera más que limpiando servicios. Por fin me aceptaron, por una cierta amistad que traía desde antiguo con el amo del Irandegui. Desde entonces ando aquí, hecho casi vice-amo con el apoyo del tiempo y de la sumisión. Últimamente se ha cambiado a todo el personal, introduciendo exclusivamente a gentes del séquito del Señor de la Oveja.

Yo también era despedible, si el amo no hubiese puesto su cuello por mí. No ha sido una confianza sencilla. He lamido el culo a menudo y es lo que menos me ha costado. En el nuevo ordenamiento he sido destinado a ascensorista, pero cuando llega el Señor de la Oveja, dicho oficio lo cubre un especialista de su guardia. Aún no he logrado jamás ver de cerca al Señor de la Oveja, cuyas facciones dicen que son más bien de bisonte. Mi preocupación no es el ascensor, sino el llavero de la planta segunda.

El miedo, claro está, no se manifestará en su totalidad en cada momento, ya que no es lo mismo una muerte segura, probable o posible. Cualquier animal se comportará mil veces como huyendo de la muerte, pero sólo en una morirá. De las mil veces, tal vez sólo han sido dos los peligros reales de muerte. El resto han sido precauciones añadidas, pero más vale equivocarse mil veces hacia la vida que descuidarse una vez hacia la muerte. Sin embargo, al final tiene que morir y no siempre de muerte natural. En esto, por decirlo de alguna forma, el animal se enfrentará a la muerte a sabiendas y di-

---

tión, todos los instintos de defensa están condicionados por el poderoso empeño de salvarse de la muerte. ¿Por qué la satisfacción de las necesidades primarias moldea unos instintos de defensa tan imperiosos? Porque son necesidades mortales. La muerte no es solamente la detonación que sucede en el último momento, sino la permanente amenaza que condiciona toda la vida. La muerte no es más que carencia de vida. Los instintos provinientes de ella son instintos de vida. El miedo a morir y el instinto de vivir son formulaciones distintas de un mismo principio.

Esta noche se le espera al Señor de la Oveja en Irandegui. Hoy he ofrecido al llavero un licor que le había prometido hace mucho tiempo. Nos hemos hecho grandes amigos. El primer trago le ha sabido exquisito. Para el segundo, sin que se diera cuenta, he echado a su vaso un poquito de polvo somnífero y qué sueño más rico le envolvió enseguida, sumergido en un sofá mullido.

– ¡Hola, Señor de la Oveja! –le digo golpeando tac tac su espalda. El Señor de la Oveja se incorpora bruscamente y yo, con la pistola en su pecho–: ¡Es hora de levantarse!

– ¿No eres tú el ascensorista?

– El mismo, señor.

– ¡Maldita sea! Ésta me la va a pagar el amo del Irandegui.

– Aún está usted dormido, Señor de la Oveja. ¿No ve lo que tiene en el pecho?

– ¿Qué es esto? ¿También tú eres de esos nuevos locos?

– Hace dos años que decidí suicidarme.

– ¿Y por qué no lo hiciste?

– Porque quería enviar a usted por delante. Le confieso que no es una desesperación lógica, pero todavía estoy vivo y el que vive puede también conservar un poco de amor. ¿Por qué no irme habiendo hecho un favor?

– ¿Favor a quién?

---

rectamente con más frecuencia que el hombre. De ciertos ataques concretos el animal se defiende atacando, aunque haya de morir en el intento. El hombre, porque sabe calcular mejor el riesgo, enseñará la espalda más fácilmente donde el animal hubiese plantado cara.

Y he aquí que, paradójicamente, hemos descubierto una terrible ley. El hombre, relativamente, es mucho más vulnerable que el animal, porque es más cobarde. Cuando se suponía que el fortalecimiento del instinto defensivo iba a ser la

– A otro que estuviera dispuesto a liquidarle a usted. Si todos lo suicidas hicieran lo mismo, no se necesitarían guerras ni revoluciones.

– ¿Cómo puedes renunciar a la vida con lo lozano que pareces aún?

– Se empeña en vano, señor. Aunque pudiera enseñarme a amar de nuevo la vida, usted no tendría escapatoria. Estamos en un momento en que da igual vacío que plenitud.

– Has elegido equivocadamente. Con una docena de rebaños no se puede ser tan Señor como imaginas.

– No sea usted tan modesto.

– ¿No tomaste tú la vacuna general?

– Daba lo mismo, porque ya estaba desesperado de antes.

– ¿Por qué?

– Quería matar a mi madre por haberme engendrado, pero ella se murió antes de mi desesperación, la pobre.

– También tu padre tendría su parte.

– A él lo mataron ustedes en la guerra y no sé si fue enterrado, el pobre. Mi madre no podía quitarse de la cabeza que se lo devorarían las aves carroñeras.

–¿Y por eso te desesperaste?

– Mi desesperación no tiene raíces históricas. Tal vez porque me dio la gana. He pasado en la vida días demasiado

---

salvación, ha resultado su perdición, puesto que defensa y ataque son correlativos. El cuidado de la defensa acarrea el debilitamiento del ataque. El león como el tiburón se enfrentarán a menudo al peligro directo, aun sabiendo que han de morir. Al decir “sabido”, queremos decir aplicando totalmente su instinto agresivo.

El hombre, para enfrentarse voluntariamente a un peligro real de muerte, necesita mucho idealismo o cierto punto de locura. En los que tienen algo que perder, el miedo a perder-

hermosos. No he sido desgraciado. Pero cuando las hermosuras comenzaron a titubear, pensé: «¡Quieto! No puedes mejorar el pasado. En adelante tu rumbo será descendente». Así comencé a deprimirme y al final decidí acabar.

– ¡Y te acuerdas de mí, cabrón!

– Todavía tenía cierto humor. O un recuerdo del humor. ¡Cuántas veces decíamos en nuestros momentos felices: «Ahora mismo mejor que nosotros... ni el Señor de la Oveja!». Y mire. Creo que sí estoy tan bien como usted, aunque no sé en el futuro.

– ¿Quieres un whisky?

– Dejé de beber y usted tiene que mantener las manos en la nuca.

– No puedo asimilar esta broma.

Parece soñar. ¿Broma? Pues tiene mejor humor que yo. Casi merecería que le perdonase. Vaya suerte que me ha correspondido, vivir desesperado y morir de humor. Gocemos de la mayor broma de la vida. ¡Pum! El Señor de la Oveja de Oromenderrieta ha muerto feliz. El hotel de Irandegui se ha llenado de repente de estruendo y de agitación. Golpean la puerta, intentan abrirla, no pueden, comienzan a derribarla y crasquea. Miro por última vez al Señor de la Oveja de Oromenderrieta. ¡Pum! Yo también yazco en la cama. Echada la puerta, entran en aluvión. LLegáis tarde, amigos.

---

lo o de encontrarse peor es decisivo. En una determinada sociedad, los que se hallan en zona media difícilmente se arriesgarán a nada, a no ser que se trate de un riesgo de ascenso. Son extremadamente conservadores por su miedo hacia abajo y extremadamente agresivos por su deseo hacia arriba.

Entre los que se mueven en la miseria o en la satisfacción de las necesidades primarias, el miedo produce mayores destrucciones. La obsesiva necesidad de cubrir tales ne-

## ASAMBLEA EXPLOSIONADA

Los Señores y Señorables de Oromenderrieta se apresuran a una asamblea general urgente. El desacostumbrado aterrizaje de aviones y la densa llegada de automóviles blindados y séquitos compactos en la principal ciudad han alertado la vista y los oídos de los Oromenderrianos. Últimamente corre un evidente desasosiego, porque, según dicen, jamás se ha conocido tanto funeral de magnates. En el salón principal de la Casa Señorial de la capital, el presidente de la delegación del Señorío se levanta y dice:

– ¡Señoras y señores! Bienvenidos en nombre de todos los que no han podido venir. Ya que las graves razones de la convocatoria a esta asamblea general están en la mente de todos, vayamos directamente a la cuestión. Tiene la palabra el secretario.

– ¡Señoras y señores! –comienza el antaño todopoderoso secretario del Señorío de Oromenderrieta–. Bienvenidos también por mi parte, nunca mejor dicho, puesto que muchos de nuestros colegas no tienen la misma suerte, como muy bien sabéis. Si alguna vez el tiempo fue oro, ahora es oro y medio, ya que, de no activar las necesarias y drásticas medidas, corremos el riesgo del tiempo cero. Dejándonos de protocolos, vayamos directos a la clave, una clave cada vez más angustiosa. Así como en la última asamblea, bajo la dirección del Doctor Benedium, tuvimos el honor de escuchar a un equipo de expertos psicocientíficos, hoy, además de ellos, tenemos especialistas de toda la medicina, temiendo que la lucidez de

---

cesidades, aparte de anular o debilitar las demás facultades, hace que el miedo penetre más profundo, porque siente de más cerca la inminencia de la muerte. Ésa es su vivencia, si es que es posible vislumbrar algo desde unas líneas tan lejanas como éstas. La miseria, de cierto nivel hacia abajo, engendra los seres más esclavos, anulándoles incluso la capacidad de percibir su propia tragedia.

Volviendo a las tres principales herramientas mencionadas, la fuerza de las ideologías -dioses, demonios, educa-

todos ellos no alcance la magnitud del problema. Señoras y señores, un fenómeno como esta barbarie no se ha conocido desde el origen del ser humano. Nos diezman sin compasión con una exactitud –en la anterior asamblea decíamos locura, ahora no sabemos cómo calificarla– jamás imaginada. No soy yo, empero, quien hable de ello, pues tenemos entre nosotros a la suprema representación de la medicina, cuya cabeza el Doctor Maledium os dirigirá la palabra. Adelante, ilustre Doctor Maledium, en nombre de todos los que esperamos más que nunca vuestra sabia clarividencia.

– ¡Señoras y señores conturbados! –dice el Doctor Maledium desde la tribuna de oro–. En la última asamblea, según me informó el Doctor Benedium, resolvisteis vacunar a toda la población, para erradicar aquel misterioso mal que entonces fue considerada locura. No hay duda de que fue una medida apropiada y eficaz, puesto que no se han registrado más casos de similar consideración. Mas no sabemos si por efecto de la vacuna o por la variedad inagotable del mal, parece que prospera una modalidad peor. Ahora no son locuras, sino desesperaciones y bien sabéis que la desesperación es más ciega que la locura y, lo que es peor, más violenta. También este mal, como el que analizasteis en la última asamblea, posee para los sabios la característica más aviesa, en cuanto que no manifiesta ningún síntoma aparente. Por los datos que hemos recopilado, todos los sujetos eran muy normales anteriormente y os juro que hemos efectuado un trabajo detallado y objetivo a más no poder. Ha habido varios casos que sufrían cáncer o alguna otra enfermedad maldita, pero si a todos los

---

ción, respeto, formación, valores eternos, sentimientos democráticos...- se debilitaría rápidamente si no tuviera detrás a la represión, cuyo último eslabón es la muerte. No todos fueron fusilados por ser considerados merecedores, sino para recalcar los dos factores anteriores. Como escarmiento, en una palabra, para que el sometido se mantuviera inmóvil en su creencia o al menos se doblegase ante el miedo o como mucho se atreviese hasta el linde de la represión.

Ese complejo sistema compuesto por las materias pri-

que padecen alguno de tales males les da por morir matando, podemos considerar acabado el mundo. De todas formas, debemos recurrir a lo que sabemos y tenemos claro que se trataba de desesperados. Aquí se presentan dos grandes interrogantes. Por una parte qué es lo que provoca tal desesperación y por otra por qué siempre conduce a un final tan trágico, en una reproducción casi geoméricamente igual. Las preguntas están ahí y las respuestas no sabemos dónde están exactamente.

– Si no hay respuesta, ¿a qué venimos aquí? –pregunta un señor caricorvo, recorriendo con su mirada a toda la concurrencia.

– ¡Amigo! –dice el Doctor Maledium–. Comprendo su impaciencia y la de todos y le juro que deseo tanto como usted encontrar una respuesta. Si no la hay en este salón, no la hay en ningún lugar y no podemos ofrecer lo que no existe, pero tenga la seguridad de que la hay, si buscamos entre todos.

– Disculpe mi atrevimiento, Doctor Maledium –salta otro Señor–, pero si ustedes no tienen respuesta, yo no espero encontrar nada en este salón.

– ¿Qué coño quieres que se te responda? –se enfada el que por su aspecto parece el Señor de la Abeja–. En el mundo existen tantas manías como neuronas ¿Cómo vamos a hurgar las raíces de una desesperación tan múltiple, de no volvernos todos locos? Sabemos que la gente se desespera por hambre, dolor, impotencia, vicio, enamoramiento y por cualquier cosa. ¿Qué vamos a hacer? ¿Abandonarlo todo? ¿Allá

---

mas de la ideología, el miedo y la represión es organizado por la autoridad, cuya principal tarea consiste en combinar de la forma más eficaz y rentable las tres herramientas, para que el sistema de acumulación funcione con garantía. Las autoridades bárbaras eran maquinarias de expolio directo. Mandaba el que más tenía y mandaba para conservar e incrementar lo que tenía, sin andarse en disimulos. El poder no corrompía, sino que era de los corruptos. La autoridad llamada civilizada o democrática, más que expoliador directo, es gerente del expolio. Entonces puede ser que el poder de en-

cuidados y esperar a que se devoren mutuamente? Si queréis que os diga claramente lo que siento, no veo la forma de ahuyentar esta maldición, a no ser que huya ella voluntariamente.

– Yo preguntaría al Doctor Maledium si eso de la desesperación no será otro cuento, porque resulta sorprendente que todos los desesperados presenten un comportamiento tan igual y casi simétrico. ¿No será el camuflaje de alguna otra enfermedad más consciente?

– Es cierto –el Doctor Maledium– que la tal desesperación posee en todos los casos afinidades demasiado precisas, pero mientras no exista una hipótesis más fiable, tenemos que mantener el diagnóstico de la desesperación.

– ¿Y qué podemos hacer para que la gente no se desespere? ¿Eh? ¿Qué?

– ¡Aislar a todos!

– ¡Fusilarlos!

– ¿Pero cómo, si no hay forma de identificarlos? ¿Matando a toda la población?

– ¿Y quién sabe si mañana o pasado no surgen desesperados entre nosotros mismos?

– Entonces corremos peligro aquí mismo.

– ¡Lo que nos faltaba!

– ¡Por favor, señoras y señores! –interrumpe el presiden-

---

trada no sea de los corruptos, pero sí corruptor y a plazo corto.

Ahórrese el lector la tentación de atribuir a este análisis ninguna relación con alguna ideología determinada. No pretendo analizar científicamente la realidad, sino simplemente describirla, consciente de que hay muchas y tal vez mejores formas de hacerlo. Si sirven algunos conceptos desarrollados por pensamientos concretos, los utilizamos sin más y se acabó. No sé si la descripción corresponde esencialmente a la

te de la mesa, de pie y agitando la campanilla–. Dejémosnos de ironías estériles. Con calentarnos mutuamente no logramos más que atraer a la desesperación. Centrados de nuevo en el tema, rogaría al Doctor Maledium que expusiera las posibles soluciones.

– Yo en nombre de la medicina -dice el Doctor Maledium- veo una única solución al menos desde el punto de vista curativo. En nuestra hipótesis, mientras no se demuestre otra cosa, el mal se llama desesperación y eso ya sabemos lo que es: por tal o por cual motivo, rendirse ante sí mismo, convencido de que su desgracia no tiene remedio. Por lo general suele ser un sufrimiento subjetivo y, aunque sea objetivo, algunos lo sienten más vivamente por ser más sensibles o más inteligentes, magnificando el mal hasta que les revienta el alma. La gente optimista y alegre apenas se desespera. Es imposible. ¿Hay algún medicamento que insuffle ilusión y alegría? Existen productos analgésicos, tranquilizantes, estimulantes, euforizantes. En una palabra y dicho claramente, drogas. Por una parte se necesitan calmantes de los males existentes, tanto físicos como psíquicos. Dicho con más exactitud, enervantes de la sensibilidad. Por otra parte se necesitan móviles y estimulantes de ilusiones. Y por último, allí donde no hay ilusión, hacen falta generadores de alegría y de euforia. Nuestra medicina se dirige, pues, a manipular la sensibilidad. Por una parte amortiguar la percepción del mal y por otra hacer sentir la alegría, aunque sea infundada. Afortunadamente en la medicina y fuera de ella el uso de estos productos se halla muy avanzado. Ahora no falta más que efectuar la combi-

---

realidad, pero es como si ésta funcionara exactamente así, que para el caso viene a ser lo mismo. El que se pueda describir una evidencia con más o menos ingenio ni aumenta ni disminuye su carácter y está claro que la acumulación, la opresión, la explotación, el sometimiento y demás términos sólo tratan de expresar la mayor evidencia de la realidad humana.

Tampoco voy a romperme los cuernos en discutir si la autoridad es simple delegada de la acumulación o puede con-



nación apropiada para esta epidemia nueva y aún indeterminable. Quizás no consigamos erradicar el mal existente, pero sí abortaremos la posibilidad de su reproducción. He aquí el nombre del nuevo producto: MINHILPOZGINFINA.<sup>2</sup>

– Doctor Maledium –dice el secretario general–. Si no he comprendido mal, dice usted que existen dos tipos de males. Unos subjetivos o, aun siendo objetivos, no tan graves, y otros objetivos e irreversibles, como el cáncer por ejemplo. ¿Sirve el nuevo medicamento también para estos males?

– Gracias, señor secretario, por haberme anticipado lo que me quedaba por explicar. El cáncer y males parecidos no tienen ningún remedio, al menos por ahora. Además, para cuando se descubre el medicamento de una enfermedad incurable, surge un nuevo mal que será incurable por mucho tiempo. Mientras el mundo sea mundo, siempre existirá algún mal sin remedio. En último término, ahí queda la vejez, retrazable hasta cierto punto, pero que al final conduce inevitablemente al agujero.

– Creo que a este paso nos libraremos holgadamente de ese mal –dice desde atrás una voz nudosa.

– ¿Qué hacer con esos males? Aparte de que el producto mencionado pueda tener también para ellos un efecto suavi-

---

2. Palabra que sugiere el nombre de un fármaco, compuesta de MIN (dolor), HIL (matar), POZ (alegría), GIN (causante) y FINA (diligente, activo). O sea: Medicamento activo que mata el dolor y produce alegría.

---

ferir más poder que ella, de forma que en la cúspide de la pirámide haya individuos realmente poderosos, aunque no sean propietarios de grandes fortunas. No es insensato suponer que a la larga el auténtico poder reside en la supremacía económica, pero también es posible y seguramente real que la autoridad, sobre todo la militar, configure poderes ilimitados. Lo más práctico y seguramente más real será suponer que autoridad y acumulación se hallan tan fusionadas que entre las dos componen el gran poder que impera en la cúspide.

zante, hay que ocultarlos. No hay que comunicar al paciente que es víctima del mal. Que muera feliz, sin saber que va a morir.

– Pero cualquiera advierte que ciertas enfermedades, de un punto en adelante, son irreversibles, aunque no se manifiesten con total claridad.

– La labor del médico es –exclama con autoridad el doctor Maledium– aplazar lo más posible ese momento en la conciencia del afectado. A pesar de lo que diga el médico, el mal llegará algún día a un punto en el que cualquiera lo reconocerá, pero entonces seguro que el pobre paciente no tendrá arrestos para asesinar a nadie.

– ¿Y los viejos qué? ¿Cómo vamos a sortear el mal, si también a ellos les da por desesperarse?

– ¡Ésa es la cuestión! –suspira el Doctor Maledium, como un inflamado pinchado–. Eso sí que no tiene remedio, de no inventarse un sistema para que mueran todos jóvenes. Aún no ha ocurrido ningún caso de viejo asesino y no levantemos la liebre, pero les rogaría que tomaran todas las precauciones en sus relaciones con la tercera edad.

– Entonces, Doctor Maledium, –dice el presidente–, ¿cómo se ha de administrar esa «Minhilpozginfina»? ¿Mediante una vacunación general como antes?

– Para empezar, vacunación general, pero luego se precisa una dosis diaria. Eso no significa que se corra peligro, si se falla algún día, pero no es difícil asegurar la debida frecuen-

---

Siendo la autoridad un arma tan poderosa, resulta también un excelente instrumento de acumulación, sobre todo en los altos cargos. Los auténticos fuertes, los poderosos fácticos, lo toleran gustosamente, incluso lo fomentan, para que la autoridad mantenga una fidelidad recompensada. Difícilmente ocurrirá que alguien entre rico y salga pobre, a no ser por algún fallo involuntario en algún negocio. Lo normal es que se salga más rico de lo que se entró. Una autoridad cómplice resulta mucho más eficaz para la acumulación, entre otras cosas por que le confiere estabilidad.

cia. Hay muchos productos que se ingieren diariamente, como bebidas, dulces, chicles, alimentos preparados, tabaco, pan, etc. Con introducir una cantidad mínima en todos ellos, el sistema está más que garantizado. Luego existe también la posibilidad de la mayor propaganda posible, ofreciéndolo de entrada a un precio relativamente barato.

– Aquí se abre el camino para un negocio prometedor –le susurra bajo mano un Señor anciano de cuello torcido a otro que parece su hijo.

– ¡Muy bien, Doctor Maledium! –dice el presidente–. Sin embargo, para que el remedio no resulte peor que la enfermedad, ¿dicho producto no causará con el tiempo efectos malignos?

– ¡Miren, señoras y señores! –exclama solemne el Doctor Maledium, inflándose de nuevo en la autoridad–. Yo les he brindado la solución de un mal. Si el día de mañana apareciera algún otro, hablaríamos entonces sobre él. Mientras tanto demos al día lo que es del día y no sumen méritos para que les asesinen a todos.

– ¡Muy bien! –dice en pie el presidente del señorío de Oromenderrieta-. Doy por finalizada la asamblea. No hace falta decir, pero nunca estará de sobra, que debemos tomar ¡¡las-pre-cau-cio-nes-per-so-na-les-más-es-tric-tas!!

## **METALES PRECIOSOS**

– Sí, Señor del Hierro. No lo creerá, pero es una broma.

---

¿Qué sucede en la zona media de la pirámide, en aquellos que no son ni miserables ni grandes poseedores? La tendencia de tales gentes sigue la misma dirección que la pirámide. Dispuestos a arriesgarse, pero siempre hacia arriba. Se darán golpes en la cabeza, pero siempre en la pared superior. Aun sin darse cuenta, tienden hacia arriba. Aun siendo honestos, siempre hacia arriba. Para decantarse hacia abajo, han de tirar contra todo un conjunto de tendencias, contra toda corriente. Por algo serán tan contados quienes se comprometen voluntariamente hacia abajo. La

– ¿Entonces por qué no me quitas la pistola del pecho?

– ¡Oh! Sin ella la broma no tendría gracia.

– Me lo tendrás que explicar.

– Mire, Señor del Hierro. Yo trabajaba en una pequeña mina de usted. Me aburrí de galerías y me dije: «Ve a recorrer mundo, que tal como aquí serás en cualquier parte». Me marché habiendo jurado no volver a tocar jamás hierro. Pero como usted nos decía a menudo, el hombre no sólo vive de hierro y menos sin pan, así que me puse a mendigar, con una jauría de niños siempre detrás, mordiendo mis cuentos y fantasías. Aburrido también de ello, me dije: «Tienes que encontrar algo distinto, que tenga una gracia especial». Y así, señor, me acordé de usted y mire en qué situación estamos.

– Has contado los extremos. ¿No tiene esta broma un argumento intermedio?

– Habiendo sabido que sus mayores minas se hallaban en el Oeste y que pasaba usted a menudo por ellas, me dirigí allá. Recuerdo que casi vomité las partes, al contemplar la cara de hierro de aquellos paisanos. Cuando pregunté por el amo, todos quisieron reír, pero no sabían. Sabe usted que el hierro no ríe. Pronto me enteré de que en Navidades solía celebrarse un festival extraordinario al que obligaban a asistir a todos los mineros. Unos histriones salen a hacer unas tontearías, para que el amo les dedique un par de minutos de atención.

– ¿Habéis dicho histriones?

---

pirámide está hecha hacia arriba. En esa dirección a lo sumo llegarán a una estabilidad y de ahí a un conformismo, porque tienen asumido que la pirámide es por naturaleza más angosta cuanto más arriba. Pídeles descender un pedazo y verás cómo se rebelan, cuando se los suponía conformistas.

Vista la implacable ley de la acumulación, ¿qué le da ella al acumulador? Si al propietario de los bienes acumulados le llamamos rico, no hay cosa más absurda que él. Desde un

– O gorriones, da igual, porque nadie les hace caso y menos el Señor del Hierro.

Les di las gracias y me marché, pensando para mí: «¿Que nadie les hace caso? Pues a mí tendrán que hacerme». Y así, sin más, solicité trabajo en la mina principal de usted. Me presenté a preparar el festival y apostaría a que usted nunca se ha reído tanto como hoy.

– ¡Eso sí es verdad! Si no fuera una broma, mandaría ahorcar a toda la seguridad.

– ¿Y si de pronto se convirtiese en realidad?

– No lo he pensado.

– Pues empiece a pensar.

– ¿A pensar qué?

– ¿Para qué cree usted que tiene una pistola en el pecho?

– ¡Pero de broma!

– Tan verdadera como que usted es el Señor del Hierro.

¡En pie y las manos a la nuca!

– Ahora sí que no le encuentro ninguna gracia.

– Tampoco yo a la muerte, pero sí con usted por delante.

– ¿Acabaste la comedia?

– Falta lo principal.

– ¿La muerte? Te despedazarán vivo.

– Iremos juntos.

---

punto de vista natural y humano, el ser más carente de sentido es el rico.

Por su lado animal, es comprensible el instinto del hombre por satisfacer sus necesidades primarias, aunque sea robando a sus semejantes. El querer acopiar más de lo que se necesita puede también ser razonable, para asegurar el futuro. El cubrir dicha seguridad más ampliamente que lo justo puede ser también comprensible. Dentro de cierta medida, estamos tomando unas precauciones naturales.

– ¡No quiero ir junto a ti, maldito traidor!

– ¡Quietas las manos por favor!

– ¡Qué patada en los bajos te hubiera dado, de saber que iba en serio!

– Bien dicho. Esa voluntad merece premio. ¡Pum!

El Señor del Hierro de Oromenderrieta va camino de las minas eternas. Lleva mejor suerte que sus predecesores, porque aún no se apea de la broma. Ya vienen. ¡Calma, compañeros! Podréis alcanzarnos más despacio. Gatillo. La muerte tiene su gracia, si caes sobre una pieza tan codiciada. Me entra aire por el orificio de los sesos. ¿O habrá sido de la puerta? Preguntad a los próximos comediantes que lleguen al pueblo.

– ¡Estás loco!

– Eso era antes. Desde la vacuna desapareció toda locura.

– ¿Entonces qué es esto?

– Si te refieres al arma, una pistola. Si a la situación, el inicio del fin.

– ¿No eres tú la profesora de la Escuela de Ciencias Humanas?

– Que fue alumna en el período de tu expansión.

– No entiendo.

– La mayoría muere sin entender por qué.

---

Más allá de las necesidades primarias, el hombre tiene otras más que querría asegurar, aunque sólo sea para disfrutar. No se trata solamente de no morir, sino de vivir bien. No se trata solamente de vivir bien, sino de vivir lo mejor posible. A este nivel la tentación de acumular bienes puede ir más lejos y en cierta manera resulta comprensible.

Pero en el terreno tanto de las necesidades primarias como de las necesidades añadidas, el hombre posee una capacidad limitada de disfrutar. No se puede incrementar inde-

– ¿Quieres explicarme algo, si quiera para saber en manos de quién estoy?

El Señor de la Plata sabe que no está en buenas manos. Será difícil hacerle entender en tan breve tiempo lo que tantos años y dolores de cabeza me ha costado. Dicen que nuestra flamante Escuela de Ciencias Humanas fue construida de plata, si bien yo entré ignorante en ella. La ilusión de mi padre, que le costó al pobre sudor de cobre, era ver a su niña en la Escuela de Ciencias Humanas del Señor de la Plata. Siendo como eran ciencias humanas, vida y muerte aparecían por doquier. Nadie se rompía la cabeza por el nacimiento, aunque fuera más misterioso que la muerte. Tampoco había mucho enfado por la vida, por más que a veces se la maldijera. El quebradero de cabeza era la muerte. Ella estropeaba toda aquella belleza, hasta renegar a veces de la vida y arrepentirse de haber conocido madre, con lo que por otro lado no adelantábamos nada. ¿Y después de la muerte qué? Unos decían que el deseo de supervivencia que se manifiesta tan profundo en todo ser humano es anuncio de una realidad futura. ¡Coño! –les decía yo–. Pues, la vida nos llegó sin quererla ni mentarla. ¿Qué tiene que ver el deseo con el ser?

Lo peor era que tampoco los profesores aclaraban nada, más allá de que tal y cual y tal otro decían esto y lo otro y lo de más allá. A veces pensaba que eran tontos y otras que tramposos, hasta que al fin yo misma me hice profesora. Durante una época larga me sumergí en las artes. Perdí el tiempo, pero bellamente. Todo el mundo me brindaba preguntas,

---

finidamente el goce. Los bienes para satisfacer una capacidad limitada han de ser también forzosamente limitados. Los que sobrepasan el límite no le sirven de nada al hombre. Un nuevo bien no le aporta nuevos goces, ya que su capacidad se halla desbordada. ¿Terminará ahí el instinto de acumulación? Desgraciadamente no. Ahí está precisamente el comienzo de la absurda acumulación. Es entonces más fuerte e implacable el instinto de acumulación. Ha surgido otro instinto, antinatural y antihumano. Ha nacido el monstruo. Estamos frente a la antinaturalidad, ante un ser más horroroso

unas preguntas bellas y encantadoramente formuladas. Pero al intentar responder, también aquí todo eran idioteces y devaneos. Andando andando, una luz comenzó a tomar cuerpo en mi mente, muy silenciosamente. Si la muerte es la antípoda del nacimiento, tal vez se encuentren en simetría. Si vivimos sin habernos engendrado a nosotros mismos, ¿qué ocurriría matándonos? Hay que anticiparse a la muerte, consciente y activamente. ¿Cómo va a resucitar el que muere de por sí, si llega vaciado? De tales pensamientos pronto deduje que debía suicidarme. Aquella luz atrajo espontáneamente a la segunda. Para apurar la simetría con la generación, debía morir junto a otra persona y ¿quién más apropiado que el respetable Mecenaz de la Escuela de Ciencias Humanas?

– He ahí cómo me acordé de ti, gran Señor de la Plata.

– ¡Vaya una simetría más arbitraria! Muérete sola, puesto que te engendraste sola.

– Mas no de una sola. La generación es un resultado de pareja.

– Pero quedando vivos los progenitores.

– Ya te dije que la simetría es inversa. En medio está la vida, igual por la parte de allá como de acá. Como de vivos se nace a la vida, a ver si rebotando en la muerte volvemos de nuevo al centro. Hacia allá no hay nada. De haber tiene que ser hacia acá.

– ¿Quién va a morir primero?

– El arma la tengo yo, ¿no?

---

que el animal más repugnante. Pero el acumulador y el sistema erigido se inventarán términos como progreso, civilización, democracia, bien común, hermandad universal y demás lindezas, para encubrir su monstruoso ser. Más aún, ya que malvado sí, pero tonto no es, proclamará con más énfasis que sus propios oprimidos, grandes palabras como libertad, igualdad, fraternidad, como si no fuesen valores frontalmente aniquilados por él mismo. Es el monstruo total.

Supongamos un bello cuadro capaz de conservarse du-

– Aplicas como te convienen las analogías con la generación.

– ¡Ah! Si quieres, las aplicaremos en su totalidad. Te mataré haciendo el amor. ¡Qué bello morir haciendo el amor! En las artes no existía esto. Dicen que el Señor de la Plata luce una picha plateada, que de tan suave que se desliza, pasa desapercibida para ambas partes.

– No. Hace unos años también tú me diste calabazas.

– Entonces era una niña. ¿Cómo iba a darte otra cosa, si ni sabía lo que era? Ahora en cambio...

– No podría.

– Entonces, Señor de la Plata, estás en tiempo de descuento. Segundos más segundos menos, tú y yo estaremos en el rebote de la muerte, para volver o para quedarnos.

– ¿Por qué vas a matarme?

– Porque tengo valor para matarme a mí misma. Desde que empecé a tomar aquella botica o lo que fuera, estoy en una euforia a toda prueba.

– ¿Y por qué yo precisamente?

– Porque eres el más alto entre los que quedan. No voy a perseguir ratones, teniendo valor para enfrentarme al tigre.

– ¡Por favor! Te haré heredera de todos mis bienes.

– De creerme tal cosa, no me alejaría mucho de esa puerta.

---

rante siglos. Tanto su valor artístico como su goce entran por los ojos. ¿Para qué sirven todos los cuadros más hermosos del mundo, si no se tiene tiempo de mirarlos? ¿Cuál puede ser el placer de una propiedad a la que uno no puede acceder? Necesariamente tiene que ser la satisfacción de la ambición, del orgullo o de alguna otra perversidad así, formulada, eso sí, en términos siempre positivos. Y tal vez y principalmente la satisfacción de impedir el goce ajeno. Ni gozar ni dejar gozar. En una palabra, disfrutar destruyendo el goce ajeno. No se puede imaginar una degeneración mayor.

– De veras te lo digo. LLamaré ahora mismo a los administradores.

– ¿Quieres que vengan? Verás qué pronto. ¡Pum, pum!

El Señor de la Plata de Oromenderrieta ha muerto al fin sin ejercicio de amor. ¿Me quedará tiempo para intentarlo conmigo misma? Parece que vienen. Lo que ellos me harían mejor lo hago yo misma, con más limpieza y más cariño. Disparo. Caigo encima del Señor de la Plata. ¿Hacia dónde va el rebote? Minhilpozginfina.

Me voy en busca de oro. Ya me he asqueado de esta maldita vida. Trabajo y más trabajo, para hundirme más abajo. Fatiga y más fatiga, para un amo panza arriba. Este agujero no tiene más dirección que hacia dentro. Me voy en busca de oro, a ver si al menos cazo unos días llevaderos. Tal vez encuentre algo siguiendo este río. También otros andan aquí más o menos como yo. Ojalá nos reparta algo la suerte. ¿Qué es esto? ¡Oh! La primera pepita de oro en mi vida. Nadie me va a quitar unos días de desahogo.

– ¿Cuánto me da por esta pepita de oro?

– Mil reales.

– ¿Sólo?

– Nadie te dará más.

Después de pasar perrerías en una semana ofertando mi pepita a todo bicho de cara dudosa, al fin la he malvendido a

---

He aquí ahora el colmo del absurdo. Aunque no tenga la capacidad de disfrutar de todo lo que posee, al menos podría pensarse que es el más feliz. Si posee más bienes que para saturar su capacidad de goce, al menos dicho goce debería estar garantizado. Sin embargo, he aquí que la mayoría de las veces el rico es un hombre miserable. La degeneración difícilmente puede ser feliz. Y aunque lo fuera, no altera en nada su monstruosidad para los términos que nos ocupan.

¿Qué ocurre en el conjunto mayoritario que padece la

quinientos reales. No me ha durado mucho el goce. Busquemos otra pepita, esta vez tierra adentro, dejando un río demasiado concurrido. Mas para ello he de comprar azada y pala y me encuentro sin gorda. Tendré que intentarlo nuevamente en el río.

– ¿Qué haces? –me echan el alto.

– Buscando oro.

– Este territorio es del Señor del Oro y no se permite búsqueda alguna, excepto a sus jornaleros.

Me voy a otro sitio donde no ande nadie, aunque ello no sea buena señal. Llevo una semana cavando de través en una ligera pendiente. Después de tanto trabajo en vano, sería una cobardía desistir, así que prosigamos. Encontrar o morir. En otra semana estoy a punto de alcanzar el extremo opuesto de la pendiente, descompuesto por la ingestión de frutos silvestres y alimañas crudas. Aquí parece que hay algo. ¡Uju! ¡Un lingote de oro! A ver más al lado. Aquí huele a oro. A ver más adentro. ¡Ahí va! Es una mina de oro. ¡Aupa! Ya he salido del agujero.

– ¿Quién es usted? –me preguntan, como si el oro tuviera apellido.

– Un explorador con suerte.

El mercader se ha alejado de mí en un santiamén. Allá cuidados, peor para ti, cara de desguace. Me acerco al puesto siguiente.

---

acumulación salvaje de una minoría? Para empezar, la igualdad surgió como reacción contra la desigualdad. Si ésta no hubiera existido, a nadie se le hubiera ocurrido plantearse la igualdad. Que el espíritu de lucha de los pueblos o de las clases hiciera avanzar a la historia y cosas así son teorías halagüeñas, pero difícilmente creíbles, con la historia misma de testigo. La opresión no ha sido dominada nunca en ningún lugar. Otra cosa es que dentro de la misma la historia vaya mejorando o empeorando. Aunque el progreso de la técnica ha traído grandes cambios a la humanidad, progreso y mejo-

– ¿Cuánto me da por?... ¡Aaay!

– ¿Dónde encontraste eso? –me preguntan, mientras dos fortachones me retuercen las manos contra la espalda.

– En el extremo de la pendiente sobre el río.

– ¿No sabes que hay que dar parte al Señor del Oro?

– Esto lo encontré yo.

– Las minas de oro de esta región, tanto las descubiertas como las ocultas, son todas del Señor del Oro. Si quieres entrar como criado suyo, tendrás para comer.

– ¡Yo necesito para vivir!

Me voy a otra parte, para que al cabo también allá me ocurra lo mismo. Y siempre igual. Si encuentras, para el Señor del Oro, y si no, a quitar a los perros lo que llevan en la boca, para disimular el aspecto. Este agujero es peor que el anterior. ¿Para qué quiere ese señor tanto oro? No sé en qué pueblo era, porque la andadura y el hambre me tienen desorientado, pero doy vueltas a algo que ayer al anochecer escuché a un anciano de bastón encorvado:

– Deja el oro y busca el alma, que es el metal más precioso.

Me voy en busca del alma. Unos dicen que es el soporte del cuerpo, otros que el cuerpo es una enfermedad del alma. Todos coinciden en que el único término seguro para las calamidades de este mundo es la muerte. Ya que ella es inevitable, supongamos una posibilidad optimista. Dicen que

---

ra no son lo mismo. Para decir que hoy estamos mejor que antaño, habría que demostrar que sufrimos menos que entonces o, puesto que sufrimiento y felicidad son correlativos, que hoy somos más felices que entonces. La respuesta no está nada clara.

Incluso hace miles de años tendrían el concepto o al menos la vivencia de una esperanza. Si quien entonces vivía y luchaba desde ella hubiese podido prever que al cabo de miles de años su ansiada meta iba a convertirse en la realidad

cuanto más consciente mueras, tanto más lúcido resucitas. Por eso será que algunos transcurren toda su vida purificando el alma, para que salga un oro más puro. En no sé qué pueblo de Oriente deben de morir en pareja, disparándose en total simultaneidad. Hay que ver cuán atentos y compenetrados han de actuar, pero lo hacen precisamente para asegurar una lucidez y un conocimiento más sutiles. Al caer mirándose mutuamente, se despiertan de la misma forma a la plenitud. Esta modalidad de morir me tiene obsesionado. ¡Si dispusiera de alguien que me amara hasta la muerte! Pero sin oro parece que tampoco hay amor y el oro ¿dónde está? Ya sé lo que voy a hacer. Ma adentro en Lezaundieta y pido al Señor de la Caverna que me convierta en oro, excepto la mano izquierda.

Los guardias palaciegos del Señor del Oro de Oromenderrieta me miran atónitos. No sé lo que hablan, pero me jugaría mi cuello de oro a que no me han identificado.

– Señor, un hombre dorado llega preguntando por su señoría.

– ¿Dorado?

– Doradísimo.

– ¿No será esto alguna estratagema?

– No, señor, parece extraterrestre.

– ¡Quería decir alguna trampa, cabeza de asno!

– No, señor. LLeva un oro de ensueño como jamás se ha visto.

---

actual, ¿habría seguido conservando la esperanza? ¿Habría deducido que valía la pena luchar durante tantos siglos, para llegar a la situación del siglo veintiuno? Dicho de otra forma, ¿cuántos milenios se necesitan para desbaratar la esperanza? Considerando las cosas fríamente, tal vez nunca hubo un optimismo menos convencido que en las civilizaciones actuales más avanzadas.

Por otra parte, nunca ha sido tan posible como hoy la destrucción de la humanidad. El fin del mundo ha sido creído

– Hacedlo pasar.

La principal y solitaria habitación del Señor del Oro de Oromenderrieta está toda revestida de oro. Él mismo tiene color de oro, no sé si de nacimiento o por el reflejo del dorado ambiental. Me ha observado con mirada exhaustiva, como si fuera la aparición de su alma. Han cerrado las grandes puertas, también ellas de oro.

– ¡Adelante! –exclama, extendiendo la mano en semicírculo–. ¿Qué criatura eres y de dónde vienes?

– Del reino dorado –mientras le tiendo mi mano de oro y noto que la suya se emociona en el contacto–. ¿No ha estado nunca allá su señoría?

– ¿Dónde está eso? Adelante por favor.

– Sospechaba que no lo supiera. Por eso he venido.

– ¿A conducirme allá?

– Sí, si lo quisiera su señoría.

– ¿Cuándo vamos?

– Inmediatamente.

– ¡Reino soñado!

– Lo adoraría, ¿verdad?

– Preferiría dorarme.

– Pues adórese, dórese e incorpórese.

– Parece un ejercicio fonético. Vamos cuanto antes.

---

siempre de alguna forma, como obra de dioses favorables o contrarios. Ahora, en cambio, no se necesitarían factores externos. El hombre mismo es capaz de destruir el planeta. Jamás existió una sensación como ésta, y de continuar las cosas parecidamente, calcule usted lo que será dentro de mil años, si es que va a ser algo. ¿Qué son mil años en la historia de la humanidad?

Y ahora la eterna pregunta, la más fácil: ¿Existe alguna solución? Si la esperanza de la vieja conciencia está muerta,

– Su señoría por delante.

– ¿Cómo?

– Así.

Cuando, sacada del bolsillo mi mano carnal, he colocado la pistola en su pecho, los colores del Señor del Oro se han desdorado en el acto. Incluso el conjunto áureo de la habitación parece demudarse, hasta huir de su propio reflejo.

– Esto no es oro, sino simple hierro, acero lo más –y mientras hablo, oprimo su pecho.

– ¿Y la mano de carne?

– De carne corriente, que ha extraído tanto oro para su señoría.

– ¡Ya decía yo que sería una trampa!

– Nadie le ha entrampado, señoría. Le engañó el oro, lo que más apreciaba, su propia alma.

– ¿Por qué me haces esto?

– Al convencerme de que para mí no habría oro jamás, me quedé sin saber qué hacer. No podía esperar otra suerte que vivir hasta morir. Entonces, dando vueltas a mi cabeza, me acordé de su señoría.

– ¡Maldita sea! –coceando el suelo–. ¿Por qué siempre tenéis que acordaros de nosotros en semejantes momentos?

– ¡Ah! ¿Acaso no soy el primero?

---

el único fundamento de la nueva esperanza será el estallido de la conciencia, un acontecimiento tan grande o mayor que su propio origen. El nacimiento de la conciencia, aunque parezca contradictorio, habría sido seguramente inconsciente. Las bases del instinto de agresión y del instinto de acumulación se hallarían suficientemente asentadas en la primera era semiconsciente de la conciencia. La reivindicación de la igualdad se desarrollaría en la era de una conciencia más avanzada. Todavía estamos en ella. La nueva era exige el paso de la conciencia avanzada a la conciencia estallada. Aho-

– ¡Estáis destruyendo el mundo, mierdas envenenadas!

– Creía que yo era el único, pero así está enterado de su suerte.

– ¿Por qué no viniste de carne?

– Lo intenté, pero no había manera de franquear el cerco de su señoría. Decidí venir de oro y acerté.

– ¡Dios despiadado! ¡Al fin la hemos cagado!

– ¿No quería ir al Reino Dorado?

– ¿Encima de guasa?

– Antes dijo que sí. El Reino Dorado se encuentra en el otro mundo. ¿Cómo iba a estar en éste sin descubrirlo su señoría?

– En eso tienes un punto de razón.

– No hace falta más.

– Te daré todo mi oro.

– ¿Para qué quiero oro si soy dorado?

– ¡No! ¡Por favor!

– ¿El Señor del Oro rogando favores?

– Si no es por oro, por Dios te imploro. ¡Por favor! ¡Por merced!

– Irse es su mayor merced.

– ¡Mierda! ¡Yo mismo me he desgraciado!

– Muchas gracias. Eso quería escuchar.

---

ra no puede ocurrir un no-percatamiento como en el origen. El único supuesto triunfador es el percatamiento total. ¿Cómo puede una generación gozar de un estallido que miles de generaciones no pudieron sospechar? A alguna tenía que tocarle.

¿Cómo lograr que estalle la conciencia? Haciendo que el sistema defensivo sea tan contundente como el sistema ofensivo. Si el sistema de ataque logra su objetivo manipulando el instinto de conservación o el miedo radical a la muer-



Gatillo. El Señor del Oro de Oromenderrieta ha caído pintando oros para siempre. El presente parece futuro, el futuro oro puro, ¿por dónde puedo introducir ahora el fin de mi cabeza dorada?

### LA TERCERA LA ÚLTIMA

– Dice el refrán que la tercera la última. No sé si para ganar, pero seguro que será la última al paso que llevamos. Bienvenidos, señoras y señores, dignos sufridores, considerando que la simple venida es suficiente bien. Hemos tenido que renovar la presidencia y la mesa entera. Se llevaron al secretario y no había sustituto. Hemos tenido que actuar precipitadamente. Yo, modesto sucesor del antecesor, cumpliré como pueda el puesto de nuestro gran ex presidente, como lo harán todos los improvisados componentes de la mesa. No hemos podido celebrar elecciones para cubrir las vacantes, por razones harto conocidas de todos vosotros, y ello mismo sería un mal menor, si entre vosotros no se advirtieran dolorosas ausencias. Por ello, bienvenidos, señoras y señores, nunca mejor dicho. Estamos frente a la subversión más diabólica que conciencia humana pudiera inventar. Como sabéis, en la primera asamblea, trajimos un equipo de psicomedicina, bajo la dirección del Doctor Benedium, y en la segunda un equipo de la medicina entera, presidido por el Doctor Maledium. Al parecer, las vacunas y tratamientos recomendados con la mejor voluntad se han convertido en pedradas más airadas a nuestro propio tejado. Ahora no son los locos del prin-

---

te, solamente se puede invertir la situación, dándoles vuelta a dichos factores, porque el instinto de conservación posee también la misma fuerza en el agresor, cuando no más. Los instintos de agresión y de defensa se hallan en todo ser humano. Quien no tenga miedo en la defensa podrá atacar, pero si se le perfora su sistema defensivo, también en él será lo primero defenderse.

Suele decirse que la mejor defensa es el ataque y esta ley la aplica muy bien el acumulador. Pero si cuanto más ata-

cipio o los desesperados de la continuación, sino gentes de cualquier calaña: payasos, místicos, artistas, aventureros, fantasmagóricos, quietistas, inquietistas, pobres y –esto es lo más alarmante– no tan pobres. Tal vez los primeros y segundos fuesen también de todo tipo, si hubiéramos acertado a clasificarlos bien. ¿Pero qué podíamos hacer si, como claramente reconocían los Doctores Benedium y Maledium, no ofrecían síntomas ni siquiera para una hipótesis aproximativa?

Visto que por la medicina no cabía solución, hoy hemos invitado a nuestra asamblea a los prebostes de todas las especialidades científicas: físicos, químicos, matemáticos, astrónomos, filósofos... artificieros, ingenieros, guerreros, casamenteros y demás enteros; biólogos, sociólogos, teólogos, geólogos, catálogos y demás logos, e incluso zoólogos y botánicos, ya que esa descerebrada especie no parece pertenecer a la raza humana. No hemos llamado a ningún minerólogo, porque son seres móviles, como bien lo han podido comprobar los Señores de la Minas. Tenemos, pues, presente a toda la ciencia. Si de aquí no sacamos nada positivo, hemos construido en vano la historia. Podéis comenzar a hablar.

– Yo preguntaría al sociólogo a ver dónde sitúa a esos seres humanos, si es que realmente son humanos.

– Son humanos pero no sociales, al menos en su última intervención. Como presentan un comportamiento totalmente individual, el sociólogo no tiene por dónde abordarlos ni con qué compararlos, a no ser a posteriori.

– ¿Y qué se deduce a posteriori?

---

ca, tanto más se desgarran su sistema defensivo, entonces tendrá que pasar a defenderse. Sólo puede atacar el que está en condiciones de hacerlo y para ello, como mínimo, ha de estar vivo. Ni siquiera el más sanguinario agresor se libra de la ley de defender su vida y si su ataque conlleva no sólo el arriesgar la vida sino el perderla en el acto, por supuesto que desistirá. La piedra vuelve al punto de partida. La principal y en el fondo única arma que utilizaba para atacar se ha vuelto contra él mismo.

– Lo dicho. Son comportamientos totalmente cerrados sin ninguna relación mutua, al menos aparente.

– ¡Pues, al final todos acaban en lo mismo!

– Eso quizás lo sepan ellos, pero los demás no podemos sospecharlo por ningún lado.

– ¿Entonces son inútiles los ejércitos, las policías, los servicios de inteligencia?

– No totalmente, pero mientras no tengamos instrumentos para detectar el pensamiento ajeno, no es fácil que sirvan para algo.

– ¡Cojones de perro! ¿Qué os decía yo? Si en lugar de volar a la luna a tomar esos inútiles frescores, hubiésemos investigado la mente, seguro que otro gallo cantaría hoy. Cuando yo insistía en que toda la inversión suplementaria se aplicase en intelectrónica, os burlabais de mi delirio. ¿Y ahora qué? A agarrarnos a la cabeza, porque no sabemos si el que está a nuestro lado no será un asesino camuflado. ¡Señoras y señores! No quisiera valerme de unas circunstancias tan brutales en favor de mi teoría, pero si no dominamos la telepatía, démonos por acabados.

– ¡Entonces también conocerían nuestros pensamientos!

– No importa. En algunos aspectos quedaríamos en ridículo, pero en conjunto ganaríamos con holgura, porque siempre nos pertenecerá el control de los instrumentos.

– Ese planteamiento me parece una frivolidad en el caso que nos ocupa. Para dominar mínimamente la mente, necesi-

tamos todo un siglo como poco y con todos los recursos dedicados a ello. Aunque hubiéramos arrancado cuando lo propusiste hace veinticinco años, aún no habríamos podido anticiparnos a los asesinos.

– ¿Cómo lo sabes, profeta diarréico? Tampoco pensábamos que fuésemos a pisar la luna en menos de tanto tiempo y mira hasta dónde hemos llegado por encima de ella. A pesar de todo te doy la razón en que, para trabajar la telepatía, hoy carecemos de ese mínimo de tiempo, pero ello no quita el que hayamos labrado nuestra propia perdición, si bien sería un consuelo imbécil el llevar razón en ello.

– ¿De las autopsias no se ha podido deducir nada?

– Informes rutinarios. Además el campo de la autopsia es lo que menos desarrollado tenemos. A burro muerto heno por debajo del rabo.

– ¿Acaso no figuran precedentes o similitudes en la historia?

– Hubo kamikazes y aberraciones por el estilo, pero sólo en tiempos de guerra y en situaciones terminales. No parece que éstos tengan nada que ver con nuestros asesinos.

– Hay obsesos que tras llevar oculta durante años una idea, a menudo fatídica para alguien, al final la ejecutan bruscamente.

– Desde luego. Por lo general ese tipo de actos suelen ser pasionales, individualizados y no convergentes. Éstos, en cambio, tras haber actuado tan solitarios e inconexos en su

---

rueda se convierte, tanto menos equilibrio posee. Un pequeño descuido, un simple ladeo bastará para que estalle en el acto. En una palabra, la nieve no tiene consistencia para crecer indefinidamente. Llegado a cierto peso y volumen, tiene que destruirse necesariamente.

Cuando la bola de nieve se lanza por su cuenta, cuando el proceso de acumulación acelerada arranca, es entonces el momento del ataque contundente de la defensa. Es ahí donde se precisa la estrangulación automática del proceso. La

inicio y continuación, al final, en el objetivo y en el estilo, presentan una afinidad terrorífica. Como si unos misiles lanzados al azar, por algún no sabemos qué efecto embrujado en el trayecto, coincidieran, al final en un mismo blanco.

– ¿Qué dicen los servicios de inteligencia? ¿Son realmente tan indetectables? ¿O sólo hacéis comer y dormir?

– ¿Qué quiere que le diga, señor? Si en este momento yo fuera uno de ellos, ¿cómo me descubriría usted? Y si fuese usted mismo, ¿cómo podríamos sospecharlo nosotros?

– ¿Insinúas que esa clase de asesinatos puedan también encontrarse aquí, escuchando encima todo lo que hablamos, los cabrones?

– No se encuentran, pero pronto se encontrarán por el fundamento que demostramos. ¿Por qué no nos centramos en la búsqueda de una solución?

– Yo, para empezar, interrumpiría la administración del producto ese que... ¿Cómo se llama? Nihil...

– Minhilpozginfina.

– ¡Eso! Creo que tal producto en vez de solución trae pérdida, con perdón de la respetable medicina.

– ¿Entonces qué? ¿Vuelta al pasado?

– No sé adónde, pero con esa Minhilfina no vamos a ninguna parte.

– ¡Señoras y señores! Comienzo a desesperarme. Teniendo como tenemos aquí a toda la representación científica, ¿es ésta toda la luz de que disponemos? ¿Para esto nos em-

---

muerte del acumulador. La acumulación no tiene carácter personal, ni siquiera animal. Es una máquina imparable. ¿Cuál es el órgano que pueda acusar un golpe tan radical? El acumulador.

Pero para ello el sistema defensivo tiene que abandonar su instinto más esencial y poderoso. Ha de ir a la muerte directa, superando el casi irresistible instinto de huir de la misma. Y he aquí que tal comportamiento evita todas las muertes que no sean estrictamente necesarias. Este sistema irreversible y selectivo causará una sola

peñamos, con tanto coste y riesgo, en mantener e impulsar ese interminable aparato?

– Tranquilízate, rodaja de roedor. Si hay luz, se hará y si no la hay, aún no hemos aprendido a ser dioses.

– ¡Vaya un consuelo! A ver si al final tenemos que recurrir a los minerólogos.

– Señores, no soy minerólogo, sino astrónomo, pero sé de las ciencias mineras lo suficiente como para saber que lo que no se encuentra aquí tampoco ellas podrán aportar. La ciencia tiene sus límites y también sus descuidos, a veces muy terribles por desgracia. Pasando de nuestro campo al de ustedes, al Señorío, y si se me permite el atrevimiento, creo que también ustedes se equivocan gravemente. Hay aquí muchas caras que yo no conozco. Es lógico por nuestra parte, ya que metidos en nuestros laboratorios, no tenemos excesiva relación con el entorno. Pero preguntaría a ustedes si conocen a todos los miembros de esta asamblea.

– ¿Qué insinúa, Doctor Boridium? ¿Que puede haber infiltrados incluso aquí?

– No lo he dicho y menos lo creo. Pero el que no exista luz por parte de la ciencia ya es suficiente luz para saber a qué atenerse. Señoras y señores, en mi modesta opinión la ciencia no puede ayudarles en nada. Son ustedes los que deben protegerse. Si no se puede aislar a los criminales, aislense a sí mismos.

– ¿Haciendo qué? ¿Viviendo en un ataúd?

---

muerte donde de otra forma se producirían miles de muertes inútiles.

La acumulación posee necesariamente una estructura piramidal. Aun suponiendo todas las pirámides existentes y las más diversas, todas tienen una propiedad inevitable: la cúspide. Más anchas o más estrechas en la base, más delgadas o más gruesas en medio, más concentradas o más separadas hacia arriba, o viceversa u otras mil combinaciones que puedan imaginarse, pero al final arriba siempre estará la cú-



– No tanto, pero sí cuidándose muy mucho de quienes no sean totalmente conocidos.

– ¡Feliz porvenir nos espera!

– Pienso que el Doctor Boridium lleva razón –vocea desde detrás de la mesa el presidente interino del Señorío–. En las últimas palabras de la última asamblea el presidente y predecesor mío nos encareció a que tomásemos las precauciones personales más estrictas y mirad cómo le sorprendieron luego a él. Hasta el presente todos los atentadores han sido desconocidos. Por una u otra razón uno se fía y al final gatillo. En adelante no debemos permitir que se acerque ningún desconocido. ¡Absolutamente ninguno!

– Pero no avanzamos nada, si tal prevención no la observan nuestros guardias, porteros y demás mediadores.

– Que no admitan a nadie, sin identificarlos con absoluta certeza.

– ¿Y si los engañan?

– Eso se evita fácilmente. Sea conocido o desconocido, cachéesele minuciosamente por fuera y por dentro, aunque haya que dar vuelta a su pellejo.

– ¿Entonces debemos comenzar a cachearnos entre nosotros mismos?

– ¿Por qué no?

– De alguien habremos de fiarnos, ¿no?

– ¡Señoras y señores! –nuevamente el presidente en tono

---

pide. Siempre habrá alguien en lo más alto. Ese alguien no tiene por qué ser individual, pero aun siendo colectivo, siempre será un número muy reducido en proporción a toda la pirámide. Debajo habrá miles de escalones y posiciones, porque en último término la pirámide principal se compone de miles de pirámides y subpirámides. Una figura muy compleja, difícil de analizar, incognoscible. ¡Tranquilo! Tú golpea siempre en la cúspide y la pirámide bajará por sí sola. Truncada la cúspide, necesita forzosamente una nueva cúspide. Ella misma realizará el trabajo, porque no puede sobrevivir

amenazador–. No empecemos a buscar puntas, que esto no es un concurso de ironía. Para quien quiera entender está claro.

– Lo que yo entiendo es que no nos salva el trato exclusivo de conocidos. A quien parte en plan suicida ¿qué le importa esperarnos cuanto haga falta con el cuerpo lleno de dinamita, en una topera por encima de la cual sabe que hemos de pasar?

– No lo creo. En todos los casos hasta el presente han ido a por un único individuo, en una acción personal y seleccionada. Por ese lado hemos de reconocer que han sido los atentados más limpios. No tenemos más remedio que defendernos de acuerdo a lo que ellos mismos insinúan.

– ¿Y si algún día comenzasen a atacar de otra forma?

– Entonces, señoras y señores –dice el presidente resignado– no sabemos si se encuentran bajo este mismo salón, así que larguémonos cuanto antes. Doy por finalizada la asamblea, porque en adelante no lograremos otra cosa que requemarnos mutuamente. Id con bien y a lo dicho todos. No admitir a ningún desconocido y no pisar ningún lugar donde haya peligro de acercamiento. ¡Ninguno y en ningún lugar!

## VUESTRO PAGO

– Lo siento tanto como usted, señor, pero no le dé vueltas en vano, porque nos queda poco tiempo.

– Hacemos avanzar al mundo, os hemos dado la oportunidad de vivir mejor que nunca. ¿Por qué hacéis esto?

---

sin cúspide. ¿Que logró nuevamente configurarse en cúspide? ¡Tranquilo! Tú ataca nuevamente en la cúspide y así, de siguiente en siguiente, vendrá hacia abajo sin remedio, hasta regresar al equilibrio de la igualdad.

¿Quién es el único que puede alcanzar la cúspide de la pirámide desde arriba y a placer? El que se enfrenta directamente a una muerte segura y sólo él, no por afanes salvadores o idealismos inmolatorios, sino por las leyes mismas del ataque y de la defensa de los seres racionales vivos. La pre-

– Yo no sé nada de los demás, señor. Voy sólo conmigo y en este momento con usted.

Lo que menos entiende el denominado Señor de los Mares de Oromenderrieta es cómo ha podido terminar en mis narices, pues no he ido yo, ha venido él mismo. No ha sido más que esperar con un poco de paciencia. Sabía que vendría y de no haberlo hecho, yo habría seguido esperando y si ni aun así hubiese llegado, suerte para él, pero una vez que el destino se planta al acecho, es difícil eludirlo, por más precauciones-personales que se tomen.

– ¿Por qué tengo que morir? ¿Porque dispongo de una flota?

– Dicen que el parque naviero de Oromenderrieta pende de usted. ¿Es cierto que sólo para su ocio costero tiene en cada puerto un yate y un servicio amoroso?

– ¿Es ése todo mi delito?

– No es cuestión de delito, sino de solvencia. ¿Quién va a pagar si no el que tiene?

– ¿Cuánto debo? Estoy dispuesto a pagar lo que sea.

– Usted debe el sufrimiento de todos los Oromenderrianos honestos. El de algunos ya no se puede pagar, porque están muertos. Muertos y olvidados durante siglos, porque nadie se acordó de ellos.

– ¿Que tengo yo que ver con los siglos de...?

– ¡Silencio! Ahora estoy hablando yo. Hay muchos en Oromenderrieta que están dando su trabajo, su sangre y su vida,

---

tensión de escapar con vida tras el ataque obliga a dotarse de un aparato defensivo con el que jamás se podrá acceder al objetivo. En cambio, no hay cumbre humana que no pueda ser alcanzada por el ataque desnudo de quien decidió no molestarse en defender su vida en ello. Eso y asumir la muerte directamente vienen a ser lo mismo, porque, tras culminar su acción y descubrir su verdadera naturaleza, o lo acribillan en el acto o lo someten a un sufrimiento infinitamente mayor, en cuyo caso puede pensar que la opción más ventajosa es su propia muerte. En tales circunstancias, el suicidio no sería

para que haya un poco más de justicia, para que se respire un poco más de libertad, para que se suavice un poco el salvajismo de la opresión. No pudiendo soportar el sufrimiento de sus semejantes, se sumergieron en penas mayores, para al final convencerse de que la lucha es un atributo de la existencia. Si se pudiera juntar el sufrimiento de los que aquí y allá se baten en favor de una humanidad mejor, el sol tropical del mediodía retrocedería, avergonzado de iluminar este planeta. También yo he sufrido algo, señor, y aún puedo sufrir más, pero se me han reventado las arterias del corazón y vengo donde ti, a la cabeza misma, cuyos barcos navegan sobre las lágrimas de los Oromenderrianos. Por eso es salada la mar. Al no sentir encima al Señor de los Mares, los peces respirarán, ya que la mayoría se ahogan por miedo a aflorar a la superficie. Eso es lo que tú tienes que pagar, no a mí, sino a toda Oromenderrieta. Se acabó la historia. En adelante los libros se editarán en blanco, para que cada cual escriba su propia historia, si es que tiene ganas. Dé gracias al destino, tempestuoso Señor de los Mares, por haber imprimido a su muerte un sentido tan apacible. Usted por delante y yo por detrás, ¡en marcha!

– ¿Es que no pagó el Señor de los Mares por esos sufrimientos?

– ¡Ah, engalanado Señor de la Tela! Habéis ocasionado más sufrimiento que lo que pudiera pagar uno solo y a ti no te toca la parte más pequeña, cual es el sufrimiento de los que no tenían valor para luchar. Gentes de buen corazón, que ja-

---

ni locura ni inmolación, sino simplemente la forma más inteligente y digna de evitar males mayores.

La agresión del acumulador se basa en la suposición esencial y a su juicio infalible de que el agredido se defenderá siempre librándose de la muerte. Entonces también su propia defensa se apoya en no permitir que nadie atente contra él sin tener que encarar la muerte. Así, cuando los oprimidos, los explotados se decidan a atacar, se arriesgarán, incluso perderán a menudo la vida, mas no directamente con

más se protegen en tus urdimbres, pero que sufren mucho más por débiles. La vida se les va medio en vacío, mientras la conciencia de no hacer nada les sume en una tristeza cada vez más profunda y en un complejo de culpa más doloroso. Simples humanos como todos los demás, pero nacidos con la desgracia de una sensibilidad más delicada. El que tú comercias con piel humana es lo de menos, Señor de la Tela premoriente. Arrancaste su desnudez y les pusiste el miedo de vestido. Así, señor, andan que no pueden arrastrarse a sí mismos, sin coraje para levantarse, lamiendo en el suelo el recuerdo de los muertos y las manchas de sangre de sus paisanos luchadores. Y no pueden hacer nada. ¡Pobres! Ellos mismos se dan cuenta y eso añade al sufrimiento anterior un sentimiento de traición y así llevan la vida sin poder esconderse de su conciencia, donde un terrible perrazo enseña sus dientes de pesadilla. El perrazo los domina con un simple cambio de postura, porque el terror es aniquilante, pero sigue dentro de su interior y no consiguen librarse de él, de no estallar la mente, pero ésta no estalla, porque la devoró el terror, y cuando el perrazo duerme, se asustan más por miedo a que despierte.

Lo más triste de ese sufrimiento mucho más extendido y doliente que el de los luchadores es que resulta inútil. Un sufrimiento tan total y que no vale más que para patentizar la propia nulidad. ¿Por qué, señor, no cortasteis la capacidad de sentir? Arrancáis el alma y dejáis intactas las arterias y en marcha los nervios. Eso es el miedo, la enfermedad más mortal, que hace sentir que te comen vivo los gusanos. Ése es tu

---

tal previsión. A veces el ataque de los oprimidos alcanzará a piezas importantes de la maquinaria opresora, pero nunca a la cúspide de la pirámide, de no ser excepcionalmente. Y aunque sean más que excepciones, si la cúspide no sufre un correctivo sistemático, la pirámide se recompondrá y continuará siendo la que era.

Si la agresión del acumulador falla en la mencionada suposición fundamental, queda desarmada de raíz, pues lo más que un aparato represivo, el más avanzado y cruel ima-

poder y tu omnipotencia. También yo pertenezco a la legión débil, mas no sé de dónde y cómo, en un instante recuperé mi alma y vengo a la cabeza, a ese perrazo que en mi interior campaba dueño y señor. Las puntas de las arterias y nervios que dejaste funcionando se juntaron y surgió el chispazo, el rayo que viene a tu cresta desde el origen de los siglos y desde el fondo de la naturaleza. Quienes no conocen con exactitud tu delito se darán cuenta enseguida, pues notarán su interior vacío. Al principio sentirán ahogarse, pensando que es carencia de respiración. Pero al ver que sobreviven, comenzarán a observar su interior y no encontrarán más que espacio. Un espacio amplio y tranquilo. ¿Dónde anda el perrazo? Entonces sentirán más miedo, creyendo que es una trampa. Comenzarán a llamar al perro, que vuelva por favor. Ése será el miedo más angustioso, pero el último, cuando comprueben que el Señor de la Tela yace en el agujero eterno. Ahora, señor, puedes decir o preguntar lo que quieras.

– Tú lo has dicho todo.

– Falta lo principal.

– ¿Qué?

– Tú por delante y yo por detrás.

– Tú no vendrás.

– Eso es lo que tú quisieras, para seguir también allá con tus negocios, pero sí que iré, para que sepan qué pieza les llega.

---

ginable, puede lograr es una muerte que en este caso ya viene de antemano resuelta en la voluntad del defensor atacante. ¿Qué importan los ejércitos y los arsenales, por muy sofisticados que sean, a un rayo consciente que, superado su rechazo a la muerte, se enfrenta directamente a ella? No sirven de nada las policías y demás cuerpos represivos. Es imbatible. A lo sumo le costará llegar a la cima, pero como no tiene prisa, si no es hoy mañana, si no es por uno por otro, la presa está inevitablemente al alcance.

– Falta otro sufrimiento, Señor de la Curación, pues tan variado es el campo de las penas. Deberías saberlo, siendo tu negocio eliminar penas. Habéis inventado tantos medicamentos como dolores, o mejor al revés, tantos dolores como medicamentos. Viven sufriendo, señor, sin saber claramente por qué. Los más creen que proviene del Señor de la Caverna, haciendo de la misma creencia su lenitivo. Otros se mueven en la esperanza de que les sirva para el más allá y también eso los alivia, porque con algo hay que alegrarse. Pero hablando con claridad, no saben por qué sufren. Les falta tiempo, lucidez o capacidad para darse cuenta de por qué el sufrir es la esencia de la existencia. Si les preguntas, te abren los ojos de par en par, como si les hubieras preguntado por qué paren hijos. Si les preguntas dónde les duele, echan las manos al vuelo, como si les doliera la atmósfera y no su persona. Si les dices que el dolor se halla dentro, entonces miran a todo el cuerpo y no lo encuentran en ninguna parte, para quejarse inmediatamente de que sí les duele. ¿Pero dónde exactamente? ¡Ay, Señor de la Curación! ¿Sabes cuán rentable te resultó la indeterminación del dolor? Quien se halla desencantado, alguna esperanza tuvo. Éstos, en cambio, no se sienten defraudados porque nunca soñaron en nada. Llorar, comer lo que alcanzan, parir, adornar la miseria, reírse, endiosar a sus animales, caminar bajo el tiempo y morir, sin saber de qué y para quién. Debes pagar el dolor de toda esa gente, señor, porque también tu fin se programó en el origen del sufrimiento. Ha sido un temporizador tardío, pero alguna vez tenía que estallar y aquí estamos, señor, en una diminuta concreción del tiempo infinito. Hoy la atmósfera les parecerá

---

Organizada así la defensa, bastan unas contadas muertes frente a infinidad de ellas de tan diverso diseño. No hay más que pensar, considerando una sola generación, a cuánta gente destruye el hambre, las guerras o las luchas contra todo tipo de opresión. Cuántos millones de seres humanos perdieron su vida sólo en el siglo veinte, sin que la mayoría de ellos supiera para qué. Cojamos incluso una década cualquiera y contemos los muertos. Entre guerras, hambres, miserias y demás violencias, ¿cuántos son los que mueren en su forma y hora natural? Bastaría con activar en la cúspide

transformada, al ver cómo voltean las aves y brincan los animales. Unos empezarán a contar las estrellas y se asombrarán, porque jamás se percataron de que hubiese tantas. Otros se sentarán, aprovechando que ahora disponen de tiempo. ¡Qué contraste, señor, caminar cargados y sentarse aligerados! Otros... otros... no sé lo que harán, pero sí sé lo que tú y yo hemos de hacer. Llegó tu fin, mas no estás solo, pues también yo voy. Si deseas escribir tu última voluntad para alguien, ahí tienes papel y pluma.

– ¿Para escribir qué?

– ¿Quieres que te ayude?

– Pon solamente: «Adios. Os amo».

– Eso no lo va a creer nadie.

– ¿No acabas de decir que cambiará la atmósfera?

– ¡Felicidades, Señor del Automóvil! Le tocó lo mejor. Sus antecesores tuvieron un trabajo triste: el sufrimiento de Oromenderrieta. A usted le corresponde la alegría, la fiesta de toda la población. ¿No le parece un destino sublime?

– ¿Desde cuándo es sublime la muerte?

– Usted lo va a estrenar. Le ha tocado ser el Señor más afortunado de Oromenderrieta.

– ¿Puedo saber en qué consiste el encanto de mi fortuna?

– ¡Ah, señor! Las botellas de champagne están que no resisten a sus corchos. En las casas donde no haya champagne

---

de la pirámide las muertes ocurridas violentamente en un solo año en el mundo para enmendar definitivamente la historia. La única manera de que esas muertes relativamente escasas ocurran en la cúspide sería la decisión de dejar la vida en la operación.

¿Por qué una única muerte consciente tendría la eficacia de tantas muertes inútiles? Por las leyes de la pirámide. La cúspide es la concentración de la fuerza de miles de seres inferiores, ya que la acumulación es precisamente eso. Ahí sí

habrá algún vino y donde no haya vino cocerán hierbarrisas, para brindarse su vapor. No se puede imaginar con qué euforia abrirán las ventanas, al no poder haber dentro.

– Sólo gente miserable puede sentir una emoción semejante.

– Usted se calla hasta que yo se lo explique, a no ser que quiera adelantar el destino. ¿Sabe usted cuánta gente miserable, física o moralmente, posee usted en Oromenderrieta? ¡Cuánto dolor en los frentes, en las cárceles, en los hogares de quienes diariamente están dejando su pellejo, en el interior de aquellos a quienes les pasó por encima alguna de sus miles de ruedas? Por hacer sentir a toda esta gente un poco de alegría, merecería morir tres veces sin resucitar en ninguna. Al principio no lo creerán, pues pensaban que tal gozo era simple esperanza, es decir, eterno futuro. Bajo el lema de «si no nosotros, que lo vean nuestros hijos» trabajan y viven, viven y andan, andan y mueren, convencidos de que el sufrimiento es el único modo de hacer algo. ¡Pues menuda alegría les cae hoy! El Señor del Automóvil de Oromenderrieta, amo de todo camino y comunicación, el dios del rumbo, eliminado para siempre de la circulación. Al transporte le parecerá todo cuesta abajo, en una velocidad de vértigo, y de pronto exclamarán: «¿Adónde vamos tan rápidos, si ya no hay que llegar a ningún sitio? No hay que acudir a la llamada inapelable del Señor del Automóvil ni eludir su infalible venganza. Estémonos quietos y descansemos. Sacad todo lo que hay».

---

que se puede decir “riqueza unida, jamás será vencida”. Si todas las pirámides inferiores se unen en la cima, eliminada ésta, todas se vienen abajo. Dicho de otra manera, la absorción de la cúspide producirá hacia abajo un efecto de igual fuerza que la que ejerce hacia arriba.

Pero es que además, y sobre todo, no se trata solamente de ahorrar una serie de muertes supuestamente inútiles mediante unas muertes contadas y eficaces, sino que esas muertes son esencialmente inútiles aun en el supuesto triun-

Los vehículos se darán corcovos, lanzando a las nubes de costado y tripa arriba los chirridos de su euforia. Los camiones, como focas gigantes, se pondrán verticales y comenzarán a bailar en corro, soltando sus tetas y cojones, sacrificadas ruedas hasta entonces. Los trenes se sumergirán en los ríos paralelos, a liberarse de sus grasientos horarios. ¡Qué alegría, si son capaces de creer y si los que creen pueden aguantar! Habrá infartos y paroxismos, ¿pero qué cosa hay más bella que morir de puro contento? Usted no puede calcularlo, Señor del Automóvil, porque no sabe lo que sufrieron, hasta el punto de que artistas y pensadores considerasen que el ser es sufrir y que la dignidad humana se mide por la capacidad de asumir las consecuencias. Me tienta quedarme, pero iré con usted, para que no crea que se marcha abandonado y odiado por todos. Llevo suficiente contento, sabiendo la fiesta que dejaremos atrás. Señor del Automóvil, su brillante vehículo llegó a su última curva. Esquine y aparque, a no ser que lo prefiera en marcha.

Sabía que el Señor de Automóvil optaría por la cuneta. No podemos dejar el vehículo en marcha, con dos cadáveres dentro. Que no se muera nadie, hasta saber que el Señor del Automóvil le precede. Cuando encontréis el coche más blindado de Oromenderrieta bajo un sauce y cuatro piernas hacia fuera, parad y ved que no es un cuento.

– ¡Por fin!

– No pienses que con eliminarme a mí lo tenéis todo hecho.

---

fador, porque se basan en una fuerza o en un aparato, que es precisamente el origen y el resultado de toda distorsión. Es la fuerza la que hay que desmontar, la que no debe existir en absoluto, si el equilibrio de la igualdad ha de ser garantizado.

En un momento dado, en esa dialéctica de fuerzas contrarias que operan en la historia, para citar una formulación de las muchas posibles, una fuerza puede ser positiva y liberadora frente a otra que ejerce la opresión. Supongamos que



– Lo tuyo y lo mío sí. El resto ya lo verán los que quedan, respetable Señor de los Aires.

– ¿Qué queréis? ¿Arrastraros como reptiles? Hemos atravesado las entrañas del cielo, en unos pocos años vamos conociendo el espacio como el umbral de nuestra casa. ¿Qué más queréis? El sueño de todos lo niños era volar y he aquí que ahora los águilas nos envidian. Estamos por encima de rayos y temporales. Dejando atrás, quién lo iba a decir, la barrera del sonido, vamos a por la luz. ¿Qué más queréis?

– ¿Se vació, Señor de los Aires?

– No me importa la muerte, pero el tener que acabar de esta forma tan absurda me incendia la bilis.

– Le conviene calmarse, Señor de los Aires, porque el fuego de la rabia no será bien recibido en el cielo.

– ¡Mejor si hubiéramos cavado un agujero hasta el infierno!

– No está usted lejos, si le apetece.

– ¡Mierda!

– ¡Alto, señor! Diga lo que quiera, pero estése quieto por favor. Las manos en el lugar ordenado y la cabeza alta, sin vergüenza de mirar a nadie. Ahora me toca a mí vaciarme. No tiene usted obligación de escuchar y menos de asentir, pero yo no hablo para el cielo o para el infierno, sino para el intermedio. Hablo para aquellas conciencias que deducían la carencia de solución de la imposibilidad de este momento, para

---

vence la fuerza positiva, como más de una vez ha podido ocurrir, y deducimos y cantamos en la euforia del triunfo que tantas muertes hermanas han sido fructíferas. Ciñéndonos al momento histórico, no hay duda de que tales muertes han sido más útiles y dignas que las del bando opresor derrocado. Pero seguimos dejando vigente una fuerza, que pronto será a su vez derrocada o se lanzará a un proceso de degeneración inevitable, porque dentro de esa misma fuerza la tensión ataque-defensa inherente a toda persona y sociedad volverá a reproducirse y se resolverá necesariamente a favor del ata-

aquellos que se parecen más a los reptiles que a las aves. No es de extrañar que usted no lo sepa, Señor de los Aires, porque siempre andaba muy por arriba, pero la mayoría aún nos movemos por debajo de las tormentas y de los rayos. Por eso siento tanta alegría como usted rabia. Decían: «Los de arriba siempre arriba. Es imposible cogerlos». Decían, pero no lo dirán más. He aquí nada menos que el Señor de los Aires, a quien el temporal cedía el paso y el rayo le hacía reverencia. Algunos pensarán que ha sido un milagro de Dios, otros removerán sus empolvadas creencias, sin fuerzas para digerir tal sobresalto, pero todos reventarán de contento, al ver cumplido su sueño imposible. ¿Se imagina usted qué explosión? En Oromenderrieta faltará sitio, de no habilitarse sus ilimitados espacios. ¿Adónde iba usted, Señor de los Aires todopoderoso, a expandir por otros mundos las vergüenzas de esta tierra? No se lo pregunto por los terrícolas, sino por solidaridad cósmica. Oromenderrieta se halla resignada y tal vez no quiera salir de su rendición. Nacieron para el infierno y morirán para el infierno. Pero por encima de la luna por donde usted subía, hacia dentro del firmamento, tiene que haber mundos más dignos de amor que para permitirle a usted conquistarlos. Por ellos y por éstos, en el nombre del padre, del hijo y de todos los espíritus, ¡pum, pum! Usted por delante y yo seguido y sin mirar atrás.

## LOS SUPRAFRONTERIZOS

En el castillo del Señor de las Armas de Oromenderrieta

---

que. Y en ese momento siguiente habremos de reconocer que también aquellas muertes fructíferas resultaron inútiles. Volvemos al principio. Y es que mediante la dialéctica de fuerzas no hay escapatoria del laberinto. No se trata de sustituir fuerzas, sino de destruir, de desmontar la fuerza como tal en su propio origen. Fuerza, cúspide, acumulación... todo es expresión de lo mismo.

Volvamos a nuestra pirámide. ¿Que a una cima le releva otra? Sí por ley de pirámide, pero no tiene sentido, si el re-

suele celebrarse anualmente una fiesta entrañable: el día de los excombatientes o antiguos guerreros. Sería igual decir el día de la vejez, porque en Oromenderrieta no hay anciano que no anduviera en la guerra. Ese día uno de nosotros, el más cargado de años por lo general, si es que puede caminar, es coronado Rey de las Armas para ostentar el título durante veinticuatro horas, al menos dentro del castillo. Claro que dicha autoridad no la ejercita nadie. Son fantasías que inventan para alegría de los jubilados, pero algunos se lo creen, porque ya llegan bastante chocheantes. El del pasado año se vistió en su mando con un imponente discurso, contando todas la batallas que de otra forma nadie le habría escuchado íntegramente.

Este año me han elegido a mí como Rey de las Armas. No soy el más viejo, pero no ando lejos. Ya tenía ganas. A medida que transcurrían los días, me encontraba más en forma y con más humor. La gente me recordaba que no sería más de un día y yo les aseguraba que un solo día me bastaría y sobraría. Cosas de viejos.

El día se acerca y los preparativos de la fiesta están casi ultimados. El evento se desarrolla sobre todo al mediodía. Un pequeño acto en el castillo del Señor de las Armas y a continuación un almuerzo delicioso y sentado. Cuando den las once, la guardia del castillo vendrá a buscarme y me conducirán en son de rey al castillo del Señor de las Armas. ¡Y cómo nos visten! La primera tarea en el castillo consiste en ocupar la habitación principal del Señor de las Armas. Rodeado de mis

---

levo supone heredar el mismo destino que la cima anterior. "A rey muerto, rey puesto" y operaciones así son fatalidades del viejo y joven sistema en el que todavía estamos. Se puede tomar relevo para la propiedad, pero no para la muerte. No habrá necesidad de eliminar todas las cimas, ya que la sustitución terminará pronto, de forma totalmente espontánea.

No se puede hacer nada sin contar con la muerte, puesto que la acumulación se basa en la muerte o en el miedo a la misma. Ya que los muertos son inevitables, librémonos con

servidores, también viejos todos ellos, me conducen por las gradas arriba del atrio, –espero que no haya muchas escaleras que subir–, a través de un umbral igualmente de piedra y por pasillos monumentales, envuelto en música y aplausos, hacia el trono real. Aquí está por fin el Señor de Oromenderrieta con toda su familia y el personal del castillo. Este año me da la impresión de que son muchos más. El Señor de las Armas me saluda respetuoso y desde este momento todo me es sonrisa y reverencia y no pocos se arrodillan, sobre todo la gente joven. No me sorprende que el afortunado del pasado año –descanse en paz el pobre– se creyera auténtico rey. Nunca he recibido el saludo de tanta mujer bella y de tanta chica guapa. ¡Ay si las hubiera tratado en buena edad! Por suerte no hay que subir muchas escaleras. El Señor de las Armas viene en todo el trayecto diciéndome algo, cumplidos me figuro, porque con tanta música y tanto barullo no entiendo nada, aunque diga que sí a todo.

La habitación principal del Señor de las Armas impone por su grandor y hermosura, hoy rodeado también de gente grande, aunque aquí difícilmente accederá ninguna sombra pequeña. En esta habitación tiene lugar la toma de la corona y báculo reales, para luego de aquí arrancar como rey al salón principal, con un interminable séquito por detrás, cuanto más lejano más hablador. Comienzo a ponerme nervioso. Vamos avanzando, con mi escolta particular por delante y por detrás, para cuyo servicio siempre se juntan los ancianos y ancianas más chismosos. En la habitación principal del Señor de las Armas, me sitúan en el centro de la gran mesa de mármol ver-

---

los menos posibles, con tal de que sean eficaces. No lamentes las muertes necesarias. Si golpeas siempre en la cúspide, no alcanzarás a nadie que no la merezca, aunque quizás tampoco a todos los que la merecen. El objetivo no es la venganza, sino el desmonte, y será el desmonte mismo quien dirá cuántas muertes son necesarias. Los que perecen en un año en cualquier guerra bastarían para revolucionar el mundo. Si el golpe siempre alcanza la cumbre, la pirámide se irá allanando de escalón a escalón, a una velocidad uniformemente acelerada, como en la gravedad.

dinegro, de espaldas a ella y mirando a la puerta, con el Señor de las Armas a la diestra y la Señora de las Armas a la izquierda. Tras pronunciar el Señor de las Armas: «Señoras y señores: en este gran día...» y tópicos por el estilo, me coloca la corona en la cabeza y el báculo en la mano, ambos a utilizar en edad más lozana que la mía. La banda nacional de Oromenderrieta toca el himno de rigor, que supongo será también nacional. No oigo más que trompetas. Al terminar, todos aplauden y sonrén. También llega una lluvia de flores por algún lado.

– ¡Señoras y señores! –comienzo también yo–. En este memorable día recordamos la grandeza de Oromenderrieta, conquistada noblemente mediante las armas. Para asegurar dicha grandeza desde el inicio mismo del reinado y como estreno de mi nueva autoridad, disculpadme que cruce un par de palabras a solas con el respetable Señor de las Armas de Oromenderrieta.

Me aplauden cariñosamente. El señor de las Armas, con gran gentileza y sonrisa condescendiente, hace señales a la gente para que se retire a los pasillos. Se han cerrado las enormes puertas y el Señor de las Armas y yo nos hallamos solos, mientras se escucha el complacido barullo del exterior.

- También éste se ha creído algo –pensarán mis amigos.
- ¿Contento? –me pregunta el Señor de las Armas.
- Muy contento, señor. El día más grande de mi vida.
- ¿Tanto?

---

Uno puede objetar que para tener un conocimiento claro de la cúspide de la acumulación, es decir, para identificar con exactitud a los individuos más poderosos y hacendados, se necesitaría una gran organización. De ninguna manera. Lo único que se necesita es información, cuya posibilidad a estas alturas, con un mínimo de inquietud inteligente, está en manos de cualquier estudiante o de cualquier lector de prensa económica e incluso de prensa común.

Pero es que tampoco se necesitaría un precisión tan ab-

– Sin comparación, señor. Estoy que no resisto en mi interior.

– Me alegro de ver cumplido de esa forma un excombatiente como tú.

– No ex, sino que es, señor.

– ¡Ah, sí, perdón! Hoy eres tú el combatiente principal de Oromenderrieta. ¿Salimos ya para recibir la reverencia de los subordinados?

– Espere un poco, señor. ¿No hemos quedado en hablar un par de palabras?

– Ya van más de cuatro.

– Yo me refería a otra cosa. Enseguida terminamos. Tenga esto por favor. –Le doy el báculo de rey–. Tenga también esto un momento –y pongo la corona en su otra mano.

– ¿Acaso te da calor?

– No en la cabeza, pero sí en la sangre. También yo quería hacerle un regalito, si lo acepta.

Saco la pistola de mi lejano seno y se la coloco en el pecho.

– ¡Oh! ¡Qué sorpresa más linda! ¿Anduviste en la guerra con esta arma?

– Ando, señor, ando.

– ¡Vaya un rey más valiente que nos ha salido! –El Señor de las Armas se echa a reír.

– Señor, parece que esta batalla no la toma en serio.

---

solita que, de no alcanzarse la cima individual más alta, la operación se considerase un fracaso. La cúspide, por muy estrecha que sea respecto al resto de la pirámide, está compuesta de muchos individuos. ¿Qué más da un grado más arriba o más abajo? Uno puede equivocarse de escalón, pero no de torre, que es de lo que se trata.

Existiría además otra cuestión no menos importante, en cuanto que la cúspide debe considerarse en relación a la conciencia individual y concreta, supuestamente explosiona-

– ¡Sí, sí! ¿Cómo no, con una pistola en el pecho?

– Si esas risas eran por mí, no crea que usted se encuentra más curioso, corona en una mano y báculo en la otra.

– Y pistola en el pecho. Es una lástima que no lo vean todos los invitados.

– Pronto lo verán, pero antes tiene usted que creer que voy en serio.

– ¡Bien! Lo creo –dice con seriedad el Señor de las Armas, tal vez pensando que de lo contrario no acabamos jamás.

– ¿Qué es lo que cree?

– Que tenemos un rey gracioso este año. ¿Qué más tengo que creer?

– ¿Ni siquiera si disparase?

– Entonces habría que verlo.

– ¡Pum, pum! A ver lo que ve ahora.

El Señor de las Armas de Oromenderrieta ha tenido la mejor fortuna hasta el presente, porque ha muerto representando una broma y con los accesorios reales en la mano. Nada más irrumpe el gentío de los pasillos, disparo sobre mi sien y caigo sobre el Señor de las Armas, envuelto en un alarido universal. Nos agarran inmediatamente, creo que en vano. Leed la nota que dejé sobre la mesa, porque esta gente es capaz de no publicarla.

«Amigos: Para mí ha terminado hoy un gran día, cuando

---

da. ¿Cuál sería el campo de acción de esta conciencia? ¿Toda la humanidad? ¿Todo el planeta? No tiene por qué serlo. Dividido el planeta en cinco continentes, si uno apunta a la cúspide de su campo, se supone que en los demás continentes surgirán conciencias que alcancen a sus respectivas cúspides. Pero un continente puede aún seguir siendo demasiado extenso. Uno puede circunscribirse al ámbito de los actuales estados convencionales o simplemente a su territorio natural, si su estado es demasiado grande o demasiado pequeño.

me caía encima del Señor de las Armas de Oromenderrieta. He luchado en tres guerras mayores y en cuatro menores, digamos que guerrillas. Las perdí todas, aunque logré sobrevivir. Esta última, en cambio, la he ganado con claridad, aunque haya dejado la vida. Mi escasa conciencia soportaba la carga de los años, pero no la ignominia de las armas. Vosotros estáis inmunizados, resignados a que no haya remedio. Oís que el armamento de Oromenderrieta cuesta más que su propia subsistencia y levantáis los hombros con un «¿qué se la va hacer?». Oís que el futuro del mundo se nutre de la industria de su propia destrucción y cambiáis de tema, pensando que de todas formas hay que morir. Ahora entenderéis que tampoco las armas pueden funcionar sin cabeza.

Más de uno se preguntará cómo un anciano pudo haber hecho un sacrificio así. ¿Qué es lo que perdí? Unos cuantos días en el mundo, cada vez más tristes, abandono por aquí, dolor por ahí, desprecio por allí y pena de ver morir a gente joven. A quienes hemos tenido la suerte de vivir tan largo ¿qué nos importa regalar unos días ante una muerte tan próxima de cualquier forma? ¡Y qué trabajo más fácil! El Señor de las Armas de Oromenderrieta se ha ido divertidamente. Dejad el arreglo del mundo en manos de los viejos. Vivid los jóvenes, divertíos, gozad, haced arte, engendrad, cambiad el mundo, haced el amor, elevad la conciencia, alegraos mutuamente, dormid, despertaos, cumplid vuestros sueños, sumergíos en la naturaleza, dedicaos al trabajo, realizad tareas gustosas, admirad un mundo que embellece cada día, utilizad vuestro tiempo en actos que produzcan vida y confiad a

---

En una palabra, uno puede limitarse tranquilamente a su campo de acción naturalmente asequible. Y por muy pequeño que sea éste a escala mundial -un país de tres millones de habitantes, por ejemplo- dése por seguro que su cima más alta pertenece a la cúspide mundial o está directamente ligada a ella. Nos hallamos, pues, en una cota en la que por su cercanía y evidencia huelga todo escrúpulo de ortodoxia. Y de todas formas, éstas y otras muchas consideraciones posibles -información, selección, asequibilidad...- son cuestiones meramente técnicas. No distraigamos el tronco con la aparente complejidad del ramaje.

los viejos la muerte capaz de revolucionar el mundo. Nosotros no tenemos nada que perder. Por lo demás, es una cultura bastante extendida que los viejos no sirven más que para morir. Y entretanto para estorbar. ¿Qué más habría podido hacer en mi lugar el joven más entregado? Puestos a pensar, el gozo de la vejez consiste en ahorrar ese fatal trabajo a la juventud. He dado vida al que habría muerto en mi lugar. Nacer engendrado por jóvenes y morir engendrando jóvenes. Jamás ha florecido una poesía tan fantástica y tan real. ¡Animaos, viejos! ¡Algo tan fácil y tan bello! ¡Vivid, jóvenes!».

– ¿De qué puedo creer que dices verdad?

– ¿Qué gano con mentir, si el momento menos pensado vendrá otro a por mí?

– No es una mala razón, señor, pero no entiendo muy bien tu plan.

– Quítame la pistola del pecho y dejaré donde está todo el dínaral, desapareceré a otro continente y comenzaré allá de cero, sin que nadie sepa quién soy. Sacaré lo suficiente para comer y viviré y también tú vivirás.

– No me preocupa la vida, sino el cambio de plan.

– ¿Qué traes como objetivo eliminar? ¿Al Señor del Dinero o el Señorío del Dinero?

– Creía que eran indisociables, pero me das qué pensar ahora mismo. ¿Cómo puedo saber que dentro unos años no aparecerás en algún otro lugar tan señor como antes?

---

¿Es tan inevitable la muerte? ¡Ay, amigo! Si el solo miedo a su posibilidad bastase, sería la gloria. Si la amenaza de tal proceso irreversible fuese suficiente disuasión, estaría hecho todo. Pero la acumulación que durante siglos viene cabalgando sobre la muerte, no se disolverá en manera alguna, a no ser que arranque un proceso inverso.

La mayor dificultad proviene de otro lado, del lado de los rayos conscientes. ¿Quién estaría dispuesto a una muerte segura? ¿Quién podría ser capaz de asestar un vuelco tan

– Compañero, llevamos demasiado escarmiento para empezar a trampear. Uno que viene a dejarse la vida debería tener más clarividencia.

– Supongamos que te creo. ¿Cómo voy a salir de este trance?

– ¿No nos hemos apalabrado que aquí no ha ocurrido nada? Si he de cumplir lo dicho, tengo que dejarte marchar tranquilamente.

– Puedes irte después de liquidarme.

– ¿Entonces para qué habría de irme?

– Para escaparte del siguiente. Podrías vivir en el fin del mundo, pero vengado de mí.

– Si no tienes valor para fiarte de mi palabra, haz rápido lo que hayas de hacer.

Tengo motivos para pensar que el Señor del Dinero de Oromenderrieta va en serio, porque los industriales del dinero suelen ser más listos que los otros. Uno tal engañó al diablo y el saber que éste se ocultó por sí mismo hará cundir un desánimo ejemplar. Luchamos contra el Señorío, no contra los Señores.

– Bien, señor. Te perdonaré. Vé a vivir como puedas y donde puedas. Si he creído eso, también habré de creer que me dejarás marchar.

– Gracias, aunque me hayas destruido el imperio.

---

radical a la ley más poderosa de la naturaleza, cual es el instinto de conservación?

No parece imposible. Muchos seres humanos se han suicidado. Se dirá que es por desesperación, pero para el caso da igual. Aquí no analizamos el por qué, sino el valor del ser humano para dirigirse a una muerte sabida. Argumentar que los que se suicidan perdieron la cabeza no altera en nada la cuestión. Lo que sabemos es que están vivos y que se liquidan a sí mismos. ¿Será la desesperación la única fuerza capaz de ello?

Fuera de la gran puerta, estrecho solemnemente la mano del Señor del Dinero y camino por pasillos relucientes y llenos de gente. Todos me abren paso, mientras la guardia del Señor del Dinero me acompaña a bajar una colosal escalinata hasta la puerta exterior. Ahí queda el gran Palacio del Dinero de Oromenderrieta, huérfano en breve también él. Una vez alejado, he aquí nuevamente el mundo que no esperaba volver a ver más. Un vaso de vino por favor. Esta taberna tiene un olor igual de pegajoso que aquél al que entré por vez primera. Era muy pequeño cuando lo pisé de la mano de mi padre y entonces todo me era llamativo, aunque este vino no tiene muy buen gusto. El hamaiketaco no me ha sentado nada bien. Me siento cada vez más desasosegado. No sé si he obrado bien, o dicho claramente, creo que me he dejado engañar como un idiota. Ir a desbaratar el Señorío del Dinero y dejar libre al Señor del mismo. ¿Es que son separables? La teoría sugiere que sí, pero barrunto alguna falacia, porque no estoy nada tranquilo. He roto toda la práctica anterior. Si todos empiezan a hacer lo mismo, esto se convertirá en un desfile de intenciones. En último término desaparecerán a algún lugar y tendrán garantizada su vida. Sabiendo que eso es lo peor que les puede ocurrir, nadie se retraerá y si nos descuidamos, perderán todo respeto. ¿Cuánto es esto, etxeoandre? Y al final –y esto es lo peor– se corromperá nuestra conciencia, después de habernos costado tantos siglos hacerla estallar. ¡No, señor! Esto no puede quedar así. Tu pago no es vivir como un Don Nadie. ¿Acaso no vive así la mayoría? Tu pago es tu fin.

– Tenga. Guarde las vueltas.

---

No es preciso desesperarse para aceptar la muerte con cierta tranquilidad. Entre quienes fallecen de muerte natural, hay muchos que cierran sus ojos con absoluta calma, con una conciencia total de lo que les sobrevendrá al cabo de unos instantes, tal vez con tristeza, pero sin desesperación. ¡Ni que fuéramos inmortales!

Conscientes de que la muerte es de todas formas irremediable, ¿sería tan difícil adelantar un poco ese instante final? Afortunadamente somos mortales y la inteligencia nos dice

– ¡Esto es mucho, señor!

– No me va a hacer falta.

Voy inmediatamente, mientras tengo caliente la sangre. ¿Y si, arrepentido también él, ordena que mi liquiden en el acto? Es igual. Tu estupidez se lo merecía.

– ¿De nuevo aquí? –y me abren afectuosos y sonrientes las puertas y caminos.

– Olvidé algo importante –respondo y avanzo a través de los brillantes pasillos, de la mano de los conserjes y de los guardias, hasta el despacho principal del Señor del Dinero. Cuando, impulsada una tecla, se ha abierto espontáneamente la puerta ante un «Entre» verde intermitente, soy introducido con una reverencia ritual ante un señor que, ante mi mosqueo, no es el mismo de antes. Estoy atrapado.

– ¿El Señor del Dinero por favor?

– No está.

– No hace una hora que estuve con él.

– Estuvo, pero se fue.

– ¿Adónde?

– No lo sé. Ha abandonado todo y ordenado que lo consideremos muerto. Estamos pasmados.

– ¿Y esto sigue igual sin él?

– He quedado yo de sustituto.

– ¿Sustituto del Señor del Dinero?

---

que esa vida en cuyo favor la naturaleza nos introdujo un instinto de defensa a ultranza, ha de ser perdida en breve. No es, pues, algo tan absoluto, sino una cuestión de tiempo, muy corto por lo demás. Menos mal que somos mortales. De lo contrario esa palanca omnipotente que proviene de la muerte no podría aplicarse a los acumuladores. Pero entonces tampoco ellos podrían apoyarse en nuestro miedo a la muerte.

Hay pueblos que poseen la cultura de enterrarse cada cual a sí mismo. Llegados a cierta edad, cuando el anciano

– Comprendo su extrañeza, pero al parecer no tiene vuelta. Si puedo servirle en algo, muy gustoso, aunque todavía no logro situarme.

– No se esfuerce en situarse, señor.

– Cierto. Eso lo enseña el tiempo. ¿Qué quería usted?

– No sé cómo explicarle, pero antes en mi gestión con el Señor del Dinero, ha quedado un detalle pendiente y a eso venía.

– ¿Quiere que le llame al secretario?

– Es un asunto a tratar sin testigos.

– Usted me dirá.

– Esto, señor. ¡En pie por favor!

El Vice-Señor del Dinero ha abierto unos ojos como linternas al sentir la pistola en el pecho.

– ¿Qué es esto?

– Lo que me quedó pendiente con su antecesor.

– ¡Pero si ni siquiera nos conocemos!

– ¿No dijo que era su sustituto?

– Según para qué.

– No busco a él ni a usted, sino al Señor del Dinero.

– No entiendo.

– ¿Por qué cree que se largó?

---

siente que es un estorbo para la sociedad y que lo que le queda de vida le deparará más pena que gloria, se aleja del poblado y parte hacia su muerte, derecho y solo. Nadie lo expulsa. Se va por sí mismo. “¿Dónde está fulano?”, preguntará algún chaval y le dirán: “Se fue”. Se acostará en una depresión y permanecerá allí, hasta que la arena traída por el viento lo cubra vivo. Qué valor y qué serenidad, ¿verdad? Pues, es lo que vieron y aprendieron desde pequeños. Están mentalizados. ¿Será tan difícil lo que en tales culturas puede hacer cualquier viviente?

– ¿Qué tengo yo que ver con él?

– Es su sustituto. También él sería sustituto de alguien anterior, ¿verdad? O, para precisar los términos, usted no es sustituto, sino sucesor.

– Para el caso da igual.

– No para mi caso. Yo antes como ahora vengo a por el Señor del Dinero. El que usted, como buena suerte con la ida del titular, la haya tenido mala con mi venida no es asunto mío, sino del Señorío del dinero. Lo siento.

– ¿Por qué no liquidaste a él antes?

– Porque me plantó unas razones que me convencieron.

– También yo me marcharé y...

– ¡Alto ahí! Esas razones ya las escuché. Ahora vengo de vuelta.

– ¿Tengo que morir yo en su lugar?

– Usted muere en lugar de sí mismo, señor. Si hubiese eliminado al anterior y a mí mismo con él, algún otro habría llegado donde usted.

– Entonces no me habría colocado en su puesto.

– Tampoco ahora lo hará.

– ¡Cabrón! Todo ha sido una artimaña para quitarme de la competencia.

– ¿No dijo usted que se marchó para siempre?

---

Hay pueblos que en nuestros propios días deciden suicidarse colectivamente antes de ser expulsados de una tierra que les ha pertenecido durante siglos. La llamada civilización, democrática por más señas, comete tan monstruosas agresiones, que las tribus indias se ven obligadas a darnos la suprema lección de dignidad humana, extraída de unos valores que estallan en las raíces de la naturaleza. Una pena que dicha dignidad no tenga más consecuencia que su propio holocausto, pero es que ellos ni siquiera pertenecen a la pirámide, que les ha caído toda entera encima.

- Pero podría volver y volverá.
- No volverá y si lo hiciera, usted no lo vería.
- Ahora entiendo todo. ¡Por eliminarme a mí! ¡Qué jugareta, Dios!
- Oiga, respetable señor como se llame. Estoy convencido de que él a usted y usted a él son capaces de cualquier villanía, pues de eso viven y crecen, pero está usted muy equivocado si piensa que soy socio de algún complot, porque también yo he de ir con usted.
- ¿Cómo?
- Usted por delante y yo detrás.
- ¿Adónde?
- Adonde su antecesor no quería ir.
- ¿Y usted también?
- Quiero asegurarme de que no va usted a cambiar allá las fortunas de este mundo.
- ¡Ay madre...
- Pronto la verá.
- ... Virgen!
- Eso no lo sé.
- ¿Es esto el fin?
- El prelude. El acto viene ahora. ¡Pum!

---

Es conocido el comportamiento de los kamikazes. Vista la guerra perdida, casi a la desesperada, se piden suicidas voluntarios entre los soldados y ¡vaya que se presentan! Llevando consigo un explosivo submarino, chocan contra el barco enemigo, conscientes de que también ellos estallarán en el acto. Si estos valientes kamikazes, en lugar de atacar a unas naves con soldados de su mismo rango, se hubieran lanzado a la cúspide enemiga o a la de su propio bando, habría resultado un final más feliz. Si un holocausto ineficaz puede originar tal entrega, ¿por qué no habría de surgir una

El Señor del Dinero de Oromenderrieta ha estrenado de costado el recién ocupado sillón, aunque apenas lo vaya a calentar. Siento voces y ruido de armas. ¿Dónde está, Señor del Dinero? Aquí. ¿Hemos llegado? ¡Amen!

## TENKO

Por fin me encuentro preso en la prisión central de Oromenderrieta. Nadie sabe cuántos somos, pero supongamos unos miles. Nada más incorporarme a la colectividad, si puede llamarse así a esta turbia recua humana, oigo por doquier la mención de un tal Tenko.

- ¿Quién es Tenko? –pregunto ingenuo.
- ¿Es que no lo sabes?

Me miran sorprendidos, pues debe de ser el primer tema de conversación nada más pisar la cárcel. Me cuentan con gran misterio:

- Lo tienen siempre en un calabozo especial, sin salir jamás al patio. Incluso la comida le sirven de un lado, fuera del alcance de su vista. Dicen que debe permanecer así hasta la muerte.
- No hay derecho. ¿Los compañeros presos no le ayudan?
- Nadie se atreve.
- ¿Pues qué es lo que ha hecho?
- Debe de ser uno de esos rayos fatales. Parece que que-

---

conciencia que se motivara para una operación tan formidable como es el vuelco definitivo de la absurda acumulación?

No menos conocidos y reales son los comandos suicidas, que abundan más de lo que suenan en las diversas guerras y guerrillas del mundo actual. No hace falta decir que son los activistas más temibles. Pero su conciencia y posicionamiento siguen siendo de bando y obedeciendo a una organización. Su objetivo es infinitamente más corto y menos ambicioso que lo que aquí se presenta. Sin embargo, su desa-



dó medio muerto, tras liquidar a un señor, y resulta que se curó. Lo trajeron aquí y nadie se atreve a acercársele.

– ¡Ni que os fuera a devorar!

– Quien hizo una vez puede repetir.

– ¿Nadie ha hablado con él?

– Ni verlo siquiera. Lo encerraron en una topera expresamente preparada y parece que su única salida será con los pies por delante.

El director de la prisión se ha quedado pasmado, cuando le he expuesto mi voluntad de atender a Tenko. Servirle el rancho, darle conversación, sacarle al patio y pasear con él. No lo puede entender, si bien los directores de prisiones suelen ser bastante obtusos por lo demás.

– ¿Qué mal ha hecho? ¿Que mató a alguien? Abundan en esta prisión gentes que han asesinado a dos y más personas y andan con toda tranquilidad.

– El que asesinó este recluso era más que alguien, pero no es por eso.

– Señor Director, si es porque no hay ningún voluntario, en adelante yo me ocuparé de él, si me lo permite.

– Luego te arreglas tú, ¿eh? Yo no respondo.

– A mi cuenta, señor director. Si su víctima anterior era más que alguien, no le apetecerá un nada como yo.

Cuando abierta la puerta exterior del calabozo y con su

---

fío a la muerte no puede ser más frontal y más consciente, que es lo que tratamos de demostrar ahora. El que una conciencia pueda llegar a un careo tan directo con la muerte no sólo no es utópico, no sólo no es una simple posibilidad, sino una realidad diariamente constatada.

¿Y qué decir de quienes emprenden una huelga de hambre hasta la muerte y llegan a la misma? Ése sí que es un suicidio increíble. La muerte va consumiendo lenta, lentísimamente, en un hundimiento irreversible, el cuerpo de una

comida en mi mano, me he plantado frente a su reja, Tenko se ha quedado atónito.

– ¡Hola!

– ¡Hola!

– Aquí tienes la comida.

– Gracias. Muchas gracias.

– No he hecho más que traerla.

– Eres la primera persona que veo en esta prisión.

– ¿No te visita ningún familiar?

– Ni familiares, ni abogados, ni demonios.

– He estado con el director y me ha autorizado para que salgamos juntos al patio después del almuerzo.

– ¿Tú conmigo?

– ¿Por qué no?

– No sabes cuánto te agradezco, aunque entiendo que la gente me tema.

– Sé que no me harás nada.

– ¿Cómo voy a hacer algo malo a quien me tiende una mano tan cariñosa?

– Ahora almuerza y pronto volveré con las llaves.

– Gracias de nuevo.

– No seas tan cumplido.

---

persona, cuya vivencia no es más que el momento fatal infinitamente prolongado. Meses en que los días se descomponen en horas, las horas en minutos, los minutos en segundos y éstos en fracciones, cada una de las cuales puede representar el acto total de la muerte. Y todo por unos objetivos cuyo logro no es seguro que trascienda a la propia entrega. Sin embargo, luchadores así han existido y existirán más de lo que se supone.

El medio existe, sólo varía el fin. Si éste ha de ser la cús-

Mientras paseamos por el patio de muro a muro, las ventanas se han llenado de cabezas. No hay ese griterío normal de las cárceles, sino un murmullo entre barrotes. Tienen al famoso Tenko a la vista, para adelante y para atrás, como cualquier otro mono de patio. Sin embargo parecen más asombrados por mí. Desde que comencé a acompañar a Tenko, casi me veneran, incluso los delincuentes más renombrados me miran como a un extraterrestre.

- Tenemos todos los ojos encima.
- Ya se aburrirán. Aquí las novedades envejecen pronto.
- ¿Cómo fue lo tuyo, si no es una pregunta impertinente?
- No sé. Disparé contra mí mismo -muestra el orificio de bala en la sien- y desperté en esa mazmorra.
- Qué decepción, ¿verdad?
- No practico el seguimiento de los sentimientos, aunque si he de permanecer aquí hasta la muerte, en algo he matar el tiempo.
- ¿Y el otro?
- ¿Qué otro?
- ¿A alguien no lo, o sea?...
- ¿Liquidarlo? Sí, hombre, dilo sin miedo, que yo no tengo ningún complejo de arrepentido. Era el Señor del Petróleo. Se creía que el mundo le pertenecía, pero ese pumpúm tiene demonios. ¿Y tú cómo por aquí, si no es otra pregunta inoportuna?

---

pide de la pirámide, nos situamos más allá de bandos o partes beligerantes y más allá de toda organización. La única organización reside en la conciencia, que puede estallar en cualquier individuo de cualquier lugar y de cualquier escalón de la pirámide. La conciencia puede estallar hasta en un policía, hasta en un político, hasta en un militar, hasta en un magnate. No será lo más frecuente, pero tampoco podemos predeterminar su imposibilidad. Sea cual sea el rango de una conciencia estallada, si su objetivo es claramente la cúspide y su disposición superior a la muerte, no hace falta más or-

- Me costó hacer motivos para ingresar, pero al fin lo conseguí.

- ¿Has venido voluntariamente?

- Vengo a por ti.

- ¿A por mí?

- A por ti, sí, a por ti. Se difundieron mucho tus noticias y tus fotos, que si eras el primer caso que se libró con vida y demás. Luego, cuando tuve noticias de tu final, de cómo te encarcelaron y te mantenían aislado en un calabozo ciego, pensé: «Eso no es vida. Iré y acabaré con él».

- ¡Oh! ¿Has venido a acabar conmigo?

- Expresamente. Sabes por ti mismo que este tipo de decisiones son irrevocables.

- ¡Qué situación más curiosa ésta!

- Si lo tomas así, mejor para ambos.

- Te felicito por tu imaginación.

- La conciencia estallada es totalmente imprevisible.

- ¡Ya lo veo! ¿Cuándo piensas ejecutar tu decisión?

- Tenemos tiempo. No se acercarán a nosotros tan rápidamente. ¿Qué te parece?

- No sé. Si se te ha metido en la cabeza, sé que es inútil discutir, como muy bien lo comprobó conmigo el Señor del Petróleo.

---

ganización que en una colmena. En la abeja individuo no hay ninguna organización, sino un instinto inapelable que estalla en un momento dado ante la presencia del zángano. Éste, el pobre, podrá soñar con librarse de una y mil abejas, pero entre tantas como le rodean no le queda más opción que ser alcanzado por alguna y muy rápidamente.

En el plano humano habrá efectivamente conciencias que consideradas aisladamente y por causas muy diversas -lejanía, tiempo, camuflaje...- no podrán llegar hasta algunas

– Entonces tengo un trabajo fácil.

– ¿Cómo se te ocurrió?

– Por hacerte un favor, porque ésa no es vida de un ser humano.

– El director de la prisión y los carceleros te lo agradecerán. ¡Menuda tranquilidad que les vas a regalar!

– No es mi intención favorecer a esa gente.

– Si es por mí, no tienes por qué acabar contigo mismo. Aquí nadie te limpiará por ese motivo, a lo sumo montarán alguna escena jurídica.

– ¿Lo dices en serio?

– O en bromas, si lo prefieres, pero así quedarás disponible para manejar a otro señor.

– ¡Claro! Tú te salvas por fatalidad, yo me reservo para otro señor, el siguiente dispara y se larga y al fin volvemos a lo anterior. Compañero, regresar al cálculo político es la ruina. Ahora veo claro que merecía la pena venir a rematarte, aunque no me atrevía a decírtelo de golpe. Tienes que estar muerto, porque eres una conciencia defectuosamente estallada.

– Hice todo lo que había que hacer. El Señor del Petróleo despertaría en el otro mundo y a mí mismo no me perdoné. La operación quedó limpia. Luego aquí, en esta impenetrable soledad, no se me ha ocurrido corregir aquella deficiencia, dicho sea claramente.

---

de las cimas teóricamente más perseguibles. O conciencias a las que alguna otra se les anticipó en el objetivo. O conciencias que simplemente desisten de su idea, por los motivos que sean. No importa. Que se diviertan. No estamos ante ninguna obligación moral o ética ni en el plano de ninguna consecuencia revolucionaria. No se trata de una tarea personalizada en la que los posibles fracasos individuales malogren el resultado, sino de un dispositivo de toda una especie, de una colectividad tan numerosa que garantiza la existencia de sobrados aciertos individuales, sin tener que depender de

– Pues a mí sí se me ha ocurrido.

– Sigue entonces a tu ocurrencia, aunque todavía no veo claro por qué tienes que morir tú. Tal vez sea porque no quedé muy sano de la cabeza.

– Nuestra razón tiene que entenderse sin cabeza y ahí está precisamente su fuerza. El impacto de un rayo consciente tiene que ser instantáneo y total, sin rendija ni duda alguna. Si al volver al conocimiento hubieras acabado contigo mismo, tal acción habría producido una conmoción mayor que las anteriores y también espanto en los debidos lugares. Entonces se habrían convencido de que la conciencia estallada es imparable, no sólo en el momento, sino hasta la muerte. El rayo no se detiene hasta vaciarse totalmente. Viendo que quedaste con vida, toda la espectación consistía en saber cómo reaccionabas luego. Ya sé que aun ahora eres temible, pero los Señores de Oromenderrieta acarician la idea de que tal vez hayamos comenzado a aflojar. Y así poco a poco se rearmaría su esperanza.

– No llegarán lejos.

– Ya han llegado. Tú ahora dependes de ellos. Te han vengado de alguna forma, aunque te teman, y se han vengado en cierta medida. Tienen un poder sobre ti, estás prisionero de ellos, no los has derrotado por completo y eso no se puede permitir. Por encima de la conciencia estallada no debe haber nadie y no se les puede conceder ni siquiera el engaño de haber ganado algo. Esto es una explosión total.

---

ninguno en particular. La mayoría de las abejas mueren sin haber ejercitado su derecho a matar a un zángano. Lo que importa es que la cúspide no pueda librarse de ser alcanzada por algún aguijón consciente.

No debe confundirse la explosión de la conciencia dentro de una pirámide digamos unitaria con la confrontación entre pirámides diferentes. Si una pirámide humana o gran parte de la misma se siente atacada suicidamente por otra, (caso de israelíes contra palestinos, por ejemplo), sus fuerzas

– Bien. Todavía estamos a tiempo. Yo me mato a mí mismo y tú quedas libre. Sería una lástima desaprovechar un rayo.

– Si lo dices por mí, estate tranquilo, porque este rayo no caerá en vano. ¿Te imaginas el temblor que causará esta acción en Oromenderrieta? Significa que la conciencia estallada no tiene vuelta atrás, porque si alguien no fuera consecuente hasta el fin, otro alguien lo remataría. El comenzar no es necesario, pero sí el terminar lo comenzado.

– Estamos prolongándonos demasiado. Hagamos lo que haya que hacer, si es que tienes pensado cómo.

– Aquí tengo el arma.

– ¿Cómo la metiste?

– En este antro entra cualquier cosa, si lo tomas con tiempo y obstinación.

– Menudo espectáculo van a contemplar esas ventanas.

Hacemos en el patio una docena de clavos más, en total silencio, compadeciendo a los hatajos de cabezas que emborronan las descoloridas paredes. En el clavo trece, parándose en el exacto medio del espacio calculable, Tenko dice:

– Cuando quieras. No tengo ganas de volver al calabozo.

Yo también me paro y mientras grito «¡hemos ganado!», le meto dos balas, una a explorar camino, otra a disfrutarlo. Las cabezas de las ventanas atiborradas de hierro se esfuman como sombras al sol, para a continuación volver a asomar un morro que otro.

---

agresivo-defensivas pueden responder con una operación de castigo contra el grupo enemigo en conjunto, del que supuestamente provino el ataque suicida. Aunque la humanidad pueda considerarse como una gran pirámide, es cierto que dentro de ella se forman otros muchos bloques, (etnias, religiones, naciones, culturas, lenguas...), que se basan en contradicciones no siempre objetivas con relación a los diferentes niveles sociales de las personas, pero que son percibidas por éstas como antagonismos de vida o muerte. En situaciones cruzadas la conciencia puede prever fácilmente si

– ¡Salid tranquilos! –bramo hacia todas las galerías de la cárcel–. ¡Nosotros no liquidamos a nadie indebidamente!

Poco a poco las cabezas se dejan ver y al final, animados acaso por la mutua visión, los huecos se hallan nuevamente poblados, en pilas de cuatro o cinco, enseñando por entre los barrotes sus narices y sus orejas.

– ¡Cuando vayáis a cargaros a alguien, aprended cómo hacerlo, para no pudrirnos luego en vivo!

Con la pistola en mi sien, giro lentamente hacia todas las galerías y apartaos que viene bala. Noto un golpazo contra el holliniento suelo, sin tiempo para disparar la segunda. Aquí yacen Tenko y un servidor, bajo la asombrada mirada de los prisioneros y sobre la amargura en descomposición de los Señores de Oromenderrieta.

## EL OMNISEÑOR

No es fácil acercarse al Omniseñor de Oromenderrieta. Panadero, lechero, fontanero, electricista, probé todos los oficios posibles para entrar a su castillo y solo perdí el tiempo. Al fin conseguí ingresar en la guardia del castillo, tomándome toda la paciencia y vileza necesarias. El siguiente paso es llegar a su guardia personal. No es tarea fácil hacer méritos para ganarse la confianza de los abruptos jefes del castillo. A causa de los últimos acontecimientos, el Omniseñor ni siquiera sale, mas como al mismo tiempo se incrementa de día en día su seguridad, espero rozar fortuna en la siguiente promoción. Al cabo de un tiempo, el jefe de seguridad me hace la pro-

---

la cúspide atacada responderá o no con una venganza hacia determinado grupo, en cuyo caso desiste de actuar. Ello no significa que la cúspide no vaya a ser atacada de cualquier otro modo que haga imposible ninguna represalia contra nadie. La explosión de la conciencia debe entenderse dentro de la misma pirámide a la que se pertenece y de hecho el mundo, sobre todo el más avanzado y poderoso, se estructura cada vez más como pirámide única o, si se prefiere, como unión de pirámides (estados) asociadas.

puesta que buscaba. Con cierta simulación de reparo y de miedo, le contesto que lo pensaré. Dos días después:

– ¿Lo pensaste?

– No tengo muchas ganas, pero aquí estamos para lo que haga falta –le respondo resignadamente.

– Sabes que durante unos días deberás realizar instrucciones muy severas.

– Estoy dispuesto a hacer lo que se me mande, señor.

He logrado el objetivo. Soy de la guardia personal del Omniseñor. Pero a medida que avanzan los días, no lo veo por ningún lado. Oigo la noticia que anula todos mis sueños: el Omniseñor ha decidido aislarse de su guardia personal. Al parecer, otro Señor ha sido abatido por un algún miembro de su guardia personal y nuestro Omniseñor solamente admite relación con su secretario y sus familiares. Después de tanto esfuerzo y traición inútiles, a volver a pensar en otra cosa. No tengo más remedio que llegar a ser el secretario personal del Omniseñor, aunque para ello haya que programar méritos heroicos. Lo malo es que el actual secretario se halla aún en plena forma. Tengo que eliminarlo como sea, pero antes debo ganar su afecto, con paciencia y sin levantar ninguna sospecha. Voy bien. El tener las ideas claras abre muchos caminos. Un día me dice que el Omniseñor preguntó por mí. El secretario le habló muy bien de mi persona. El tiempo avanza sin disimulo y de necesitar un nuevo secretario, parece que sería yo el elegido.

---

¿Quiénes serán los primeros? ¿Cómo impulsar a la conciencia para que se arroje a ello con voluntad y alegría? Si en una población primitiva cualquiera era capaz de mentalizarse para una muerte deliberada, ¿cómo no para un estallido tan maravilloso como el que se supone? ¿Cuál podría ser un motivo de idealismo más hermoso que la certeza infalible de una humanidad sana y justa en lugar de este mundo tan salvaje y criminal?

Una vez arrancado, el proceso se convertirá en fascinante, porque se verá y se sentirá el desmantelamiento acelera-

– ¿Qué tal el Omniseñor? –le pregunto en un interés impersonal.

– No sé, chico. Últimamente no lo veo. Anda cada vez más aislado. Ha debido de oír que por ahí algún Señor ha sido liquidado por su propio secretario y ahora ha ordenado que no se me permita acercarme a él. Sólo se relaciona con su esposa e hijos.

– ¡Maldita sea! –exclamo conmovido, envolviendo la rabia en un simulacro de dolor por un amor perdido.

No me queda otro remedio que introducirme en la familia del Omniseñor y la única manera es casarme con su hija única. ¡Qué tonto he sido! ¿Cómo no se me ocurrió empezar por ahí? No es tarea fácil, porque la hija del Omniseñor anda últimamente también ella solitaria y suspicaz, pero por ello mismo sentirá tal vez una mayor necesidad de cariño. Cada vez que veo pasar a la hija del Omniseñor, pues aún no es oportuno dirigirle la palabra, le dedico una mirada lo más triste posible, como expresándole que sintonizo con su espíritu. La inutilidad de la sonrisa alegre me hizo cambiar a la nueva táctica y parece efectiva, porque la hija del Omniseñor me mira cada vez con más atención. Tal vez me bastara media palabra, pues en tratos de esta clase muchas veces el inicio prefigura el fin.

– ¿A qué se debe esa sonrisa tan triste? –me pregunta un día, que alguna vez tenía que ser.

– A la tristeza de tu interior.

Parece que le ha gustado. La tristeza debe de ser un flui-

---

do de la pirámide. De ahí para adelante no será difícil dotarse de valor y de todo el espíritu necesario, al ver con los propios ojos lo que las esperanzas de todos los siglos ni siquiera se atrevieron a soñar. ¿Que no arranca inmediatamente el proceso? Si se resistió durante tantos milenios, no vamos a desesperarnos por algunos calendarios más. La conciencia camina inevitablemente hacia su explosión.

¿Y luego qué? Supongamos que la pirámide se allanó. Todo está igualado. ¿Cómo habrá que organizar el mundo

do conmovedor, al que se adhieren las palabras como hojas a la miel. Ahora la hija del Omniseñor siempre me dice algo al pasar. Un día la seguí y le diré:

– ¿Cuándo vas a pararte un momento?

Creo que la hija del Omniseñor anda más triste de lo que mi táctica suponía. Se me ha parado al día siguiente mismo, al resguardo de una gran columna del castillo. Nos hemos despedido con la promesa de conversar más mañana.

– Hoy vienes más triste que nunca –le digo en el sombrío bosque posterior al castillo.

– Lo nuestro no tiene remedio –y se echa a llorar, escondiendo su cabeza en mi pecho.

– ¡Todo tiene remedio, mujer! (¿Me atreveré?). También yo estoy aquí.

– No puedo ver a mi padre.

– ¿Ha sucedido algo?

– En casa de mi tío. Lo ha matado su hija.

Nuevamente el viento se lleva mis planes, que ya comenzaban a tomar visos de realidad. El Omniseñor se ha aislado totalmente. Sólo habla con su esposa y esporádicamente. Fracasado con la hija, sólo me queda conquistar a la madre. ¿Mas cómo, si el propio Omniseñor es su esposo? Le propondré casarme con su hija. La chica está conforme. ¿Quién otro se iba a casar con una hija ya inexistente? La Omniseñora no lo ha visto mal, porque desde un aislamiento inexorable

---

en adelante? Ya se verá entonces. Donde no existe desequilibrio, el equilibrio se desarrolla espontáneamente. El estado natural de un río es la limpieza, si no lo contamina algún factor extraño. Eliminado éste, no hace falta ningún sistema ni campaña de depuración. Los ríos se han limpiado solos durante siglos, hasta la irrupción de esta peste contaminante. Es imposible ordenar una coexistencia pacífica entre ovejas y lobos. Elimina al lobo o aléjalo del área y el rebaño se recompondrá solo. ¿Qué sabemos lo que será o adónde habrá que ir? Tal vez no haya que ir a ningún sitio.

cualquier grieta se ve como salvación. Un día nos reúne a su hija y a mí y nos dice:

– ¡Queridos! Lo nuestro se acabó. Vuestro padre no quiere verme. El Señor del Trabajo de Oromenderrieta ha sido liquidado por su propia mujer. Me he descuidado en decírselo a vuestro padre y se ha hecho solitario total. Solamente nos comunicamos mediante papelitos en un lugar determinado. No acepta comida llevada por nadie. Vive de lo que él mismo cultiva y cosecha. Cada vez me deja menos papeles. Justamente sé que vive, aunque tampoco lo sabría, si estuviera muerto. ¡Vaya un fin que nos ha tocado!

Ahora sí que no puedo hacer nada. ¡Qué se le va a hacer! Estoy vivo al menos. El Omniseñor, en cambio, como muerto. Mas no puedo apartar de la mente que me ha vencido. Voy a Lezaundieta, donde quizás me ilumine el Señor de la Caverna. La boca de la cueva muestra un abandono total. ¿Se habrá esfumado también el Señor de la Caverna? Cuando en la sala central, con los pulmones hasta la boca, he comenzado a vocear, la última onda de los ecos multiplicados me trae la respuesta del Señor de la Caverna: «Hazle esto y esto», me ordena, una vez escuchado pacientemente lo sucedido con el Omniseñor.

Me descalzo a la orilla del río junto al castillo, me desnudo, dejo la piel, también el cuerpo, y voy en alma sola. El entorno del castillo del Omniseñor de Oromenderrieta se encuentra devorado por el silencio. Incluso el aire corre de puntillas. Por fin estoy junto al Omniseñor. Se empeña en castigar

---

Tal vez aquel equilibrio seguro sea ir y estar simultáneamente. Estar tranquilos e ir fascinados. ¿Qué tipo de organización habrá? Dejémoslo para entonces, porque ¿qué es organización sino la eliminación de los factores desorganizadores?

Si no existe acumulación, la organización está servida y los antagonismos extinguidos. Habrá discusiones, peleas, quizás batallas, qué sé yo lo que ha de haber. Lo que no habrá serán hostilidades radicales. ¿Por qué o de quiénes han

la tierra con una azada de ancho filo y le mana el sudor, porque el sol machaca. Cuando, tras unos ruidosos sorbos de agua de una jarra de barro, se dirige de nuevo a la azada, le hablo.

– ¿Cavando?

– ¿Quién está aquí? –ruge amenazando con su azada en todas las direcciones.

– Te empeñas en vano. Las cosas golpeables con esa herramienta las he dejado en la orilla del río.

– ¿Quién eres? –con ojos como alacranes.

– ¿Siempre contigo y no me conoces?

– ¿Quién eres túuuú?! –con cara de pulpo candente.

– Ponte de espaldas al sol. Así. Ahora mira al suelo, desde los pies hacia adelante. ¿Qué ves?

– Mi sombra.

– Ésa soy yo.

– ¿Qué quieres?

– Acabar contigo.

– ¿No dices que eres mi sombra?

– Era. Ahora soy tu sombra estallada.

– ¡Pronto terminaré contigo, je, je, je! –mientras huye a la sombra.

---

de ser enemigos, si no están sometidos por nadie ni pueden someter a nadie? Dejemos las preocupaciones organizativas para su día, si es que ha de existir alguna organización. Desde luego no será como la actual. No habrá necesidad de preparar guerras o de defender la paz. No habrá inflaciones ni crisis permanentes. No habrá en una palabra ningún mal procedente de la acumulación. ¿Qué se puede organizar de ahí para adelante? Ya lo pensaremos, porque se supone que nuestra mente se encontrará mucho más sana y lúcida que ahora.

– Veremos cuánto tiempo permaneces ahí.

El Omniseñor ha aguantado hasta lo noche en la sombra. Al entrar en su cabaña solitaria, enciende una luz y yo:

– Ponte de espaldas a la luz.

– ¿Estás de nuevo aquí? –apagada la luz con risas excéntricas.

– ¿Vas a estar así toda la noche?

Oigo ruido de utensilios que caen o se arrastran. El Omniseñor se lleva todo por delante a patadas. Empieza incluso a maldecir. A media noche enciende el débil candil y nuevamente yo:

– Ponte de espaldas al candil.

– Eso no es sombra.

– La misma, en más apagado e íntimo.

– ¡Me iré a dormir! –soplado al candil.

– ¿Vas a vivir sin ver día ni luz?

– ¡Jódete!

Veremos quién se jode, porque yo no tengo prisa. Pasan los días y cada vez se le oyen mayores cochinas. Tampoco el hambre le rondará lejos, porque a oscuras es difícil que cultive su huerto. Lo peor es que empieza a fallarle la cabeza.

– ¿Qué quieres? –me desafía un día, saliendo desnudo al sol.

---

Si se ha entendido la exposición en sus justas coordenadas, es evidente que todo lo dicho no tiene nada que ver con estrategias individuales o colectivas, con movimientos de masas o de vanguardias, con dialécticas históricas o con luchas de clases, con métodos violentos o no-violentos o con todas las formas posibles de intervención que se han propuesto o de las que yo tengo información. Todas ellas son internas a la historia, oscilaciones históricas del pensamiento, a consecuencia en gran parte de la fatiga y de la necesidad de nuevas esperanzas.

- Ya te lo dije.
- ¿Qué?
- Liquidarte.
- ¿Por qué?
- Porque eres el Omniseñor.
- ¿Y qué?
- Que yo sepa, sólo existe un Omniseñor en Oromenderrieta.
- ¿Qué mal he causado yo a Oromenderrieta?
- Algún gusano te picaría para ocultarte de esa manera.
- Porque esos criminales insensatos no distinguen nada, pero yo no soy como los demás Señores de Oromenderrieta.
- ¿Qué tienes diferente?
- ¿No lo decía yo? ¡No distinguís nada!
- Aclárame entonces. Lo que yo sé es que Oromenderrieta casi te pertenece.
- Yo no tengo nada mío. Todo es de Oromenderrieta.
- Pero mandas tú.
- ¿Cómo quieres que funcione el mundo sin que alguien mande?
- Como quieren los del mundo.
- ¿Y cómo mando yo, si he sido elegido entre todos?
- ¡Ah, respetable Omniseñor! No vamos a empezar a debatir ahora las viejas teorías del poder. Ésas son cuestiones

---

Cuando se ve que los salvadores individuales no han logrado nada importante, se recurre al movimiento de masas. Cuando también éste se resuelve sin grandes logros y aún perdura el recuerdo de la inutilidad de los héroes, florecerán las estrategias mixtas: pueblo, masa, clase... más bloques diferentes, vanguardias, líderes y demás componentes.

Cuando se extiende el desencanto de todo lo anterior, se cerrará el ciclo simpatizando con el individualismo. Valores personales, humanismo, derechos inalienables del indivi-

de la conciencia salvaje. Los demás Señores poseían la propiedad de los bienes y tú el poder sobre los mismos. De frente o de culo, el puerco siempre puerco.

– ¿Cómo puedes proferir semejantes disparates a la altura en que estamos? ¿Acaso podía una conciencia salvaje desarrollar un progreso tan maravilloso?

– Querido Omniseñor, soy tu sombra y te conozco bien. Has sido más listo que los demás. Mientras ellos se partían los cuernos por acumular bienes, tú declaraste toda propiedad de Oromenderrieta. Hasta ahí todos contentos. Luego te apropiaste de su uso y asunto terminado. ¿Para qué enredarte en atraparlo todo? Por algo te llaman Omniseñor y por algo me ha costado tanto echarte mano, pero tienes mal trabajo en huír de mí, por mucho que lo hayas intentado.

– ¡Aquí me tienes! Prefiero sufrir a la luz que enloquecer en la oscuridad. Haz lo que te plazca.

– Lo que debo.

– ¿Qué debes?

– Lo que te dije al comienzo de todo. ¡Pum!

Los muertos no tienen sombra y no necesito atentar contra mí mismo. Ha sobrado un bala.

## EL SEÑOR DE LA CAVERNA

El interior de la descomunal caverna de Lezaundieta me parecería más luminoso que nunca, si no fuera por el bulto de

---

duo... La rueda volvió al punto de partida. Pero a decir verdad no sabemos cuál es el punto de partida, porque todos los puntos de la rueda son iguales e igualmente relativos. Lo único que sabemos es que la rueda gira alrededor de un mismo eje, cuyo desplazamiento no se percibe tan claro.

En el complejo campo individuo-grupo-masa hay material para todas las combinaciones posibles -el cambio siempre sugiere alguna esperanza-, pero entre todas ellas, sea por sucesión de afines, sea por eliminación de opuestos, no ha-



una gran sombra. Desde la niñez más temprana tuve ganas de ser algo en la profundidad de este vientre de la tierra. Nos decían que el amo de los instintos y pasiones del mundo vivía aquí. ¿Quién iba a pensar que me haría amigo de aquel ser inimaginable? ¿Quién iba a pensar que amaría tanto a quien consideraban el responsable último de todo mal? Creo que esta claridad insólita no es más que la blancura de los huesos de todos los humanos pertenecientes a los siglos anteriores. ¿Estáis de pie? ¿Pero cómo de pie unos simples huesos? ¿Dónde están vuestras carnes? Tiene que ser triste resucitar en sólo huesos.

– ¡Nuestra carne es la conciencia! ¡Somos huesos conscientes!

¡Ah! Por eso me ha parecido más que blancura. Esto es claridad. Claridad en el fondo de la caverna y en plena noche. ¡Pero huesos queridos! ¿Cómo os atrevéis a resucitar a un mundo que os hizo sufrir tanto? Acercaos sin miedo. Ayudadme a buscar al Señor de la Caverna. LLamo y llamo y no aparece por ningún lado. No está entre vosotros, pero vive todavía. Sus huesos son mucho mayores que vosotros. Tiene que estar vivo necesariamente.

– ¡Señor de la Cavernaaaa! ¡Señor de la Cavernaaaa! LLamad conmigo todos. Si sois conscientes, tenéis que tener también voz. ¡Todos juntos! ¡Todos los huesos de todos los siglos! ¡Señor de la Cavernaaaa! ¡Señor de la Cavernaaaa!

---

cen más que decorar el espacio de la impotencia, distrayendo el pensamiento con ideas que se repiten cíclicamente. Hablo de la naturaleza, no del pensamiento, que no es más que una extensión todavía reciente y confusa de la misma, aunque sólo a través del pensamiento se pueda entender la naturaleza. Las grandes claves no están en el pensamiento mismo, sino en la naturaleza descubierta por él.

La cuestión no es histórica, sino anterior o subyacente a la historia, que afecta a una naturaleza constituida antes de

– ¿Quééee?

– ¡Vennnn!

– ¿Quién eres?

– ¡El último!

– ¿Qué quieres?

– Hablar contigo.

– ¡Habla!

– ¡Muéstrate primero!

– ¿Es que no me ves?

– ¡Oh! ¡Perdón, grandísimo Señor! La resonancia de la caverna me hacía imaginarte en el comienzo de los siglos.

– En el comienzo y en el fin. ¿Qué nuevas hay en Oromenderrieta?

– Asombrosas, querido Señor de la Caverna.

– ¿Cuántos Señores faltan?

– Sólo uno.

– ¿No quedan más rayos?

– También sólo uno. Yo soy el rayo.

– ¿Quién es el que falta?

– El Señor de la Caverna.

– ¿Yo?

– ¡Tú mismo, grandísimo Señor! El Señor de la Caverna de Oromenderrieta.

---

que irrumpiera la conciencia. El que la conciencia estallada opere sola o en grupo, coordinada o espontáneamente, individual o colectivamente, o de cualquier otra forma mixta, es una cuestión secundaria. Si se alcanza la clave de la naturaleza viva, la médula del ser humano, -que sigue siendo el instinto de conservación frente a la muerte, en su doble filo de agresión y defensa-, da igual quiénes y cómo hayan llegado al objetivo.

Ahora supongamos que todos los conceptos de esta ex-

– ¿Cómo me vas a hacer esto, cuando he sido el principal artífice de la explosión?

– No tienes razón para seguir existiendo. ¿Acaso no eras una creación de los Señores de Oromenderrieta?

– Pero ahora soy yo mismo.

– Los Señores se han extinguido. ¿Qué puedes hacer sin ellos?

– Al cabo de tanto tiempo he llegado a amar la existencia.

– Tú eres el símbolo de la maldad. Si no hay malhechores, ¿en qué se funda tu existencia?

– No quiero morir.

– ¿Tú también con ésas ahora?

– Si no hay maldad, ¿qué importa mi supervivencia?

– Si no hay maldad, no se necesita ninguna imagen suya. Eso sería más absurdo que lo anterior.

– Conservadme como recordatorio siquiera.

– Para eso disponemos de memoria genética. No podemos arriesgarnos a otra perdición.

– No saldré de la caverna.

– Estás equivocado, Señor de la Caverna. Tú y yo estamos muertos. Yo soy la conciencia de tu muerte y tú la razón de mi muerte.

– Ésas son palabras demasiado bonitas.

---

posición son equivocados o anacrónicos. Supongamos que los razonamientos desarrollados, hasta cierto punto tópicos, utilizados por mi parte como descripciones auxiliares, (el ser prerracional de la naturaleza, los instintos agresivo-defensivos, la acumulación, el miedo, la represión, la muerte...), se hallan todos superados según los últimos avances de las ciencias antropológicas, sociales, filosóficas, físicas, biológicas, genéticas... Supongamos que la teoría expuesta no tiene ninguna base o, como mucho, no es sino una teoría discutible más. ¿Y qué? La naturaleza no teoriza. ¡Actúa! Es és-

– ¿No ves todos estos huesos? La muerte nos rodea, estamos en su seno.

– ¿No ibas a matarme tú?

– Te mata el osario consciente de los siglos.

– Si tenían que matarme estos huesos, tú podías salvarte.

– Pero tú no te hubieras percatado de haber muerto. Por eso he venido.

– Llegó la aurora.

– No, Señor de la Caverna. Es la blancura de los huesos.

– Parece claridad.

– La claridad de la muerte. Convéncete de una vez. Las cuatro bocas de Lezaundieta se hallan cerradas. Herméticamente cerradas para siempre con huesos vivos y almas muertas. No hay salida.

– ¿Quién ha dicho a estos huesos que vinieran?

– Han venido por su cuenta. Querían participar en tus equis.

– ¡Gracias! –exclama el Señor de la Caverna a todos los crujientes huesos en pie–. No sabéis cuánto os lo agradezco. Sido lo sido, el ver feliz a Oromenderrieta generó también en mí deseos de vida, pero si hay que morir, muramos.

Me ha dado pena el Señor de la Caverna. Ha sido testigo y parte de la cruel historia de la humanidad y ahora, cuando la felicidad lograba una existencia real, tiene que morir. Por

---

ta una idea, cuya validez no depende de razonamientos acertados o equivocados, sino de su necesidad natural. Aquí es la praxis la teoría, es decir, teóricamente infalible. Producido el arranque, la culminación es irremediable.

eso acudieron todos los huesos a ayudarle a desaparecer feliz. Lo de ellos fue más triste, pues murieron en una esperanza sin contenido. Nosotros, querido Señor de la Caverna, nos vamos conscientes de ser lo últimos sufridores. Ya que la muerte era inevitable, ¿cabía un final más hermoso?

---

## Otros títulos de esta colección

1. ETA. *Historia política de una lucha armada* / Luigi Bruni.
2. EUSKADI. *La renuncia del PSOE*  
Tasio Erkizia, Martín Garitano, Esteban Baigorri, José Luis Cereceda, José Antonio Egido, Justo de la Cueva.  
Prólogo de Javier Sádaba.
3. *La escisión del PNV* / Justo de la Cueva.
4. *La autovía en el espejo* / Jonan Fernández.
5. *Herrera. Prisión de guerra* / Anjel Rekalde.
6. *Foz de Lumbier. Antecedentes y crónica de unas ejecuciones*  
Ricardo Zabalza. Prólogo de Patxi Larrainzar.
7. *El GAL o terrorismo de Estado en la Europa de las democracias*  
C.E.D.R.I. Prólogo de Denis Langlois.
8. *Pega, pero escucha* / Patxi Larrainzar.
9. *Operación Mendi* / Manuel Blanco Chivite.
10. *La Cloaca Vasca. De las razones de Estado a los sumideros de Euskadi* / Pepe Rei.
11. *Gudari. Una pasión útil. Eli Gallastegi (1892-1974)*  
José María Lorenzo Espinosa.
12. *Adiós Monseñor* / Patxi Larrainzar.

13. *Dorregarai. La casa torre* / Anjel Rekalde.
14. *Ertzantza: ¿Héroes o villanos? Pasado y presente de la Policía Autónoma vasca* / Txema Ramírez.
15. *Los días de Argel. Crónica de las conversaciones ETA-Gobierno Español* / Iñaki Egaña-Giovanni Giacoppuzzi.
16. *ETA Historia política de una lucha armada. 2ª parte* Giovanni Giacoppuzzi.
17. *Por la libertad vasca* / Eli Gallastegi, Gudari.
18. *Viaje a la nada. Principio y fin de Euskadiko Ezkerra* José Antonio Egido.
19. *El Desertor* / Patxi Larrainzar.
20. *La Red Galindo* / Pepe Rei.
21. *En estas casas ya se sabe* / Álvaro Reizabal.
22. *¡SECUESTRADOS! 117 días en la encrucijada vasca* Ricardo Zabala.
23. *TXABI ETXEBARRIETA. Armado de palabra y obra* José María Lorenzo Espinosa.
24. *EL NUDO CORREDIZO. Euskal Herria bajo el primer franquismo* Javier Sánchez Erauskin.
25. *El jesuita* / Pepe Rei.
26. *FELIX LIKINIANO. Miliciano de la utopía* Pilar Iparragirre Lazkano.
27. *Sombras del alba* / Anjel Rekalde.
28. *Regresar a Sara. Testimonio de un deportado vasco* Alfonso Etxegarai.
29. *Carabanchel* / Pepe Rei.
30. *Tomo III. Historia de Euskal Herria. El nacimiento de una nación* José M.ª Lorenzo Espinosa.
31. *Tomo II. Historia de Euskal Herria. Del hierro al roble* Xosé Estévez.
32. *Tomo I. Historia de Euskal Herria. Los vascos de ayer* José Luis Orella.
33. *Potosí. Andanzas de un navarro en la guerra de las naciones* Jose Mari Esparza Zabalegi.
34. *Diccionario histórico-político de Euskal Herria. Tomo I* Iñaki Egaña.
35. *Diccionario histórico-político de Euskal Herria. Tomo II* Iñaki Egaña.
36. *Intxaurrondo, la trama verde* / Pepe Rei.
37. *Carta a un fantasma* / Iñaki Gonzalo Casal.
38. *Marc Légasse. Un rebelde burlón* / Amaia Ereñaga.
39. *Mugalaris. Memoria del Bidasoa* / Anjel Rekalde.
40. *ETA pm. El otro camino* / Giovanni Giacoppuzzi.
41. *La deportación* / Pilar Iparragirre.
42. *Francia y la cuestión vasca* / Patrick Cassan.
43. *Colegas* / Pepe Rei.
44. *Regreso a las armas* / Andrés Sorel.
45. *Diario de Aguirre* / José Antonio de Aguirre.
46. *Egin. Investigación. Otra forma de periodismo* Pepe Rei-Edurne San Martín.
47. *Mario Salegi. La pasión del siglo XX* / Iñaki Egaña.
48. *El caso Galíndez. Los vascos en los Servicios de Inteligencia de EEUU* Manuel de Dios Unanue.
49. *Garzón. La otra cara* / Pepe Rei.
- *¡ABAJO LAS QUINTAS! La oposición histórica de Navarra al Ejército español* / Jose Mari Esparza Zabalegi.
- *La razón vasca* / Luis Núñez.
- *Pecados veniales de un cura asilvestrado* / Patxi Larrainzar.
- *Bilbao a la deriva. Fantasía, especulación y ciudadanía* Hektor Ortega Lahera.
- *La columna infame. Tortura y represión política en Euskal Herria* Lurdes Moraza-Mertxe Bastera.
- *Joxemiren uzta. Euskal prentsa herri proiektua da* Jexumari Zalakain.
- *De aquellos barro... Prensa navarra y nacionalidad vasca* Ramón Lapeskera.
- *No ser una silla. La cara oculta del mundo de grandes discapacitados* Egea. Navarro. Ochandorena. De Ponga. Recalde.
- *Urralburu. Corrupción al servicio del Estado* / Francisco Zamora.
- *Internet solidari@. La última revolución* / Irantzu Larrañaga.
- *Internet solidari@. Azken iraultza* / Irantzu Larrañaga.
- *¡Libertá! Ay, mi libertá* / Armando Vidal.
- *Navarra jamás dijo NO al Estatuto Vasco* José M. Jimeno Jurío.
- *Euskal Herria en el horizonte* / J.L. Alvarez Enparantza, Txillardegui.
- *Anai Artean* / Piarres Larzabal.

- *Maitasun elaberriak irakurtzen zituen agurea* / Luis Sepúlveda.
- *Patagonia express* / Luis Sepúlveda.
- *Autonomoekin solasean* / Arrizabalaga-Murias.
- *Marxer Aratago* / Joseba Tobar.
- *Diario suburbano de Pamplona* / Patxi Larrainzar.
- *Memorias de Mañana* / Anjel Rekalde.
- *Los vientos favorables. Euskal Herria 1839-1959* / José Antonio Etxebarrieta.
- *Voces de Ballena* / Edorta Jiménez.
- *Nere Mendixkatik. Apez bat ETAko gudariez mintzo* / Piarres Larzabal.
- *Miniaturas* / Pablo Antoñana.
- *Trebiño. Claves para un contencioso inacabado* / Roberto González de Viñaspre.
- *La explosión de la conciencia* / Xabier Amuriza



BILBAO  
UDALA  
AYUNTAMIENTO

Bideoametakako Liburuengi Zentroa  
Biblioteca Central de Bidebarteja

Aurkeztu dizugun liburuaren edukia, itxura edo inprimaketari buruzko iritzirik izatekotan, bidaliezaguzu; zinez eskertuko dizugu.

*La Editorial le quedará muy reconocida si usted le comunica su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así como su presentación e impresión. Le agradecemos también cualquier otra sugerencia.*

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.  
Navaz y Vides kalea 1-2  
78. Postakutxa  
31300 TAFALLA  
Nafarroa  
Tfnoa.: 948 703 934  
Faxa: 948 7044 072  
txalaparta@txalaparta.com  
<http://www.txalaparta.com>

Este libro,  
**La explosión de la conciencia,**  
Se terminó de imprimir en octubre de 1999,  
en los talleres de Gestingraf  
sobre papel ahuesado de 90 g./m<sup>2</sup>.  
Utilizándose para su composición  
la versión para fotomecánica del tipo Novarese  
creado por Aldo Novarese en 1980.